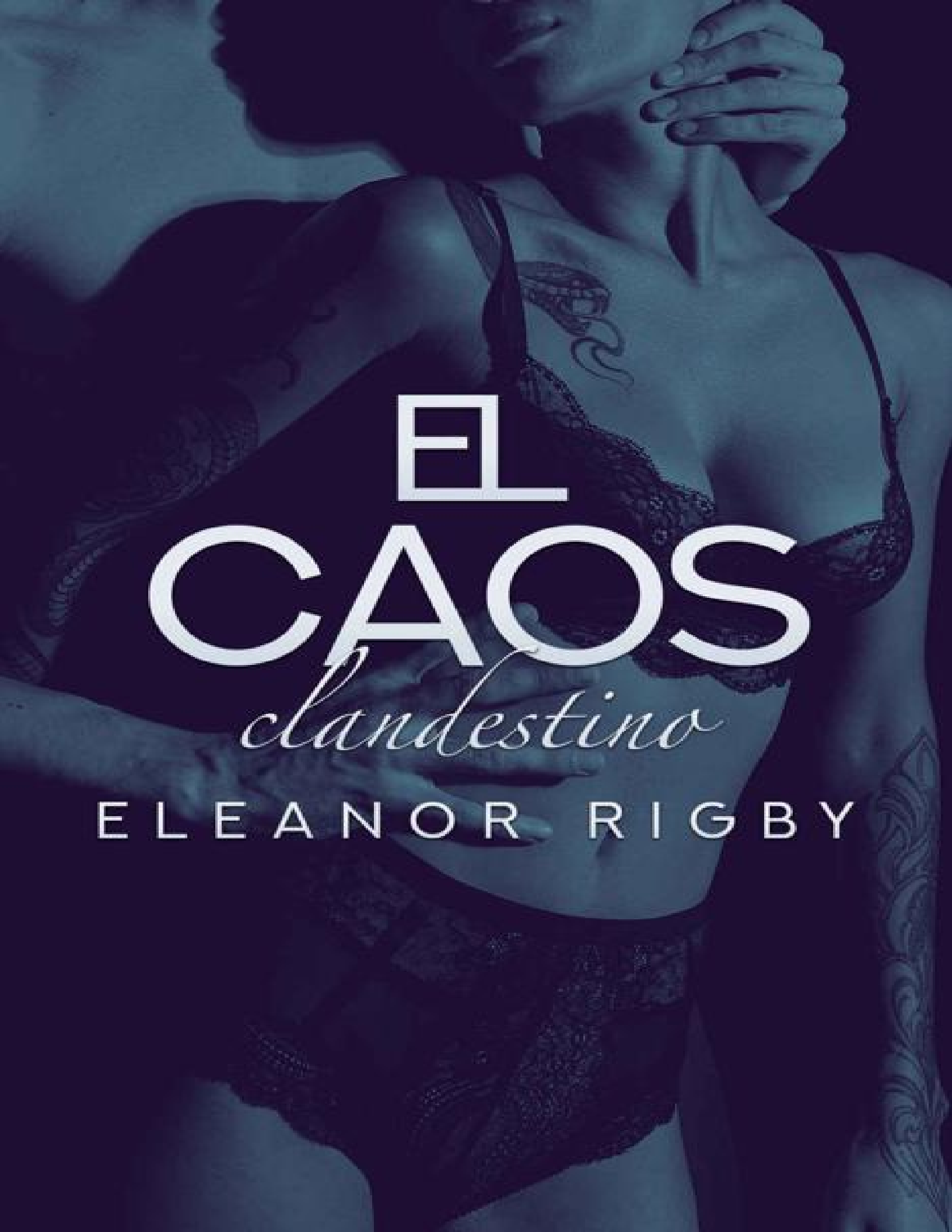
EL
CAOS
clandestino
ELEANOR RIGBY

EL CAOS

Clandestino 5

ELEANOR RIGBY

© 2024, Eleanor Rigby

Título: *CLANDESTINO: Esta noche seré tuyo*
Primera edición: octubre de 2024
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: H. Kramer
Maquetación: Elena Salvador
Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

Sacha barrió la estancia con una mirada analítica. Sujetaba en la mano una prenda de seda que el sudor de las palmas había intentado escurrir de un agarre despistado. Guiado por una corazonada que podría haberle puesto los ojos en blanco, tal era la absurdidad, se tendió boca abajo en el suelo con la precaución de no emitir sonido.

Echó una ojeada bajo la cama.

Bingo.

Unas graciosas bragas con un discreto lacito en el borde criaban malvas junto con el polvo que se había acumulado en las últimas setenta y dos horas, el tiempo la habitación de hotel llevaba deshabitada.

Meneó la cabeza con desaprobación.

Las mujeres eran un desastre.

La antigua huésped, más aún.

Se incorporó pesando en la mano el ligero botín. La fijación de la costumbre terminó por conducir su mirada, una mirada con un objetivo, a donde solía caer siempre y con independencia de sus propósitos: el asidero de un cajón que escondía secretos. Hacia allí se estaba dirigiendo por mero afán autodestructivo cuando la puerta se abrió de sopetón.

Singapore frenó en seco bajo el umbral.

Se quedó con el pomo en la mano al pillarlo en pleno fisgoneo.

Sacha no lo había visto entrar con sus propios ojos, pero aun de espaldas a él, podía figurarse su expresión. Solo el joven tailandés conservaba aún la habilidad de reaccionar a las tragedias con una urgencia dramática.

Semejante emocionalidad era de admirar considerando el contexto en el que operaban.

—Sacha... Han interceptado el avión que despegaba desde Koh Samui.

Él continuó tanteando el borde del cajón de los secretos aparentemente abstraído.

—Quién.

—¿Que quién ha sido? Los americanos. Creo que el FBI.

—Bien.

Incluso sin darse la vuelta, sintió el pestañeo veloz en el que Singapore condensó su perplejidad. Un exceso de ella si le preguntaban a Sacha. Opinaba que en ciertos oficios uno

debía desprenderse de la clase de escrúpulos que consentían la sorpresa.

—¿Cómo que «bien»? Hayami... *Ayane* iba en él.

—Soy consciente.

—No, no creo que lo seas —insistió el tailandés, cerrando la puerta a su espalda para encararlo con una firmeza que con toda seguridad la protagonista indirecta de la conversación habría encontrado halagadora. Le encantaba saberse querida—. En Washington la van a cuestionar...

—Como debe ser.

—... y me extrañaría que colaborara. Si se muestra distante con el cuerpo federal, puede que incluso la acusen de implicarse en la red de trata y la metan en la cárcel. O que la usen como cebo para llegar hasta los cabecillas.

—Si eso pasara —y se cercioró de denotar con su tono indiferente que francamente lo dudaba —, intervendremos. Pero ella podría soportarlo.

—¡No me jodas, Sacha! —explotó Singapore con los puños crispados—. ¡No puede soportar nada! ¿No has visto cómo ha estado los últimos días! ¡Por Dios! ¿Ni siquiera vas a reaccionar ante esto? ¡Lo peor acabará ocurriendo porque no tendrá el valor de señalarnos a ninguno de los dos! ¡No tendrá el valor de señalar a nadie, ni al jodido Mekhong, por miedo a que te pase algo!

Como otras tantas, Sacha había sopesado la contingencia de que *malyshka* rehusara abrir la boca. Más por la exigencia de tomar una decisión cuanto antes que porque no interpretara la naturaleza imprevisible de la criatura como algo que les jugaba en contra, descartó la idea. Y la descartó escarmentado por haberse atrevido a barajarla siquiera: contemplaba la posibilidad de que ella pudiera decepcionarlo, y eso sí que no habría tenido ningún sentido.

En su lugar, Sacha estableció una breve cronología de lo que estaba por suceder.

Tras unos primeros meses indudablemente miserables, dedicados a resistirse con un empeño tan absurdo como conmovedor a la aceptación del hecho de que él la hubiera abandonado a su suerte, la princesa entraría en razón. Una vez lo hiciera, la ira le nublaría el juicio, y el orgullo que solía llevarla a cometer las mayores atrocidades contra sí misma la instaría a rehacer su vida.

—Un momento —murmuró Singapore con la voz teñida por el espanto—. Lo has preparado todo tú, ¿no? Pues claro que has sido tú —se respondió con un cúmulo de sentimientos encontrados—. No tenía ningún sentido que ella regresara sola a Shanghái antes que tú. Ni tampoco que hubiese acabado en un avión que en realidad se dirigía a Dongguan.

—Fuego y Sangre dejó de ser divertido hace unos años, ¿sabes? —murmuró Sacha, para confusión de Singapore. Por fin se disuadió de husmear donde nunca debió hacerlo y se encaminó con paso ligero hacia el baño—. Antes la gente venía a divertirse. Ahora es un campamento de verano para agentes del FBI. Había un par del MSS[1], incluso.

Sacudiendo la cabeza con una exasperación que en el fondo no sentía, acostumbrado como estaba al merodeo de los federales, arrojó la colección de prendas femeninas al fondo de la papelera de latón. Se palpó los bolsillos del tejano negro y primero sacó una cajetilla de Belomorkanal, de la que extrajo un cigarrillo que terminó su recorrido vital en el borde de sus labios. Lo prendió con un zippo plateado, y acto seguido lo lanzó, todavía con la tapa abierta y la mecha prendida, a las últimas pistas de las vacaciones tailandesas de Ayane Nagai.

Ayane Nagai-Ryder, para más señas.

La corrección automática le generó un tic en el cuello que le dobló la cabeza a un lado.

Encontraba la composición chirriante. ¿Por qué una mujer como ella, orgullosa y encantada de haberse conocido, adoptaría el nombre de su marido? ¿Por qué lo situaría en un plano de igualdad con respecto del suyo? ¿Por qué no al revés, Jace Ryder-Nagai?

Nunca debió renunciar al apellido de su padre, por el que aún bebía los vientos así dichos vientos trajeran consigo un huracán de categoría mortal.

Aquel inesperado detalle delataba unas sutilezas de su carácter que no había llegado a desentrañar del todo. Detalle que, al igual que otros tantos que había observado atrincherado en su silencio, no fuera a delatar su mórbido interés, le había desequilibrado lo suficiente para temer que, al final, la niña fuera más cobarde de lo que él pensaba. Y para colmo, víctima de la peor cobardía posible: la de otorgar al populacho el privilegio de avergonzarla por razones de parentesco, como daba a entender que renegara de su sangre Kincaid.

Pero ella le había dicho que nunca olvidara a la mujer que había conocido en Koh Phangan. Se lo había pedido por favor, en realidad. Una gracia que, solo por ser impropia de su personalidad, hacía del cumplimiento de la petición algo imperativo. Y resultaba que la mujer que había conocido a Koh Phangan no tenía vergüenza ninguna.

Por no tener, no tenía ni miedo, ni sentido común.

Esperaba que, para variar, eso jugara en su favor en esta nueva partida.

—¿No había otra forma de hacer las cosas? —oyó que le preguntaba Singapore desde el umbral de la puerta, hastiado.

Sacha lo miró por encima del hombro. El joven observaba con consternada resignación cómo las lenguas de fuego devoraban los restos de Ayane.

Ayane Kincaid.

Y no se hablara más.

Sacha dio una larga calada y retuvo el aire en los pulmones. Lanzó una mirada desganada al espejo, desde donde le amenazó un reflejo suyo vagamente desmejorado.

—Esa mujer es un tiro al aire. Siempre lo ha sido —dijo con llaneza—. Pero hay que disparar la pistola para que llegue alto. Si no, se nos pudre.

«Debemos tenerle fe», habría añadido si sintiera debilidad por la redundancia.

Era consciente, aun así, de que en todo caso esa fe habría de ser tan ciega como la de la princesa al pronunciarse sobre su estúpido enamoramiento por él. No tenía manera de estar seguro de haber tomado la decisión correcta.

—Estás loco —masculló Singapore—. Y lo que es más insoportable: estás equivocado. Va a entrar en un bucle autodestructivo al no tenerte cerca y se va a hacer daño... o algo peor.

Se cuidó de replicar que no se le ocurría nada peor que imaginarla herida y se cerró en banda, abjurando tercamente de la eventualidad. Si se permitía un atisbo de duda, todo se iría al infierno.

Ni la luz del sol debía penetrar en la determinación de que se cumplieran sus augurios.

—Y tú también te lo vas a hacer a tu manera —continuó el tailandés—, ¿o crees que no me he dado cuenta de que sientes una... retorcida fascinación por ella, y eso cuanto menos? Por el amor de Dios, ¡si has tardado tres días en entrar a vaciar su cuarto, lo que también es una irresponsabilidad! ¡En esos tres días podrían haber encontrado sus huellas! Desde lo del avión infestado de rehenes, la policía anda registrando las islas.

—Por eso deberías regresar a México, a España o dondequiera que te mandaran con tus nuevas víctimas. No querrás que tus esfuerzos se vayan al garete y para colmo pises la cárcel, ¿no?

La cara le cambió al recordar su labor para con las mujeres.

—He cogido el primer vuelo hasta aquí para confirmar que Ayane ya no estaba —replicó a la defensiva—. Volveré esta misma noche, pero antes tenía que decirte lo que pienso.

—Espero que te haya sentado bien —atajó con aburrimiento.

Arrojó la colilla al sumidero del lavabo.

Con la esperanza de que Singapore se perdiera tal y como había llegado, en un visto y no visto, Sacha regresó al corazón de la suite con una nueva turbación de la que le habría gustado hacerle responsable. Abrió el cajón de la amargura y, con desdén, miró el dichoso cuadernillo, una obra endeble con la tapa dura desgastada y manchado de una serie de garabatos a cada cuál más absurdo que el anterior.

No creía en el autocastigo. Era una pérdida de tiempo. Antes que a sí mismo, prefería culpar de las tragedias a gentuza de la que podría encargarse al más puro estilo mafioso. Pero cada vez que una duda más egoísta que razonable le había tentado a conservar a la niña a su lado, había echado mano de ese diario de tragedias para recordar el porqué de sus decisiones.

Y nunca fallaba en su propósito de subrayar que no había otra salida.

Adelantó las páginas que ya había leído, páginas caligrafiadas con la clase de belleza paciente que uno le dedicaba única y exclusivamente a quien lo merecía.

El primer «querido Jace» se remontaba a siete meses vista, y el último...

Para su asombro, el último párrafo no decía «querido Jace». Se le curvaron los labios en una sonrisa irritada porque incluso desde Estados Unidos hubiera conseguido pillarlo con la guardia

baja.

Para él no había palabras de amor.

Al menos, él no era el «querido» Sacha.

Él era «Sacha» a secas.

Sacha:

Como eres el único que lee estas cartas aparte de mí, creo que es justo que te dedique una. Así, a lo mejor, te disuado de husmear entre lo que no te corresponde.

Pero me parece a mí que para ponerte en tu sitio hacen falta más que un puñado de palabras. ¿O no? A veces da la impresión de que sean justamente las palabras las que pueden destruirte. Ellas y nada ni nadie más, o de lo contrario hablarías con frecuencia. No he conocido a ningún hombre que le dé tanto valor a la expresión; que sepa agrupar en una breve frase todo lo que se puede decir con un extra de misterio que te deja con el corazón en un puño.

Me aferro a eso y a teorías de lo más peregrinas para justificar que no hayas admitido aún que me quieres. Porque sé que me quieres, o ya te habrías deshecho de mí. Hace mucho tiempo desde que no le sirvo a nadie, desde que no represento una amenaza real.

Créeme que entiendo que podría haber dejado de ser divertido sacarme de mis casillas.

Desconozco los que sean tus nuevos empeños, pero soy consciente de que son más importantes que yo. Y, aun así, míranos. Sigues asegurándote de que vivo un día más.

¿Qué otra cosa podría inclinarte a cuidar de mí?

Solo puede ser el amor..., ¿verdad?

Sacha se quedó mirando las últimas palabras sin sentirse las manos.

Segundos después, arrancó la página del cuaderno y la arrugó en una bola irregular.

Echó un vistazo desenfocado a la ventana abierta. Desde allí se oía el jolgorio y los chapoteos de los turistas que veían pasar la tarde en la zona recreativa del hotel; el *Kill Bill* de SZA que reproducían los altavoces de la piscina: «*I get the sense that you might really love her* (...) *I tried to ration with you, no murders or crimes of passion, but damn, you was out of reach*[2]».

Se guardó la carta en el bolsillo, jurándose que se desharía de ella en cuanto hallara una papelera que no hubiese ardido y, sumido en un silencio fúnebre, salió de la suite.

La cerró con cuidado de no enterarse ni él, como si siguiera allí dormida.

Malyshka entendería su decisión, se dijo.

Y si no la entendía, mejor aún, porque entonces volvería y le haría pagar por ello.

Capítulo 1

Había en el pasillo un fluorescente con una luz epiléptica. Llevaba allí tres meses desde que Ayane se diera cuenta; las mismas que podía contar a partir del comienzo de sus sesiones terapéuticas en las oficinas del FBI.

Pero era muy probable que el foco ya hubiera estado en proceso de degeneración antes de su regreso.

Pensar que hubiese empezado a malograrse mientras ella pasaba las noches en un hotel de Koh Samui la llenaba de nostalgia. No soportaría llegar un buen día a una de sus sesiones semanales y descubrir que el técnico del edificio había sustituido la luminaria.

No podía decir que fuera cómodo recibir descargas fosforescentes, aun así. Incluso sin mirar hacia arriba, sentía el parpadeo del tubo en la atenuación de su propia sombra, que de pronto ya no era negra, sino de un triste gris oscuro.

Pero la ayudaba a concentrarse en contar. En cada pestañeo de la luz cabía medio segundo. Ciento veinte pestañeos equivalían a un minuto. Un minuto más en un pasillo funcional pero terriblemente inhóspito esperando a que Chambers abriera la puerta y la invitara a pasar.

Un minuto más alejada de Sacha.

¿Haciendo qué?

Haciendo nada.

—¿En qué piensas?

Ayane no apartó la vista de su regazo, donde a su vez descansaban dos manos derrotadas por la inutilidad y el aburrimiento. El hombre a su lado creía haber preguntado con la cordialidad de los pacientes, pero una sensación de urgencia acababa frustrando sus intentos por sonar cariñoso y desencadenaba dentro de ella la angustia que creía haber sido capaz de contener tras una presa.

La presa parecía de papel. Cada vez que le escuchaba, sus vellos se erizaban.

Señaló el techo.

—La luz está rota.

De reojo confirmó que Jace tomaba su palabra por cierta y alzaba la barbilla para fijarse. Compuso esa mueca de asombro pueril que se utilizaba con los niños cuando comentaban con entusiasmo un hecho al que los adultos estaban acostumbrados.

—No me había fijado. De aquí a que alguien se dé cuenta... —Estiró las piernas para adoptar una postura informal, pero Ayane supo que pretendía suavizar la tensión que le había atenazado

los miembros—. Parece que no haya presupuesto para estas cosas.

Sacha llegó a mencionar en una ocasión el presupuesto del FBI. Había hablado de él como cualquiera que no tuviese la más remota idea de cómo era el día a día en las oficinas.

Jace sí era consciente de que se pasaban por alto detalles similares.

Jace era consciente de muchas cosas.

Había insistido en acompañarla a la sesión, una de tantas demostraciones de que, desde su regreso, había empezado a tratarla como a una inválida. Estaba convencido de que si cogía un coche pondría su vida en peligro; de que si se echaba a la calle sin compañía acabaría por no volver.

Por algún motivo, el agente creía que le partiría el corazón que su mujer no regresara.

Pero lo peor era que Jace no pecaba de sobreprotector. Ayane todavía no se había visto ante el volante, pero apostaba por que se plantearía acelerar hacia un escaparate.

Cuanto más estrépito causara, mejor.

Era una fantasía que chocaba de forma radical con el silencio en el que se había refugiado para que sus sentidos permanecieran anestesiados. Jace se había percatado de que el único sonido que estaba por la labor de atender era la música, y, con el fin de complacerla, había traído consigo unos auriculares conectados al teléfono.

Él escuchaba *Never Be The Same* a través del casco izquierdo; ella, del derecho.

Cualquiera habría dicho que este gesto los unía, al menos, desde una perspectiva física, pero Ayane se había sentado procurando abrir un hueco de distancia entre ambos y ni dos líneas paralelas estaban tan condenadas a no cruzarse jamás como aquellas dos personas.

La sola idea de rozar la piel de Jace la turbaba, y algo le decía que él compartía su sentimiento de culpa. A fin de cuentas, así era como el agente se comportaba cuando le sobrevenían los remordimientos. Se convertía en un hombre extremadamente servicial. No solo prestándose a fingir que su relación había sido así desde el origen de los tiempos, una suerte de teléfono escacharrado al que nadie llamaba nunca, con tal de conservar una paz inútil; también aceptando escuchar a Camila Cabello cuando antaño no soportaba su gusto musical.

Suddenly, I'm a fiend and you're all I need, all I need

(...)

And I'm a sucker for the way that you move, babe

And I could try to run, but it would be useless

You're to blame

Just one hit of you, I knew I'll never ever ever be the same[3]

¿Estaría Jace sonriendo para sus adentros por el título de la canción?

Apostaba por que él también pensaba que nada volvería a ser lo mismo.

—¿Ayane? —oyó que la llamaban con suavidad desde el despacho.

Se puso en pie como un resorte.

Las sesiones terapéuticas estaban lejos de ser catárticas, pero le permitían huir de una casa que se empeñaba en asfixiarla y de un hombre al que ya no conocía.

Le tendió el auricular a Jace, al que sintió mirándola con una resignación aprensiva, y balbuceó algo parecido a «enseguida salgo» antes de esconderse al otro lado de la puerta.

Chambers la recibió con una sonrisa cómodamente aposentado en su sillón.

El despacho no había cambiado desde la última vez que estuvo allí antes de viajar a Tailandia. Conservaba los curiosos cuadros de inspiración africana, y los combinaba con un mobiliario igual de cálido gracias a sus tonos amaderados. El psiquiatra también era el mismo, un hombre siete años más joven que ella que se vestía con desenfado para dar la impresión de que no se tomaba en serio ni a sí mismo.

Viendo que Ayane se quedaba de pie sin saber muy bien a dónde dirigirse, atormentada por el modo en que se había escabullido de Jace, Chambers fue hacia ella y la dirigió con una amable mano en la espalda hacia el asiento que le correspondía.

Había algo de familiaridad en él, en el ambiente. Ayane no podía sentirse incómoda así el especialista verbalizara teorías psicológicas con las que jamás estaría conforme. Era el único lugar en el mundo en el que sus secretos estaban a salvo.

El único lugar en el mundo en el que podía hablar de Sacha.

Se sentó en el borde y descansó las manos en el regazo.

—¿Cómo has estado esta semana? —inquirió el psiquiatra nada más ocupar su puesto. A petición de Ayane, había renunciado a su libreta y a su bolígrafo, y se limitaba a cruzar las piernas para volcar en ella toda su atención. Aunque su postura no perdía el aire profesional, había una simpatía en su mirada que la impulsaba a creer que nada era tan malo como pensaba —. ¿Has empezado las clases de baile que te sugerí que tomaras?

Ayane se rascó el hombro con gesto huraño.

Unas sesiones atrás, después de escuchar con paciencia las historias para no dormir que ella se atrevió a confesarle, Chambers la animó a empezar a reconciliarse con su cuerpo a través de la danza.

—Me he matriculado en un gimnasio. Por lo visto hay dos o tres sesiones semanales de ritmos latinos. Ponen salsa, bachata, reguetón... Todo eso.

—¿Y no te gusta el estilo musical? —Ayane hizo una mueca que venía a significar «lo mismo da que da lo mismo»—. Está muy bien que hayas aceptado mi consejo. ¿Cómo ha ido?

—Todavía no me atrevo a entrar. Me asomé un día que Jace tenía que hacer la compra porque

no quiero que sepa lo que hago. —Antes de que Chambers lanzara al aire su hipótesis sobre el porqué, ella se adelantó—: A lo mejor piensa que he mejorado y me exige...

Se calló.

—¿Qué crees que te exigiría? —Ayane se encogió de hombros con el vello erizado. Chambers inspiró hondo—. Te recuerdo que no le debes nada a tu marido. Ahora mismo tú y tus necesidades sois la única responsabilidad que has de atender. Pero asumo con eso que todavía no habéis hablado.

—No hace falta. Sé lo que piensa.

—Ayane... —la regañó en tono cariñoso—. Ya hemos hablado de lo negativo que es dar por hecho lo que opinan y sienten los demás. ¿No es mejor comunicarse?

Tragó saliva.

Había vulnerabilidades de las que no quería hablar ni siquiera con su terapeuta. Por ejemplo, aún no había compartido con él cómo había sido el proceso de rescate y de readaptación al loft que alquilaba con Jace; la manera en que se sintió cuando el agente decidió motu proprio mudarse al sofá para dejarle la cama cuando comprendió que, si no podía abrir la boca para pronunciar un simple «gracias por salvarme», mucho menos soportaría la proximidad de su cuerpo.

Ayane rabiaba porque no estuviese equivocado.

Rabiaba, también, por si en algún momento se le había ocurrido pensar que le estaba agradecida en lo más remoto.

Pero quizá no lo hubiese compartido con Chambers porque tenía borrosa la noche del rescate. En un segundo estaba con Sacha a las puertas de un avión, y, al poco rato, Sacha había desaparecido y en su lugar estaba Jace, como si fueran el mismo hombre pero disfrazado. Como si el universo fuera a sufrir una descompensación cósmica haciéndolos coincidir en una habitación.

O tal vez no el universo, pero sí Ayane.

—No quiero hacerle daño —fue lo que contestó.

—Esa no puede ser la respuesta que me das cada vez que te pregunto, Ayane —se lamentó Chambers con una sonrisa culpable—. Sé que no quieres hacerle daño. Pero sincerándote aquí sobre lo que crees que piensa no se lo vas a hacer. No voy a ir corriendo a contárselo, ¿de acuerdo?

Ella se mordió el labio, inquieta. Aunque guiaba tanto sus sesiones terapéuticas como las de Jace, que también había sido mandado a la planta de especialistas para lidiar con una esposa con estrés postraumático, se fiaba del voto de silencio del psiquiatra. De quien no se fiaba era de sí misma y de cómo podría reaccionar pronunciando en voz alta determinados anhelos.

—¿O acaso me lo dices siempre porque planeas hacer algo que estás segura de que le dolerá?

—prosiguió Chambers con una ceja enarcada—. Suenas muy segura de que vas a herirlo. ¿Está en tus planes?

—No, en los míos no —respondió enseguida, retorciéndose las manos en el regazo. El pulso le latía desbocado—. Pero cuando él vuelva a buscarme, a Jace no le sentará bien. Sé que ya no me quiere, así que el corazón no se lo romperé. Pero tiene ese sentido de lo que está bien y lo que está mal, y, cuando yo me vaya, interpretará que ha fracasado. Le cuesta sobrellevar la frustración, ¿entiendes? —Alzó la barbilla para clavar en Chambers una mirada ansiosa por su aprobación.

Lamentablemente, Ayane había pronunciado la palabra prohibida, y eso se reflejó en el semblante adusto del psiquiatra.

Cambió de postura en el asiento para ganar unos segundos de tiempo. Era una técnica a la que recurría para que ella escuchara lo que acababa de salir de su propia boca y, si no sacaba sus conclusiones sin ayuda, por lo menos fuera consciente de la gravedad de lo expresado.

—¿Por qué crees que volverá a buscarte el mismo hombre que te metió en ese avión? —planteó con serenidad.

—Él no sabía lo que iba a pasar —replicó Ayane, ceñuda—. Lo engañaron. Le dijeron que iban a llevarme a Shanghái, y, en el último momento, esos tipos que el FBI neutralizó decidieron cambiar el rumbo a Dongguan.

—¿Estamos hablando del mismo tipo que te ganó una partida de ajedrez reproduciendo de memoria los movimientos de uno de los mejores jugadores del mundo? —Su ceja arqueada rayaba en un sarcasmo burlón. Lo contrarrestó compadeciéndose de ella con tono afectuoso—. ¿El tipo que siempre supo que eras una agente?

—Lo supo porque yo soy una agente de mierda —espetó a la defensiva, furiosa consigo misma—, no porque sea más listo que los demás.

—No me acuerdo con exactitud porque no me dejas apuntarlo, pero me suena que lo describiste como un hombre que suele estar varios pasos por delante. Teniendo en cuenta esto y el entorno en el que se mueve, la clase de entorno que te obliga a depender de tu astucia para sobrevivir, cabe la posibilidad de que sea una persona traicionera..., ¿no te parece?

Ayane se agarró al borde del asiento con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—¡Me dijo que me quería al despedirnos! —le ladró.

—Lo sé —respondió Chambers sin inmutarse.

Y tanto que debía saberlo. Ayane sentía la necesidad de sacarlo a colación cada vez que se veían, sobre todo cuando empezaba a percibir que el aire se impregnaba de un juicio injusto hacia Sacha.

Aunque supo desde el principio que el psiquiatra jamás reconocería las virtudes del ruso, se

empleó a fondo en el proceso de describirlo. Cuantas más vivencias aportaba al relato para engrandecerlo, más se reafirmaba en que era él quien estaba equivocado.

Pero Chambers siempre encontraba el modo de tergiversar sus palabras y asociarlas con un cuadro clínico.

—Ayane, padeces síndrome de Estocolmo —le explicó con paciencia—. Es habitual que la víctima de un secuestro desarrolle sentimientos positivos hacia su captor.

—¡Él no fue mi captor!

—No fue quien te sacó de Koh Phangan a punta de pistola —cabeceó, conforme—, pero tú misma mencionaste que en dos ocasiones te ofreció devolverte a Washington. Esas dos veces se dieron tiempo después de que comenzarais a intimar, cuando ya estabas enganchada a él. No te secuestró, no, pero *te mantuvo* secuestrada —señaló con suma paciencia—. Percibes su humanidad y crees que tenéis los mismos principios porque...

—Porque es una buena persona —atajó ella—. Evitó que me prostituyeran, y, además, lo he visto sufrir. Ha sufrido con mi sufrimiento. Con mi aborto. Con mi intento de suicidio.

—Evitó que te prostituyeran y, sin embargo, se acostó contigo estando en una situación muy vulnerable —se empecinó él—. ¿Crees que eso lo haría una buena persona, Ayane? ¿Tú te meterías en la cama con una víctima de la trata, así te suplicara de rodillas?

Ella apretó los labios con una impotencia que la hacía temblar.

—Las víctimas de la trata también son personas con necesidades —masculló entre dientes—. Sienten deseo igual que tú.

Chambers sonrió con benevolencia.

—Eso está claro. Pero ¿tú de verdad sentías el deseo o la necesidad de acostarte con un hombre después de lo que viviste en Bangkok? ¿De verdad le atribuías al sexo el valor que tenía para ti antes de marcharte? ¿Era una herramienta de placer, o un modo de garantizarte la protección de un tipo poderoso? Que tus clientes de Tailandia te trataran como a un juguete te creó la ilusión de que cuanto podías ofrecer era tu cuerpo, y por eso se lo entregaste a él: porque era lo único que quedaba a tu disposición y que podías canjear a cambio de la inmunidad. Era su obligación rechazarte y haber buscado otras maneras de demostrarte que estabas a salvo. ¿No es lo que habrías hecho tú de haber estado en sus zapatos, suponiendo que te hubiese importado la víctima?

—No lo sé —musitó ella. La cabeza le daba vueltas—. A lo mejor sí.

—Claro que sí, porque tú eres una buena persona —dilucidó—. Jamás tocarías a alguien mientras hubiera estado emocionalmente destrozado, tan sobrepasado por los acontecimientos que no hubiese podido pensar con claridad. Tú estabas anestesiada por el shock, un mecanismo de defensa que desencadena nuestra mente para que podamos seguir funcionando bajo la impresión de que aún somos dueños de nuestra voluntad.

—Eso no es así... —Sacudió la cabeza, en negación—. Yo sé que le importo. Lo hizo... lo hizo... Me tocaba porque yo se lo rogué, porque necesitaba... Lo conocía de antes, ya me gustaba de antes, ya me... ¡Y no soy una buena persona! —gritó tras un balbuceo caótico—. Y él... él... Yo sé que él hace... Sé que se dedica a un trabajo funesto, pero... Singapore también, y...

—Ayane —la interrumpió con suavidad—, no dudo de que en su contexto puedan llegar a ser hombres que se rigen por un código de honor. Los Latin Kings, la yakuza, los *vor v zakone*... Todos lo tienen. Pero no son los códigos que abanderan las sociedades civilizadas, las personas como tú o como yo.

La mención de la yakuza la había aturdido.

—Mi padre...

—Tu padre sin duda ha contribuido a que tengas una visión algo... retorcida de las cosas —cedió a regañadientes—, pero nunca te has escudado en eso para justificar aberraciones. No lo hagas ahora. Quisiste ser agente del FBI porque tienes unos valores de los que carecen todos esos criminales que fuiste a desenmascarar —le recordó con una pequeña sonrisa cómplice—. Y eso significa, entre otras muchas cosas, que ese hombre y tú sois la noche y el día.

Ayane pestañeó deprisa para contener unas lágrimas de furor desesperado.

¿Por eso no había ido a buscarla aún?, se preguntó. ¿Porque él también había descubierto que eran la noche y el día?

En sus horas bajas había sopesado toda suerte de justificaciones. Que se había convertido en una carga a raíz del aborto, que nunca la había soportado y solo se acostaba con ella porque le apenaba o incluso abochornaba el modo en que se humillaba para llamar su atención; que ya no se veía en condiciones de tener sexo ni siquiera con él...

Tal vez hubiera sido un cúmulo de todo.

—¿Tú crees que no me quiere? —musitó con la boca pequeña—. Porque no es de los que hablan por hablar. Él nunca me habría dicho algo así si no lo sintiera.

Chambers le sostuvo la mirada con gesto apenado.

—Puede que fingiera ese carácter que tú conoces para hacerse más interesante a tus ojos, para apelar a tu ternura o a tu curiosidad. Se trata de un mafioso con ases bajo la manga, Ayane. Deberíamos contemplar que su propósito fuera captar tu interés con demostraciones de vulnerabilidad que en el fondo estaban vacías de contenido real. Porque no ha sido vulnerable contigo. No se ha puesto en situación de igualdad en ningún momento —recalcó con las cejas alzadas—. Si así fuera, tendrías información en su contra. Tendrías un apellido. Tendrías una dirección. Tendrías una idea muy clara de cuáles eran sus objetivos. Incluso habrías regresado a Washington tan pronto como se reencontró contigo en Shanghái, porque entonces también podía traerte de vuelta. Pero no le convenía, ¿verdad que no?

Ayane quiso rechazar su teoría como tantas otras veces antes. Sin embargo, esa tarde acudió a su pensamiento la noche que tropezó con él, cuando ella le pidió que le consiguiera un billete de avión y Sacha la miró largamente para determinar que sabía demasiado.

Pero luego, según el mismo ruso, no sabía nada.

«Ni la mitad de la película», llegó a decirle.

Eran esas contradicciones las que abrían una grieta en su determinación a defenderle.

—¿Y por qué iba a querer apelar a mi ternura? —se desesperó, envalentonada en gran medida. Todavía se creía capaz de convencer al psiquiatra—. Nunca me pidió información sobre el FBI. Pudo hacerlo durante un interrogatorio, y no... no volvió a insistir. Yo no le parecía un problema. No le exigió un rescate económico a nadie. No era para vengarse de mi padre, tampoco, porque llegó a decir que era su ídolo.

—A lo mejor —empezó a sugerir gentilmente. La miraba con esa compasión que a ratos la salvaba de hundirse en el agujero y que otras veces la enfurecía— solo quería usarte como objeto sexual. Dices que os acostabais muy a menudo. Yo ahí veo un beneficio evidente.

Ayane no pudo soportarlo más y se levantó del asiento con la urgencia de salir corriendo.

Tuvo que frenar en seco cuando ya había agarrado el picaporte.

Chambers se limitaba a hacer su trabajo. Solo intentaba ayudarla, y no ayudarla en un sentido superficial e hipócrita, como por lo visto lo había hecho Sacha. Lo hacía empleando sus herramientas, y una de ellas consistía en decirle la verdad.

Debía de ser la verdad, al menos. De lo contrario, ¿cómo lograba que todo cuadrara?

¿Estaba siendo obtusa al rechazar sus teorías?

¿Traicionaba a Sacha al sopesarlas?

Se llevó las manos a la cabeza. Sentía agujas clavándose en el cuero cabelludo y una debilidad física en los tobillos.

Hubo un tiempo en el que la abochornaba llorar. Ahora no sabía ni cómo hacerlo. Las lágrimas se arremolinaban en sus ojos, pero no conseguía derramarlas.

—Ayane... —murmuró Chambers a su espalda. Le puso una mano en el hombro—. Eres una mujer asombrosamente fuerte. Has sobrevivido a algo que muchos agentes no habrían logrado resistir. Si el modo de hacerlo fue creyendo desarrollar sentimientos por ese hombre, está bien. No te avergüences.

Fue a decirle que no se avergonzaba en absoluto, que solo estaba dolida por el prolongado silencio de Sacha, que lo echaba tanto de menos que se escabullía a las tiendas de perfumes de lujo para rociarse con su colonia y pasar el resto del día en un agradable coma inducido; que veía a un hombre con hoyuelos y perdía por completo los estribos; que se imaginaba sus manos frotándola en la ducha y cuando se masturbaba bajo las sábanas.

Pero, en el fondo, en un fondo que a veces no alcanzaba a ver, sí estaba avergonzada.

Si resultaba ser cierto lo que Chambers decía, habría sido peor agente de lo que pensaba.

Una buena agente se habría disparado en la sien antes de enamorarse de un criminal.

—Quiero que intentes ir a las clases de baile. Es importante que te demuestres que puedes disfrutar de tu cuerpo a través de otras actividades físicas —le dijo. Se humedeció los labios y añadió con seriedad—: También me parece menester abordar tu actual incomodidad con el sexo. Creo que podrías beneficiarte de ir poco a poco aceptando que el modo en que lo viviste en Shanghái no es el óptimo, y a partir de ahí construir una relación sana.

—No puedo acostarme con Jace.

—Lo sé, y no voy a animarte a hacerlo. Pero Sacha no podrá ser para siempre el último hombre con el que has compartido intimidades, Ayane.

—¿Y qué hago?

—Pues he estado barajando posibilidades, consultando a algunos compañeros del gremio, y resulta que existe un tratamiento novedoso. —Se apartó para sacar del cajón del escritorio un taco de papeles grapados que enseguida le tendió a una Ayane todavía conmocionada—. A lo mejor has oído hablar de él. Aquí tienes folletos con información: terapia de sustitución sexual[4], se llama. Grosso modo, se trata de un tipo de terapia que ayuda físicamente a encauzar la vida sexual del paciente. Suele implicar la contratación de un sustituto sexual. Alterna terapias orales guiadas por un psicólogo y prácticas físicas llevadas a cabo por el mencionado sustituto. Es algo muy personal, lo sé, pero me especialicé en esto en cuanto me gradué y lo he probado en varias ocasiones con un elevado porcentaje de éxito.

Ayane apartó la vista de las columnas de información del folleto, mareada con el brillo del papel estucado. Las letras habían empezado a bailar ante sus ojos.

—¿Quieres decir que tendría que... acostarme con ese sustituto?

—No necesariamente —resolvió con naturalidad. Entrelazó los dedos sobre el regazo—. El tratamiento pretende que el paciente se familiarice con otro cuerpo y se construya un bienestar que favorezca la intimidad. Si se logran los objetivos, no debería ser raro que, en última instancia, se pudiera dar la relación sexual. Repito: *se pudiera dar* como opción, que no que se diera sí o sí. Como esta no es la finalidad, no se suele llegar hasta la última base. Ni siquiera nos aproximamos.

—¿Nos? —repitió, y buscó sus ojos para confirmar que no lo había malinterpretado.

—He sido sustituto sexual en más de ocho terapias distintas. En tu caso particular, creo que sería arriesgado introducir a una tercera persona. Te costó bastante abrirte conmigo, y sería incluso más complicado acostumbrarte al contacto físico con otro especialista. Podría encargarme yo solo tanto de la terapia oral como del desempeño físico, siempre y cuando

estuvieses de acuerdo. Si no, contactaré a un tercero. Lo que prefieras. Tú piénsatelo. —Le estrechó el hombro afablemente.

«Terapia de sustitución sexual», repitió para sus adentros, aún en shock. No tuvo forma de saber qué le parecía la propuesta. Su mente seguía estancada en el porcentaje de verdad que podría haber en las acusaciones vertidas contra Sacha.

Para despedirse de ella, Chambers la rodeó por la cintura en un abrazo holgado del que podría haberse deshecho si hubiera querido. Y quiso, porque de todos los contactos físicos que despreciaba, el tierno, el que la protegía de sí misma, era el que peor gestionaba.

Pero no se separó porque su cabeza, una maraña de teorías y acusaciones, estaba tan cerca de enloquecerla que solo se le ocurrió disociarse del momento físico y del estado mental.

Huir de sí misma hacia la nada.

Capítulo 2

Ayane se sirvió una generosa copa de ginebra que había sobrado de unas Navidades y puso rumbo al gimnasio. Discutir con Jace había logrado lo que ni rememorar detalladamente su estancia en Bangkok había logrado: que se llenara de la suficiente energía corrosiva para levantarse del asiento e ir a afrontar sus miedos.

Horas antes de salir de casa para encargarse de unos recados, Jace había llegado de una reunión extraordinaria en las oficinas federales. Ayane supo de qué se trataba en cuanto la abordó en la terraza del loft con un tiento exagerado incluso para tratarse de él.

Mientras encontraba el modo de comunicarle que el FBI estaba empezando a sospechar de su silencio, de que en tres meses de terapia intensiva no hubiera progresado como para proporcionar nombres, Ayane pensaba, distraída, en cuánto habría dado no mucho tiempo atrás con tal de volver allí. Con tal de escuchar su voz de nuevo. Con tal de sentir su cuerpo cerca. Se identificaba tan poco ahora con esos deseos como con las profesiones que, siendo niña, juró perseguir: bailarina, veterinaria, bombera. Jace estaba igual de lejos que esas fantasías frustradas.

Pero entonces se giró para mirarlo a la cara, hundida en el océano tumultuoso que eran sus pensamientos, y el corazón se le estremeció por obra de un amor malogrado que, como una bestia apaleada, daba los últimos y rabiosos coletazos para rebelarse contra su destino fatal.

—Empiezan a sospechar de tu silencio. Creen que el hecho de que no abrieran fuego contra ti en el avión, de que los exámenes médicos salieran a pedir de boca y de que permanecieras intacta y fuera del radar durante tanto tiempo son signos indicativos de que colaboras o colaboraste con los traficantes. No tardarán en citarte en las oficinas y someterte a un interrogatorio, y me da la impresión de que no tendrán piedad.

Hizo una pausa para respirar hondo e inclinarse más hacia ella, poniendo una mano sobre la mesa de jardín que los separaba. Fue una de las compras compulsivas que realizaron en un viaje relámpago a los grandes almacenes.

Habían cenado tantas veces allí... Solía separarlos un cirio aromático que se aguantaba precariamente en un portavelas, detalle romántico que Jace procuraba tener para aportar un toque elegante a las hamburguesas grasientas que devoraban entre risas.

—Por eso le he pedido a Wray que me dejara hablar contigo antes. Si me lo cuentas a mí, Ayane, no te juzgaré. Sabes que puedes confiar y apoyarte en mí.

Ella no estaba tan segura de eso.

Todos los días se levantaba con la determinación de abrirse con Jace, aunque solo fuera para librarlo de la carga en la que se había convertido, y todos los días su ramalazo de valentía era reprimido por una oleada de miedo a romperle el corazón.

Ahora que sabía que se infiltró en el club BDSM de Califa nada más conocer su desaparición para seguir sus huellas de cerca, se figuraba hasta qué punto habría sufrido. Hasta qué punto se habría expuesto a situaciones violentas para un hombre tradicional como él. Para colmo, debiendo fingirse fascinado por lo que le rodeaba cuando el temor de haberla perdido le habría estado asfixiando, no ya para tener sexo con desconocidas, sino solo para pensar con claridad.

La antigua Ayane que de vez en cuando hacía acto de presencia para recordarle que no estaba del todo muerta se oponía frontalmente a un innecesario sincericidio. Estaba convencida de que, con independencia de que la imaginación pudiera ser un arma letal en manos de un pesimista con altos índices de creatividad, nada de lo que Jace pudiera haberse planteado sería tan terrible como la verdad.

¿Y para qué serviría dar a conocer el relato? Si existiese una forma de compensarla por su sufrimiento, tendría el consuelo de estar ofreciéndole contexto para planificar una estrategia a posteriori, pero Jace no era un hombre vengativo.

Y, además, estaba enamorado de otra mujer.

Lo supo en el preciso instante en el que lo volvió a ver.

Algunas noches de caótica meditación, se había sentido tan traicionada que había tenido que resistir el impulso de plantarse en el salón y contarle con pelos y señales lo que había sufrido en tanto que él entregaba su corazón, uno que ya tenía dueña, a una don nadie. Solo la certeza de que ella había incurrido en delitos aún peores ponía a Jace a salvo de la emboscada. Pero ni haberse enamorado de Sacha, ni la convicción de que su matrimonio se habría ido a pique de una u otra manera, paliaba el dolor de saberlo emocionalmente lejos.

Porque Ayane aún lo quería. Como embotellado al vacío, su amor de siempre, puro e incondicional, había sobrevivido intacto a las mareas de la experiencia.

Pero no debía demostrárselo. Con toda probabilidad lo incomodaría con su afecto.

Así pues, a la hora de responder se dejó arrastrar por el desconsuelo enquistado.

—¿Podrías dejar de ser tan amable? —rechinó entre dientes.

Él se había quedado perplejo.

—¿Cómo?

—¿Tan comprensivo, tan cariñoso...? Dejar de dar por hecho las cosas y de revolotear a mi alrededor con esa cara de...

—¿De qué?

—De víctima, o de puto salvador, o de lo que sea, no lo sé. Solo sé que...

—No era mi intención agobiarte.

—¡Pues me agobias! —le rugió con tal de hacerle callar.

Ayane se había levantado para esconderse de las consecuencias de su exabrupto, que supo que desencadenarían una conversación lo bastante reveladora para darle a Jace unas esperanzas que ni él quería para sí mismo. Ansiaba gritarle sin circunloquios que no había necesidad alguna de protegerla de sí misma cuando era la viva imagen de que la mala hierba nunca moría; confesarle que nada la estaba hiriendo más que saberlo a su lado por desgana y mera lealtad hacia responsabilidades de permanencia que ella nunca le exigiría.

Pero no se había sentido mejor echándole en cara su paciencia. Nunca le había levantado la voz hasta ese momento, señal inequívoca de que su complicidad, esa forma de comunicarse que evocaba el exclusivo lenguaje de cada pareja, se había extinguido.

—Lo que le digas a Wray es la última de mis preocupaciones —le hizo saber Jace en cuanto la alcanzó en la cocina, a la que Ayane había corrido para refrescarse la cara—. He estado allí, en Koh Phangan, y he visto lo que hay con mis propios ojos.

—No has visto lo que he visto yo —le reprochó con un rencor que nunca se iba del todo.

—No es eso lo que quería decir, sino que la misión me importa una mierda. Y si no he visto lo que tú viste, ayúdame a imaginármelo, entonces. Ayúdame a entenderte.

Ayane lo miró sin dar crédito. Llegó a tachar de mórbido su afán de conocimiento.

¿No podía acaso imaginarse lo que sucedió? ¿Por qué necesitaba escuchar de su propia boca lo que clamaba al cielo?, ¿que había fracasado, y en el proceso habían robustecido su mortificante nulidad valiéndose de un impronunciable repertorio de humillaciones? Pensó, incluso, que Jace insistía en saberlo para valorar hasta qué punto era necesaria su presencia allí; quizá, si descubría que la habían violado en una única ocasión, desestimaba el caso del buen marido y, con la venia, se largaba para siempre.

Enseguida se desinfló.

¿«El caso del buen marido»? ¡Ella era la pésima cónyuge! ¡Ella, la que ni siquiera se atrevía a pensar en Jace como su esposo en los últimos tiempos y mucho antes se refería a él como «el agente»!

Trató de disuadirlo de indagar con débiles tartamudeos con los que solo ratificó que había una nube negra sobre su cabeza.

—Ayane, no pasa nada —la apaciguó él con las manos en alto—. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? No pretendía irritarte, pero tenía que ponerte sobre aviso acerca de lo que se viene. A mí puedes mantenerme en la sombra si no estás preparada; al FBI, no.

«Todo va a salir bien», había dicho. Lo mismo que salió de sus labios cuando enfermó de gastroenteritis en La Habana. Lo mismo con lo que trató de calmarla, esa vez con un éxito

rotundo, cuando al comienzo de la relación le dijo entre sollozos que no podría hacerle feliz porque no creía en la monogamia. Situaciones sin duda incómodas en las que se conformó con sus torpes consuelos porque el amor era cuanto necesitaba para recobrar las fuerzas.

Pero ¿cómo osaba decir ahora que todo saldría bien, si ya no había amor que sustentara el peso de esa promesa de felicidad futura?, ¿si ni siquiera sabía qué abarcaba ese «todo»?

—¿Y por qué permites que yo te pase por encima, eh? —le ladró ella, de nuevo furiosa—. ¿Por qué esa pasividad? ¿Por qué no me has sacudido por los hombros todavía?

—¿Qué clase de preguntas son esas? —murmuró él, anonadado con su fiereza—. No te he sacudido por los hombros porque has vivido una situación muy delicada, y lo último que necesitas es que te exijan que sigas participando de una manera u otra en lo que te pasó.

«Lo que le pasó», había dicho.

¿Qué había de lo que les pasó a otros por obra suya, eh? ¿Qué había de lo que le pasó a Mohawk Kingfisher? ¿Incluso de lo que pasó entre los dos la última noche en Koh Phangan, por lo que si él hubiera sobrevivido y ella hubiese regresado a Washington a su hora, Jace habría puesto el grito en el cielo?

Estuvo a un suspiro de confesarlo, y no ya para recibir un merecido castigo, sino porque aún soñaba con ver en sus ojos un atisbo de celos que confirmara que ella aún tenía cabida en su corazón.

No lo contó con una minuciosidad que pudiera horrorizarlo, pero, a su manera, le rogó un trato más cruel mascullando:

—A lo mejor no fue tan delicada como tú crees. A lo mejor fue tan magnífica como la pinta Christopher Wray. Pero tú eres incapaz de pensar mal de mí, ¿verdad? —La voz se le quebró—. Ni se te ha pasado por la cabeza que los de arriba puedan tener razón.

Él inspiró hondo antes de inquirir quedamente:

—¿La tienen?

—Y sigues con las preguntas. —Meneó la cabeza, no sabía si enfadada por su escueta curiosidad o agradecida porque aún tuviera el valor de mirarla de frente—. Sigues con el beneficio de la duda. ¿Siempre has sido un santo, Jace?, ¿o lo eres ahora porque te sientes culpable de que fuera yo a la que captaron en Tailandia? ¿O lo eres por otra razón? —Ella misma se quedó sin aliento al llegar a las puertas de un sótano oscuro que no quería penetrar. No si eso significaba que él asumiera el crimen de haberse encaprichado de otra y la abandonara; otro fracaso, este insoportable. Aun y con todo, se rebeló contra el egoísmo de retenerlo con su voto de silencio y prosiguió—: Has tenido que ser un hijo de puta si ahora no te crees en el derecho de exigirme nada, ni siquiera una explicación. ¿Qué has hecho este último año?

—Remover cielo y tierra para encontrarte —sentenció, herido porque se atreviera a insinuar lo contrario.

—¿Y qué hiciste en el proceso para que encontrarme fuera tan decepcionante que ahora vives aplastado por los remordimientos? Si te metiste en el mismo ambiente por el que yo tuve que moverme, debiste de pasar por la cama de unas cuantas mujeres. ¿Te involucraste demasiado con alguna de ellas? ¿Por eso ya no me miras a la cara?

La voz le tembló al pronunciar la última pregunta, y tuvo que llevarse una mano al vientre para disuadirlo de catapultar a la garganta una arcada con sabor a bilis.

Una sombra de culpabilidad asomó a su semblante, de por sí empañado por la incomprensión ante lo que estaba sucediendo.

Ayane no quiso saber ni oír nada de lo que siguiera a continuación. Él no sería tan valiente como para admitirlo, pero ella ya lo había visto. Lo había sentido en sus entrañas. Estaba furiosa porque creyera que podía ocultarle algo de la enormidad del amor que florecía en la adversidad cuando lo conocía como a la palma de su mano.

Aunque la conversación se alargó un buen rato y él se lanzó a zanjarla con un abrazo y unas palabras de aliento, Ayane se quedó atascada en la mirada con la que Jace había confesado su inocente pecado. Se había marchado un rato después con una burda excusa que le permitiera rumiar lo sucedido, pero ella había permanecido en el sitio un rato más envenenándose con absurdas comparaciones.

Se suponía que Ayane también había caído en las redes del sentimiento más veleidoso del mundo. Incluso si Chambers estaba equivocado al patologizar el agradecimiento que envolvía el nombre de Sacha, no era equiparable el modo en que ella había construido la casa por la obsesión con la dulzura y paciencia que seguramente habrían conquistado a su marido.

No dudaba que Jace se hubiera resistido con garras y dientes. Pero había sucumbido al fin, y no por efecto de unas circunstancias devastadoras, capaces de minar el alma más pura, sino porque habría estado deseoso de librarse de un amor que le estaba doliendo.

Deseoso de librarse de ella.

La desesperación por huir de sus pensamientos la instó a vaciar la copa de ginebra y salir a por esos ritmos latinos que prometía la programación semanal. Llegó con cinco minutos de retraso, sobreexcitada por la caminata en la dirección contraria del viento y con un sabor amargo en la punta de la lengua.

Ni siquiera fue consciente de las miradas curiosas de un par de levantadores de potencia. Hizo acto de presencia en la clase con los ojos ardiendo por las lágrimas y se unió a la coreografía con la esperanza de desahogar la tensión.

Que el baile la reactivara y consiguiera distanciarla de la discusión la llevó a pensar que Chambers podría tener razón. No solo en que la danza podía ser terapéutica, sino en todo lo demás. A lo mejor había acertado en lo primero y no en lo segundo. Pero si había acertado también en lo segundo, en que Sacha era pérfido, entonces estaba verdaderamente enferma.

Y sin retorno.

En cuanto la clase concluyó, salió del aula arrastrando el macuto que solía acompañarla al centro de entrenamiento. Se refugió en el vestuario para sustituir las prendas sudadas por unas del mismo estilo. Se había aficionado a la ropa cómoda, en este caso unas mallas negras y una camiseta de algodón de tirantes que luego cubría con una chaqueta de cuero.

Mientras se cambiaba, los altavoces reproducían la versión rockera de *Beggin'* con la que una banda italiana había conquistado al mundo entero.

Riding high, when I was king
I played it hard and fast, 'cause I had everything
I walked away, but you warned me then
But easy come, and easy go, and it would end[5]

—¡Ah! ¡Ahí estás! —exclamó una voz femenina. Levantó la cabeza de las botas moteras que estaba anudando con una prisa impostada, porque no tenía que estar en ninguna parte, y se topó con un rostro arrebolado por el ejercicio. La mujer rozaba los cuarenta y llevaba el denso cabello recogido en una coleta alta que esparcía los rizos rubios sobre la espalda como una peluca estilo rococó—. Estábamos buscándote por si te apetecía unirte a nosotras en un bareto de por aquí. —Señaló a su espalda, supuso que al grupo de mujeres que solo interrumpían su parloteo para carcajearse—. Nos comprometemos a avisar siempre a las nuevas. Nunca falta espacio para una más.

Ayane apoyó los codos sobre los muslos, todavía escasa de aliento por las esforzadas coreografías, y se fijó en el cálido rostro de la desconocida.

Si un hombre le hubiera hecho el mismo ofrecimiento, le habría enseñado el dedo corazón y habría huido antes de darle la oportunidad de reaccionar. Pero si bien las mujeres eran las únicas criaturas en el mundo que habían conseguido intimidar a la Ayane del pasado, desde la pérdida de Vera se habían convertido en una suerte de aliadas.

Más aún aquella, que la conmovió y la atrajo a partes iguales con una sonrisa de dientes grandes.

Todo en la desconocida era exagerado. Su pelo a lo afro, sus brillantes ojos verdes, sus labios llenos. Si guardaba algún secreto, se le escaparía por alguno de los generosos atributos.

Recogió su macuto y, en el silencio tímido de quien no sabía qué decir, siguió a la mujer hacia la salida. Le presentó primero al resto del grupo, de edades, etnias y físicos de lo más variopintos, y se dejó a sí misma para el final: se llamaba Sophie.

En el transcurso del paseo hasta el bar y también una vez instaladas en la que habían señalado

como la mesa habitual, se abrió como una flor de primavera. Hablaba tanto que, lejos de subrayar el nuevo carácter cerrado de Ayane, lo complementaba de maravilla.

Ella empezó escuchándola, subyugada por los relatos cotidianos que su llana forma de hablar, carente de presuntuosidad alguna, solo embellecía. Tenía dos hijos con un marido del que se había divorciado amistosamente un año atrás. Al pequeño le habían diagnosticado déficit de atención y estaba recibiendo clases particulares de un orientador en el carísimo colegio bilingüe al que le habían inscrito. El mayor estaba a punto de entrar en la universidad gracias a una beca deportiva porque era un as del béisbol.

—Madre mía, no paro de hablar —soltó una carcajada encantadora y rodeó el cubata con las manos para fingir la consternación obligada en situaciones sociales similares—. No sé qué estarás pensando de mí... ¿Y tú? Dime, dime, ¿tienes hijos?

La sonrisa cargada de simpatía que le había pintado su parlamento se le heló en la cara. Sintió que toda la sangre se le iba a los tobillos, que de pronto notaba hinchados, y tomó tal consciencia con la realidad de su vida que no pudo respirar.

Sophie se dio cuenta de que había palidecido y le puso una mano en el muslo.

—¿Te encuentras bien? ¿He dicho algo malo?

La pregunta alertó al resto de la mesa, que hasta el momento había estado enfrascada en una conversación sobre las últimas rebajas. Siete pares de ojos volcaron toda su atención en Ayane, que, ante la presión, no atinó a decir palabra.

Con la garganta bloqueada y un grito de auxilio pujando por salir, intentó ponerse en pie.

Sophie se aseguró de ayudarla a bajar del taburete con evidente preocupación. La condujo del brazo a la salida, donde, con un poco de suerte, Ayane expulsaría el llanto desconsolado que no había logrado liberar en los últimos tres meses.

—Cielo, ¿qué te pasa? ¿Qué puedo hacer por ti?

Los ojos se le anegaron en lágrimas al no ser capaz de corresponder su amabilidad. Se giró hacia ella, esperando transmitírselo de algún modo con su mirada.

Sophie se había presentado ya de entrada como una madre guerrera y una mujer con la que ni un marido que no quería divorciarse había podido poner distancia. No le extrañó que, contagiada por su arranque emocional, se le cristalizara la mirada también y se arrebatara a abrazarla.

El contacto, tan diferente de aquello a lo que el último año la había acostumbrado, resultó reparador de un modo desconcertante.

—Es que... aborté hace un par de meses —reconoció con un hilo de voz—. Las circunstancias fueron... Siento haber reaccionado así.

Sophie se separó, sujetándola por los hombros, y la miró horrorizada.

—¡Qué vas a sentir, mujer! ¡Lo siento yo, que como no tengo otra cosa en la vida, me pongo a chapurrear sobre los problemas de mis hijos con la primera persona que se me cruza! Debería

callarme un poco y proponer conversaciones más frívolas, aunque sea para empezar.

Ayane le sonrió con tristeza.

—Si una madre no puede hablar de sus hijos, ¿qué nos queda? No me hagas ni caso. Me lo estaba pasando de maravilla y es natural que le des importancia a lo importante.

—Ya, pero... —Se mordió el labio, inquieta—. Oye, si necesitas ayuda... En el centro en el que curro asiste cada viernes un grupo de apoyo para madres de luto. Soy trabajadora social, por cierto.

—No voy a decir que no se te note —bromeó, desinflada.

Sophie soltó una carcajada sincera que Ayane habría jurado que tenía el poder de rejuvenecerla veinte años.

Aceptó que la mujer le estrechara la mano con complicidad.

—Si quieres, puedo acompañarte —le sugirió en tono confidencial—. A las reuniones, digo.

Ayane sacudió la cabeza con una sombra de culpabilidad. Pensaba haber sido lo bastante clara al decir «aborté» y no «sufrí un aborto», pero era obvio que la había malinterpretado.

No supo cómo sacarla de dudas sin exponerse a recibir su censura. Estaba convencida de que hizo lo correcto, pero ¿pensaría Sophie lo mismo? Antaño no le habría importado quitarse de en medio a una mujer capaz de juzgar a otra sin conocer sus circunstancias. Sin embargo, la había recibido con los brazos tan abiertos, y había sido tan agradable congeniar con alguien por primera vez en tanto tiempo que no supo cómo decirle que no.

Pero ¿con qué descaro asistiría a un grupo de apoyo para madres de luto habiendo ella elegido serlo? Ni siquiera sabía si sufría esa pérdida por las razones correctas.

¿Había acaso una forma correcta de sufrir una pérdida?

—No voy a presionarte, ¿eh? —atajó Sophie con las manos en alto, escarmentada con su silencio—. Yo te mando la información, y a ti, si te apetece, vas. Si no, nada de nada. ¿Quieres volver a entrar? Las chicas se habrán preocupado.

Ayane aceptó bajo la condición de no tener que dar explicaciones. No la tentaba alargar la reunión, pero se quedó con tal de huir de su casa un rato más.

Lamentablemente, no regresó al bar dejando la ansiedad en la puerta. Empezó a costarle concentrarse en la conversación de las mujeres, que de todos modos era demasiado caótica para hallarle un sentido. De pronto notaba los ojos del resto de los clientes clavados en ella, como si la juzgaran por secretos que no había verbalizado, como si se relamieran por la piel que no dejaba a la vista, como si la estuviesen espiando para irle con el cuento a un marido al que ni siquiera le importaba.

No como solía importarle.

Se aferró a su copa a medio beber y ahí dejó la mano, apretando tanto que le extrañó que no estallara en mil pedazos.

Se preguntó dónde diablos estaría Sacha; por qué, estuviese donde estuviese, no sentía que ella estaba en peligro, cuando no destrozada, y se apiadaba yendo a rescatarla. Se preguntó, también, dónde estaba Jace, el verdadero Jace, los ojos que la miraban amorosamente, y si acaso de llegar a encontrarlo conseguiría sentirse mejor.

Tuvo que pedir disculpas y marcharse con la cabeza dando vueltas. Fuera, en la calle, persistió la sensación de estar siendo observada. Se cerró la chaqueta de cuero a la altura del pecho. La estuvo agarrando por las solapas durante un largo tramo hasta que pensó que aparentar desenfado la haría menos débil ante su perseguidor.

Sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y se puso un cigarro en los labios. Le temblaban las manos, pero lo achacó al frío de la noche y continuó caminando con una sensación de peligro cada vez mayor cerniéndose sobre ella.

Por un momento pensó que la dominaría. Y, para su propia sorpresa, empezó no solo a habituarse a la inquietante percepción, sino a encontrarla vagamente confortable, como uno se encontraba cómodo con lo que resultaba familiar.

Ayane esbozó una sonrisa que en una cara menos agraciada habría dado miedo.

Dio una calada al cigarrillo.

Siguiendo ese extraño cosquilleo interno que la incitaba a abrazar la amenaza, torció la calle a la izquierda para perderse por un barrio que nunca había tenido ocasión de frecuentar pese a encontrarse a media hora andando de su residencia en Columbia Heights: Logan Circle. Era conocido por el famoso ChurchKey, un templo de obligado paso para los amantes de la cerveza, por el círculo residencial de casas victorianas que había dejado el pasado histórico de la ciudad y por población mayoritariamente LGBT.

Ayane lo había evitado a propósito después de descubrir gracias al noticiero que se habían arrestado a más de ochenta personas por prostitución en sus calles. Desde entonces habían pasado más de cinco años, pero dudaba que la policía hubiera hecho su trabajo a conciencia. Si algo había aprendido tras un año en el extranjero, era que las fuerzas de seguridad del estado no se ganarían jamás la confianza ciudadana. Era una debilidad que nunca había querido reconocer pese a haberlo atestiguado con su propio padre, alegando que, si este podía burlarlos una y otra vez, era debido a su inteligencia superior y no a la inutilidad de la policía.

Ahora debía rendirse a la evidencia de que simplemente no eran tan diestros, y, cuando lo eran, se vendían a los grupos criminales para sacar rédito.

Más tarde, cuando la aventura hubiera concluido, admitiría ante sí que había tenido muy presentes los riesgos del barrio cuando se internó. Pero en ese momento recorría sus calles alborotadas por el movimiento de los pubs con la mente en blanco y la espada de Damocles sobre la cabeza.

Algo iba a pasar.

Y estaba deseando que le pasara.

Al cruzar la calle para darle esquinazo al ambiente festivo, tropezó con una escena que la frenó en seco. Un Buick azul medianoche había detenido la marcha, que no apagado el motor, para que su propietario pudiera detenerse a conversar con una mujer. La susodicha no vestía de un modo particularmente revelador —botas de caña alta y minifalda, sí, pero ¿qué seguidora de la moda y convencida de que sus piernas eran su mejor atributo no las lucía?—, y por su actitud coqueta —se había acodado en el borde de la ventanilla y se contoneaba con una leve sonrisa— bien podría haber sido su novia.

Sin embargo, Ayane había aprendido el lenguaje de la prostitución en Bangkok.

Sabía que estaba ante una profesional del sexo.

A tanta distancia, no fue capaz ni de oír la charla ni de leerles los labios, pero, aun así, un instinto más fuerte que ella la instó a quedarse en el sitio con el alma en vilo.

El tipo apagó el motor del coche y salió. El corazón se le paró al ver que tenía el cabello rubio recogido en una coleta. No lo bastante largo para que quedara tirante, sin embargo, por lo que dos mechones le enmarcaban la cara. Un cigarrillo sin encender pendía de sus labios cuando cerró la puerta de un portazo y se giró hacia la prostituta con una languidez que la estremeció.

Una contradictoria sensación de frío y calor atenazó el centro de su cuerpo.

Lo vio llevarse una mano al bolsillo trasero del tejano desgastado y sacar un fajo de billetes. Parecía tan ajeno a los flirteos de la mujer, tan por encima del deseo que debía sentir si se prestaba a semejante inmundicia, que Ayane no supo si despreciarlo con todo su ser o inclinarse a perdonarlo, incluso a quererlo, por lo familiar que le resultaba su indolencia.

La prostituta hizo un gesto de negación cuando él le tendió dos billetes, por lo visto, pago insuficiente para el caché bajo el que ella había decidido operar. El tipo extendió una mano, como si no comprendiera su negativa, y la mujer se ofreció a explicarle con paciencia cogiendo su fajo y extrayendo tres billetes más.

El hombre soltó una carcajada que podría haber llenado de escarcha la calle, una carcajada maliciosa que le puso el vello de punta.

Comprensiblemente, la prostituta se ofendió y le hizo un corte de mangas.

Pensó que la interacción acabaría allí, pero al tipo no le gustó la descortesía y la agarró de la muñeca antes de que se diera la vuelta. La giró para encararla con un movimiento inoculado de violencia que puso a Ayane en guardia. Le dijo algo al oído que se pudo imaginar que pertenecía a la familia de la grosería, y ella trató de zafarse con un forcejeo que no le sirvió de nada. Tuvo que recurrir a un rodillazo con el que sin duda consiguió escarmentarlo, pero no por mucho tiempo.

El hombre, ahora sí enfurecido, la agarró del cuello y la estampó contra la pared de un local

viejo que, como chivaba el desgastado rótulo, en sus buenos tiempos había sido un videoclub.

Ayane se envaró igual que un animal ante el peligro de un depredador. Echó a andar hacia ellos con la intención de hacerse oír.

La primera en reparar en su presencia fue la prostituta, que logró ladear la cabeza para lanzarle una mirada de auxilio con los ojos inyectados en sangre. El hombre estaba apretando tanto que había empezado a perder el color. Esto parecía llenarle de satisfacción, porque se inclinó sobre ella para ronronear una indecencia que, esta vez, Ayane sí atinó a oír.

—Déjala en paz —le rugió con los puños crispados.

El tipo se giró en su dirección. Lo que sintió al verle la cara con claridad solo pudo definirse como una profunda decepción. Tenía el rostro picado por la viruela y los ojos castaños. Y, aun así, era atractivo en ese estilo descuidado que caracterizaba a los usuarios frecuentes de bares de carretera con billar: guapo de un modo decadente.

—Tú mejor lárgate —rugió con un marcado acento de Boston—, o te voy a dar una paliza también.

Pero la prostituta fue más lista que él, inteligencia probablemente aprendida en la calle, y aprovechó la distracción para zafarse de su mano y escabullirse calle abajo.

Ayane pudo respirar de nuevo, y no sin alivio, una vez se había perdido.

El tipo no debía de haber tenido en sus planes golpearla hasta la muerte, porque ni siquiera amenazó con salir en pos de ella. Soltó un juramento por lo bajo y se palpó los bolsillos delanteros para sacar una caja de cerillas. Prendió el cigarro que no se había movido del sitio pese al forcejeo, e iba a darse la vuelta cuando una voz que sonaba a Ayane dijo:

—¿Cuánto dinero te ha pedido?

Él la miró de soslayo con un desprecio tan sobrecogedor como extrañamente estimulante.

—¿Y a ti qué coño te importa, zorra?

Ayane echó un vistazo a los billetes que seguía sujetando en la otra mano.

Los señaló con un gesto de barbilla.

—Te dejo hacérmelo por cincuenta.

Sorprender al tipo con su atrevimiento le produjo una perversa satisfacción. Más todavía que él, una vez recuperado, se apartara el cigarrillo de la boca para echarle el humo en la cara. Lo dispersó con un ademán impaciente y la miró de arriba abajo con la apatía de quien no se habría conmovido ni con una supermodelo.

Su desdén la activó.

Con fines que parecían reducirse a la mera investigación, alargó un brazo y le bajó la cremallera de la chaqueta para echar un vistazo a su escote. Torció el gesto al tirar del borde de la camiseta de algodón y toparse con una humilde copa B.

El desprecio no hacía sino revitalizarla ignominiosamente.

—¿Hacerte qué? —gruñó, sin tenerlas todas consigo.

—Lo que quieras.

El tipo inspiró hondo con las cejas alzadas, como si solo entonces estuviese sopesando la infinidad de opciones. Avanzó un paso hacia ella con aire distraído, y cuando la adrenalina estaba haciendo arder el cuerpo de Ayane, la sorprendió agarrándola de la coleta. Le tiró hacia atrás para alzarle la cara y le habló muy cerca de la boca con los labios apoyados contra la comisura.

—¿Tú quién coño eres? ¿Trabajas para la poli?

—No —logró murmurar. Se esforzó para tragar saliva y, para su sorpresa, dijo con voz trémula—: Mi marido no me quiere. Y mi amante tampoco.

El desconocido se echó a reír de buena gana y luego le soltó el pelo.

Los ojos le brillaban. Su humillación le había complacido.

Chasqueó la lengua.

—No me extraña, nena. —Le echó un vistazo displicente—. Eres muy poquita cosa.

Por alguna razón, su respuesta le gustó.

Él dio una última calada al cigarrillo y lo arrojó a la calle sin molestarse en acabarlo. Ayane observó con el cuerpo en tensión que se daba la vuelta, y aunque el escaso sentido común que aún habitaba su mente respiró aliviado, no pudo aceptar su estampida. No después de fijarse nuevamente en los hombros anchos del tipo, en la media melena rubia, en el humo que lo rodeaba.

—Veinte —dijo en voz alta. El eco de su voz resonó en toda la calle—. Te lo dejo en veinte.

Él frenó en seco cuando ya había extendido la mano hacia la puerta del coche. La miró por encima del hombro, y tras un instante de valoración en el que Ayane vio pasar la vida ante sus ojos, se enderezó y rehízo sus pasos.

—Solo porque me sales más barata que un menú de McDonald’s —atajó, y la agarró de la muñeca para arrastrarla hacia un callejón perpendicular al que no llegaba la luz. Ayane gimoteó cuando él la sujetó por el cuello y la estampó de cara a la pared. Oyó su voz muy cerca del oído —: Si resultas ser policía, no vas a querer saber por dónde te voy a meter las esposas.

La amenaza le formó un nudo en la garganta y al mismo tiempo la derritió.

No sería la primera vez que tenía sexo con un desconocido violento y que insistía en avergonzarla. Recordaba a uno de los numerosos clientes sin cara que desfilaron por su habitación en Bangkok, aquel turista norteamericano grande y decidido que le exigió un juego de rol en el que ella era víctima de un asalto en la calle. Entonces sintió una desagradable mezcla de miedo y asco, pero ahora era distinto, porque, en teoría, ahora estaba a salvo.

¿Qué era lo peor que podía pasarle?

No se lo podía imaginar, pero, si lo hacía, se sentía invariablemente atraída hacia ello.

Oyó que el tipo se quitaba el cinturón. Ayane apoyó las manos y presionó la pared, como si quisiera alejarla, para desahogar una excitación endemoniada.

Jadeó cuando él le bajó las mallas.

—Ah, bueno... Culo sí tienes. Menos mal. —Le cubrió una de las nalgas para pellizcarla hasta que ella se retorció de dolor. Le soltó un azote que envió un hormigueo al centro de su cuerpo—. Separa las piernas.

Para asegurarse de que lo hacía a su gusto, introdujo una rodilla entre sus muslos. Escuchó que se escupía en la mano y la enviaba directa a su sexo.

—Joder —masculló—. ¿En serio estás cachonda? Puta guarra...

Ayane cerró los ojos y se recreó en el insulto.

Chambers y Jace la trataban con tanta paciencia, una paciencia y una compasión inmerecidas, que oír por fin los insultos que se había acostumbrado a escuchar en Bangkok la hizo sentir en su sitio.

En su casa.

En Tailandia vivió una pesadilla, pero miraba atrás y se preguntaba si no había sido parada obligada en el camino hacia la justicia divina; si buscar las mismas sensaciones en Washington no era una forma de revisar con nuevos ojos lo que le sucedió. Lo que dejó que le sucediera en gran medida, en realidad. Si acabó follando por dinero, fue porque antes había follado descontroladamente, sin criterio alguno y por el gusto de hacerlo.

El desconocido la embistió de un solo y certero golpe que la empujó más hacia delante. Ayane se golpeó la frente con la pared de ladrillos, pero le gustó el dulce mareo que vino consigo. Disfrutó también del ramalazo de intenso dolor que resintió su entrepierna al recibir una serie de estocadas a cada cuál más fría e impertinente. Estaba húmeda, pero no lo suficiente, porque el miedo hacia la situación seguía habitando en alguna parte y materializándose en las sensaciones más inoportunas.

Pero no tan valientes como para hacerse notar por encima del morbo, de la alentadora certeza de estar recibiendo lo que se había buscado.

Aunque no llegó a llorar, Ayane notaba el llanto presionando en la garganta, de la que iban escapando gorjeos y sollozos entrecortados.

—Eres una zorra, ¿eh? Esto te gusta. ¿Qué hiciste? ¿Le pusiste los cuernos a tu marido? —le decía, agarrándola por la coleta para doblegarla—. ¿Y a tu amante? ¿Se enteró de que te dejas follar por cualquiera?

—Sí —gimoteó ella. Habían empezado a sudarle las manos y la espalda, un sudor frío que anticipaba un ataque de pánico. La adrenalina lo empujaba a las profundidades de su ser para seguir encabezando la situación—. Sí... Dímelo otra vez. Dime que soy una zorra.

El tipo se echó a reír sin dejar de embestirla.

—Como sigas así, te voy a llevar a mi casa. Ni pedida a imagen y semejanza de mis fantasías me cae del cielo una tía tan complaciente. —Ayane notó que se apartaba de su cuerpo y le separaba las nalgas. Se insertó en el ano con un empellón tan bestial que ella puso los ojos como platos y se dobló hacia delante—. Esta no la esperabas, ¿verdad? Eso es... Qué bien me aprietas.

Al intentar aferrarse a los huecos irregulares de los ladrillos, Ayane se rompió la uña del anular. Fue un dolor que le pasó desapercibido; se perdió en el agujero de aguda presión que sentía a nivel interno, en la serie de contracciones que produjo su cuerpo para soportar la quemazón de las penetraciones. Cerró los ojos y pensó en Jace con la otra mujer, una mujer sin cara pero seguramente bonita y tierna, demasiado gentil para ponerse en manos de un desconocido y dejarse follar por detrás como un animal.

Los ojos le ardieron de nuevo, pero no lloró. No pudo llorar, tampoco, pensando en Sacha en brazos de una nueva amante, una que no estuviese traumatizada. Ni siquiera pudo llorar por el insoportable dolor que empezó a aturdirla y que la habría llevado al desmayo si él no se hubiera corrido justo después en su interior.

Se apartó con un gruñido, la única señal de haber hallado placer en ella que había dado en los últimos minutos. Oyó que se separaba, y por encima del hombro vio que no se molestaba en subirle las mallas: le arrojó un billete de veinte, y tras pronunciar en tono socarrón un «cómprate algo bonito», desapareció camino de su coche.

Ayane esperó a que el chirrido de las llantas se hubiera perdido calle arriba para, con manos temblorosas, volver a vestirse. Lo hizo con los ojos aún cerrados y la mejilla pegada a la fría pared, temblando como una hoja. Se incorporó con ayuda de las mismas e inútiles palmas, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para agacharse a recoger los veinte dólares.

Completamente ida, caminó hasta el *diner* más cercano para cumplir la orden de su último amo. Le costó encontrar el equilibrio para andar recta, y le costó aún más sentarse en uno de los mullidos asientos.

En la esquina del respaldo había un desconchón por el que asomaba el relleno. La mesa estaba sucia del último cliente. Sonaba a través de los altavoces una canción de Mitski.

Your mother wouldn't approve
Of how my mother raised me
But I do, I think I do
And you're an all-American boy
I guess I couldn't help trying
To be your best American girl[6]

La camarera se tomó su tiempo para ir a atenderla. Ayane notó cada minuto de su tardanza como un aguijonazo en las entrañas. Se trataba de una cincuentona con cara de pocos amigos, el cabello decolorado y el maquillaje dramático de una *drag queen*, solo que corrido y ejecutado sin el talento que requería. No dudó en hacerle saber que jamás la perdonaría por haber interrumpido su conversación con el único empleado el *diner* ladrándole un seco:

—¿Qué quieres?

Pensó en una de las últimas veces que había ido a un establecimiento parecido. A Jace le traían tan buenos recuerdos de su infancia, cuando iba con sus hermanos y sus padres a desayunar unas esponjosas tortitas con sirope de fresa, que se había convertido en su estilo local de confianza. Solían acudir con religiosa frecuencia a uno de Columbia Heights.

La última cita que podía recordar se remontaba al domingo previo a su viaje a Tailandia.

Se acordaba de lo que Jace había tomado como si hubiese sucedido el día anterior.

—Un batido de vainilla y un sándwich de pastrami, por favor.

Ni siquiera tenía hambre, pero necesitaba ver los platos que habían compartido sobre la mesa, incluso si él no estaba al otro lado.

Incluso si él nunca volvería.

En cuanto la camarera anotó la comanda, Ayane echó un vistazo desenfocado a su alrededor. Reparó en que todas las mesas tenían su propio dispensador de servilletas, y, guiada por otro recuerdo lejano, cogió una y empezó a hacer un barquito. Le costó acordarse del número de dobleces, del truco final, pero al final lo consiguió y se sintió tan satisfecha que una sonrisa vacía curvó sus labios.

¿Dónde habría acabado el barco de papel de Sacha después de que ella se levantara como un abanto, furiosa porque hubiese sugerido su regreso a Washington?

Esperó a que el batido y el plato llegaran para situar la obra de papiroflexia justo en el centro, como un elemento decorativo. Se revolvió con incomodidad dentro de los pantalones, apretando los glúteos para contener el dolor y también el esperma que empezaba a notar escurriéndose hacia la ropa interior, y alargó una mano temblorosa hacia el vaso para dar un sorbo a la pajita.

—Oye —la llamó un adolescente sentado un par de mesas más allá. La estaba mirando como si le doliera—, ¿te encuentras bien?

Ayane desestimó su amabilidad con un gesto y lo ignoró para jugar con el barquito.

Fue regodeándose en su lamentable soledad, en la mancha de la ropa interior y en el grado de violencia que la había enmudecido cuando por fin pudo respirar en paz.

Se sintió tan bien que se lo comió todo.

Capítulo 3

Lo sucedido aquella noche en un callejón de Logan Circle mejoró el ánimo de Ayane. No solo eso, sino las temerarias aventuras que fue emprendiendo a raíz del éxito de la primera. Bastaba con que Jace saliera por la puerta para asistir a sus sesiones terapéuticas con Chambers, a cumplir con algún recado o solo a tomar el aire para que Ayane se levantara de dondequiera que hubiese estado viendo la vida pasar para buscar por toda la casa una forma de hacerse daño.

A veces no la encontraba porque, quizá por recomendación del psiquiatra, el agente había tomado la precaución de esconder todos —o casi todos, porque su efectividad no era rigurosa— los objetos punzantes. Pero no por eso se quedaba de brazos cruzados, y en cuanto caía la noche, se escabullía vestida de negro con la ilusión de que los terrores del mundo la sorprendieran una vez más.

O no ya sorprenderla, porque llegado ese punto estaba curada de espanto, sino reencontrarla con el miedo paralizante y la manía persecutoria que sentía tan familiares.

Más incluso que al hombre que había sido su marido.

Jace interpretó sus ánimos renovados como un efecto secundario de su primera discusión. Ayane no lo sabía porque se lo hubiera dicho, pero lo sospechaba como podía deducir cualquier pensamiento que se le pasara por la cabeza. Así tuviera nublado el juicio, la habilidad de leer a Jace no se había visto mermada en lo absoluto.

Celebraba que él le hubiera dado la bienvenida a sus nuevas energías con los brazos abiertos e hiciera sus mayores esfuerzos por corresponderla con intentos de sonrisa y pasando tiempo con ella. Esos ratos a su lado solo eran soportables si antes o después Ayane había podido ponerse en una situación de alto riesgo. De lo contrario, la culpabilidad porque la tratara con un cariño inmerecido hacía que más tarde no lograra conciliar el sueño y el nudo en su garganta se robusteciera.

Para improvisar maneras de atraer el peligro había tenido que desarrollar una creatividad que mantenía su mente ocupada la mayor parte del día. Sabía que no podía mutilar zonas de su cuerpo que quedaran a la vista. Que Jace descubriera las implicaciones de su lento proceso de sanación no entraba en sus planes, más que nada porque temía que se echara la culpa o se lo comunicara al psiquiatra para internarla en un centro, como estaba segura de que se habrían planteado si hubieran conocido el alcance de sus tendencias destructivas.

Pero se autolesionaba igual, en la ducha o en el lavabo, ahí donde hubiera un desagüe para

eliminar las pruebas de su catarsis.

En el dolor encontraba a un viejo amigo. Uno que nunca la decepcionaba con condescendientes consuelos, y que por eso mismo sentía que la comprendía mejor que nadie. A través del sufrimiento físico drenaba una buena parte del padecimiento emocional, y ya liberada de la carga, se sentía en condiciones de afrontar el día de buen humor.

Pero no siempre era suficiente, y entonces era cuando se echaba a la calle en busca de un hombre perverso que no tuviera reparos en descargar su impotencia contra ella.

Se había subido a vehículos de perfectos desconocidos para ir a donde quisieran llevarla; había iniciado peleas verbales con gente que le había parecido peligrosa, y se había sentido decepcionada cuando se habían marchado sin lanzar el primer golpe. En la mayoría de los casos, simplemente se sentaba en la barra de un bar y provocaba al hombre menos recomendable de todo el establecimiento hasta que la arrastraba a un parque desierto, a un frío callejón, a la parte trasera de su coche o a un piso franco para tratarla como consideraba que le correspondía.

Y nunca fallaban al pensar que efectivamente le correspondía un trato cruel.

Raras eran las veces que, en un instante de iluminación, se le ocurría pensar que estaba incurriendo en actividades mucho más perjudiciales a la larga que beneficiosas en el corto plazo. Pero por supuesto que meditaba al respecto. Sobre todo acerca de su notable predilección por los hombres rubios y tatuados, a los que se acercaba como las polillas a la luz hasta conseguir de ellos lo que quería, una equilibrada combinación de pasión y malos tratos.

En el momento se sentía exultante, pero luego se acordaba del cuadro de síndrome de Estocolmo que Chambers le describía en cada sesión sin faltar una, y una remota parte de sí misma se preguntaba si no tendría razón; si el hecho de pedirle dolor y deseo a partes iguales a hombres que se asemejaban a Sacha no era otro síntoma de su enfermedad.

Esa tarde, sin embargo, no le estaba dando vueltas al hecho de haberse vuelto cómplice de su propio sufrimiento. Ayane bullía de excitación pensando en lo que sucedería al cabo de unas horas, cuando Jace desapareciera y con él se fuese la obligación de fingir que estaba en sus cabales.

Se había dirigido como una flecha al baño para sacar una de las cuchillas de afeitar del agente, y estaba ahora buscando un espacio libre entre las cicatrices blanquecinas que decoraban sus ingles, la zona próxima a los huesos de las caderas y el bajo vientre. Ya tenía toda una colección de la que se enorgullecía. El único tipo que se había tomado la molestia de desnudarla antes de empalarla la había señalado, pálido por el horror, y acto seguido se la había sacado de encima para rogarle que buscara ayuda psicológica.

Eso había sucedido la noche anterior. No era de extrañar que Ayane sintiera que al día siguiente debía encontrar desahogo por partida doble.

—¿Ayane? —oyó que la llamaba Jace.

Soltó las cuchillas a toda velocidad y cerró el cajón con cuidado de no emitir sonido. Se enfrentó a su reflejo y fingió estar entretenida cepillándose la melena, un gesto vanidoso que debía casar con la Ayane que fue una vez, porque nada más encontrarla allí, Jace se recostó contra el marco de la puerta con una cálida sonrisa.

—¿Mm?

—Me alegra que hoy te sientas con ánimos para arreglarte. He reservado mesa en tu restaurante favorito.

Aunque una oleada de decepción la embargó al comprender que no podría escaparse esa noche, el corazón le dio un brinco de pensar que él aún quisiera pasar tiempo con ella. Con esa ella que fingía ser para darle el gusto de creer que la terapia estaba obrando una notable mejoría, una ella con la que no se identificaba, pero con ella, a fin de cuentas.

Dejó el cepillo en el borde del lavabo y lo miró a través del espejo.

—¿A qué se debe la ocasión?

Una sombra de incomprensión ribeteada de tristeza surcó su semblante. Se enderezó, apartándose del umbral del baño, y señaló con voz queda:

—Hoy cumples treinta y dos años.

Ayane frunció el ceño. Lo que le extrañaba no era que fuese su cumpleaños, sino que estuviera cumpliendo treinta y dos.

¿Cuándo había cumplido treinta y uno?

Tuvo que estar en Bangkok, o recién llegada a Shanghái, cuando eso sucedió.

Entonces no se le ocurrió acordarse de que era un ser humano acostumbrado a celebrar las convenciones sociales.

—Treinta y dos —repitió.

—Podemos celebrar treinta y uno, si quieres. No serías la primera mujer que se quita edad —sugirió Jace con una sonrisa contrita. Se palmeó el muslo con una energía impostada y la apuntó con el dedo—. La reserva es a las ocho. No voy a aceptar un no por respuesta.

Se dio la vuelta antes de darle la oportunidad de disuadirlo, dejando a una Ayane fuera de eje en el corazón del baño.

Continuó mirándose en el espejo, perpleja.

¿Habían pasado dos años?

No, un año y cuatro meses. Estaba a punto de montarse en los treinta y uno cuando se fue a Tailandia.

Tomar conciencia del tiempo que había transcurrido la mareó, y tuvo que apoyarse en el borde del lavabo hasta que su cuerpo se dignó a cooperar para entrar en la ducha.

Aunque de un tiempo a esa parte se había propuesto romper con la vieja costumbre de compadecerse de sí misma, Ayane se permitió traer al presente los objetivos que se había fijado

para cuando alcanzara los treinta y dos. Para entonces ya habría celebrado siete aniversarios con Jace. Con una pizca de suerte, su jefe habría empezado a tomarla en serio, y su apellido se nombraría en las oficinas federales con orgullo patente.

Aunque nunca había sido una mujer de ideas fijas con un calendario perfectamente estructurado de lo que tendría o sabría a cierta edad, siempre había pensado que pasados los treinta comenzaría a acariciar la posibilidad de quedarse embarazada.

Aún bajo la ducha, se llevó las manos al vientre y se acordó de la invitación de Sophie al grupo de madres de luto.

Una sonrisa amarga curvó sus labios.

Lo que nunca habría imaginado era que sería tan irresponsable como para preñarse de un cualquiera y tener que pasar por una clínica de aborto, si es que así podía llamarse.

En sus horas más bajas ni siquiera se acordaba de que el suceso había tenido lugar por obra de un segundo implicado. Se atribuía la culpa íntegra, como si fuese posible concebir por ciencia infusa, y se flagelaba con un odio implacable que jamás se le habría ocurrido dirigir contra otra mujer en su situación.

Por supuesto, no había vuelto a la clase de ritmos latinos y había bloqueado a Sophie para que no pudiese escribirle.

Escogió un ajustado vestido de cóctel de Norma Kamali con escote palabra de honor y transparencias entre las bandas negras. Se lo había encontrado con la etiqueta puesta en el armario. Ya ni siquiera se acordaba de para qué lo compró. Quizá para alguna boda a la que planeaba asistir con Jace en la primavera próxima al regreso de la operación.

Lo combinó con unos sencillos *stilettos* negros, un moño alto con la raya en medio y unos pendientes dorados.

No le quedó otro remedio que mirarse al espejo mientras cubría las ojeras.

Cuando acabó de arreglarse, se sintió tan miserable que podría haberse echado a llorar.

¿Quién demonios era esa mujer? Seguramente le pareciera atractiva a alguien, pero no era algo de lo que le interesara ser consciente.

Jace la esperaba en el recibidor del loft con unos chinos y una camisa blanca metida por dentro. Se ponía en pequeñas dosis una colonia lo bastante intensa para haber dejado un delicioso rastro de olor masculino en toda la casa.

No había cambiado de perfume en los casi nueve años que habían pasado desde que lo conoció. Ayane se aferró a ese rasgo familiar para dirigirse a él con una expresión amable.

Él levantó la mirada del móvil que había estado trasteando. Por un instante, le dio la impresión de que en sus ojos grises flameaba el ardor con el que la había mirado en el pasado, como si fuera la mujer más despampanante que hubiera visto en su vida. La sola idea de haberlo esperanzado al arreglarse a conciencia la hizo sentir miserable y, al mismo tiempo, extrañamente

revitalizada.

Odió que aún hubiera una parte de sí soñando con que Jace volvía a quererla, incluso dispuesta a reavivar esa llama.

Con una inseguridad que solo había demostrado al principio de la relación, él entrelazó los dedos con los de ella y le besó los nudillos. El contacto, tan distinto de aquel al que los hombres la habían acostumbrado en Shanghái, Bangkok y ahora también Washington, hizo aletear su corazón.

—Feliz cumpleaños —murmuró con la voz ronca, mirándola a los ojos.

«Al menos aún te considera atractiva», pensó Ayane. Era un logro viniendo de un hombre con una absurda concepción de lealtad. Dicho por él y demostrado cada día, en el momento en que posaba sus ojos en una mujer, las demás desaparecían de la faz de la Tierra. Ayane solía pincharle alegando que eso era imposible, que solo se hacía el ciego y se las arreglaba para ser más discreto que los demás cuando una mujer con una llamativa parte trasera pasaba por su lado, pero tras años de convivencia había terminado por creérselo.

Se preguntó cómo sería ella, esa ella de la que no habían hablado, cuya existencia él ni siquiera había dejado entrever, y que se había convertido ahora en la que anulaba a todas las demás féminas.

Una vez, por mera curiosidad, le pidió que le enseñara fotos de sus exnovias. No había tenido más que una a sus tiernos diecisiete años, justo antes de embarcarse en la traumática aventura que fue la Marina. Luego regresó y estuvo saliendo con una mujer con la que no llegó a formalizar porque Ayane se cruzó en su camino.

Ambas eran muy distintas entre sí: la primera, por lo que pudo observar en las antiguas imágenes de la promoción del instituto, había sido una adolescente alta y huesuda con rasgos tiernos, como la sonrisa con los incisivos centrales separados y la clase de ojos brillantes que se reían de todo inocentemente.

La amante no podía distar más de la primera. Seguía teniéndola agregada en Facebook, y Ayane pudo bucear entre sus fotos con una curiosidad morbosa para descubrir que a ella también le gustaba. Era muy menuda y frágil, aspecto que contrastaba con un rostro anguloso y una mirada desafiante. Improvisaba despampanantes maquillajes de noche incluso para ir a trabajar por la mañana. Desde luego, era una persona que no pasaba desapercibida. Pudo entender por qué Jace se fijó en ella. Solían fascinarle las mujeres con un carácter marcado, lo que no quería decir que siempre hubiera tenido el valor de hacérselo saber.

Si de algo era consciente, era de que el agente no tenía un tipo concreto. La nueva bien podía ser lo contrario a lo que Ayane representaba y exhibir un físico voluptuoso y unos rasgos más bien mundanos. Era así como había decidido imaginarla para por lo menos consolarse con que no había dejado de amarla para querer a una versión idéntica a ella, solo que mejorada en lo que

debía ser mejorado. Debía de haberse enamorado de alguien en quien no podría ver un solo detalle de su esposa.

El restaurante preferido de Ayane era, para sorpresa de muchos, un italiano de la guía Michelin situado en la avenida Pensilvania. Recordaba que Jace se había reído al descubrir que no le gustaba nada la comida asiática, pero que si tenía que decantarse por una cocina no occidental, prefería la vietnamita a la japonesa. Aunque su madre cocinaba unos platos de su tierra que estaban para chuparse los dedos, cosa que el agente había comprobado de primera mano, Ayane siempre había preferido las escapadas con su padre a roñosos bares de carretera y *diners* decadentes.

No era la perfecta chica americana, pero lo había intentado.

Jace le abrió la puerta del coche tras un viaje silencioso. Entraron cogidos del brazo como un matrimonio de más de treinta aniversarios. Fiola estaba exactamente como lo recordaba: las lámparas de araña imbuían de elegancia un ambiente de por sí cálido gracias a los paneles de madera que recubrían las paredes y los techos altos.

Los sentaron en una mesa redonda en el centro del comedor principal, una decisión del *maître* que apaciguó los nervios de Ayane. No habría soportado que los retiraran a un rincón donde la intimidad los empujara a hacer confesiones dolorosas.

Por un terrible instante, se preguntó si la habría llevado hasta allí para dejarla. Para decirle que estaba enamorado de otra mujer. No sería su estilo, pero ¿acaso conocía el estilo de Jace Ryder a la hora de romper con una pareja? No era una experiencia que hubiera vivido.

Ni que quisiera vivir en un futuro próximo.

Y, al mismo tiempo, cuánto habría agradecido que se hubiera marchado nada más soltarla en brazos del psiquiatra del FBI. «Te quedas en buenas manos», podría haberle dicho para acto seguido desaparecer en pos de la mujer misteriosa.

«Qué afortunada eres, mujer misteriosa», pensó al echarle un vistazo a su acompañante desde el otro lado de la mesa. Jace se entretenía hojeando la carta con esa expresión siempre seria y a veces abstraída que tanto le llamó la atención el primer día, los antebrazos gruesos y masculinos salpicados de vello castaño y rematados por un reloj clásico.

Si los recuerdos pretendían llegar en tropel durante el curso de la velada, necesitaría vino para soportarlo.

Cuando el camarero ya había servido las primeras copas, Jace cogió el móvil, lo bloqueó y lo puso boca abajo sobre la mesa. Ella atinó a fijarse antes en un detalle.

—¿Sigo siendo tu fondo de pantalla? —se extrañó.

Él se encogió de hombros, enfundados en la camisa de Hugo Boss que mejor destino había corrido de toda la tienda. Se le antojó tan atractivo e insoportablemente lejos de su alcance que le

costó no soltar una impertinencia.

—No he visto motivos para cambiarlo.

«¿Ni siquiera que ya no sientes nada por mí?», estuvo a punto de espetar.

—¿Ni siquiera que podrían haberte descubierto durante la misión?

—Durante la misión usé otro móvil. No me llevé el mío. Recuerdo que me dijiste que Califa te conocía —añadió, mirándola a los ojos—, así que no merecía la pena correr el riesgo.

—¿Te cayó bien? Califa, digo. —Ocupó las manos con la carta para aparentar informalidad —. A mí no me pareció que estuviese en el ajo, pero tampoco me puedo fiar de mis corazonadas o de mi propia experiencia. Nunca vi que tuviera un lado oscuro cuando iba a su club de San Francisco.

—Yo tampoco creo que lo tenga.

—¿Has sacado alguna otra conclusión de tu... viaje?

«Como, por ejemplo, que nunca merecí la pena, o no me habrías olvidado tan rápido».

Jace depositó el menú cerrado sobre la mesa y posó la mano justo encima, ajeno a sus pensamientos.

—¿Estás segura de que quieres hablar de eso? —inquirió con una ceja enarcada.

—¿De qué quieres hablar tú? No hace falta que me trates como si fuera de cristal. Nunca ha habido temas tabú entre nosotros —añadió, y se hizo con la copa de vino para dar un sorbo rápido. El líquido le cayó como ácido corrosivo en la garganta. Torció el gesto en una sonrisa distante—. O quizá sí, no lo sé.

Volvió a beber.

Jace se la quedó mirando con un fondo de duda, pero no se atrevió a preguntarle qué quería decir. Un silencio incómodo se asentó en la mesa mientras los dos daban sorbos pensativos a sus respectivas bebidas.

Ayane quiso abofetearse por haber vuelto a ponerse a la defensiva. Él se había esforzado por preparar una velada especial para celebrar su cumpleaños aun cuando no se merecía ni esa consideración ni ninguna. Más le valía mostrarse encantada.

Guiada por la culpabilidad, retomó en tono despreocupado:

—¿Cuándo vas a reincorporarte al trabajo?

—Estoy pensando en dejarlo —admitió con lentitud después de saborear el vino.

—¿Cómo? —fingió sorprenderse. No era nada nuevo que Jace nunca había tenido una gran vocación y solo se había limitado a hacer lo que se le daba bien—. ¿Y qué va a hacer el FBI sin ti?

—Seguir adelante, imagino. Le hacen creer a uno que es imprescindible para que no vea las salidas del callejón, pero una vez acepta sus propias limitaciones, no hay marcha atrás —

murmuró para sí mismo, y apuró el vino tinto de un trago largo. Le señaló la copa a un camarero que pasaba por allí para que la rellenara—. Gracias.

—Tú no tienes limitaciones —replicó Ayane en cuanto el sumiller se marchó—. Eres el mejor agente en plantilla.

Su respuesta le sentó como una patada en el estómago.

—A lo mejor puedo ser el mejor en otras cosas, ¿no? —La atravesó con una mirada que la retaba a contradecirlo. Empezaba a recordar por qué a Jace no le gustaba beber: tendía a amargarse y le hablaba mal a los demás, empezando aun así por sí mismo—. No es como si lo hubiera probado. Si me hubiese aficionado al tenis a los dieciocho años o hubiera aprendido a jugar al ajedrez, a lo mejor ahora estaría en un campeonato nacional o en el Open Australia, no dándome golpes de pecho por haberme cargado a los piratas somalíes en la Operación Ocean Shield.

—Y entonces no me habrías conocido, lo cual también habría sido una victoria del equipo Jace —apostilló Ayane con sorna.

El pensamiento había salido de sus labios antes de que pudiera frenarlo. Para llenar el silencio de alguna manera, vació la copa de un trago nervioso.

Jace le sostuvo la mirada con una impotencia que escondía una emoción aún más cruda.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Eso es lo que te he dado a entender estos meses? Dime cómo puedo hacerlo mejor —le pidió con un rastro de resentimiento— e intentaré aplicarme.

Ayane apartó la vista con el estómago revuelto. No le gustaba cómo se estaba desarrollando la noche, pero no sabía cómo redirigir la conversación al terreno de la neutralidad sin que su rencor impregnado de remordimientos acabara torciéndola.

Antes de marcharse a Tailandia se les daba bien conversar. Podían hacerlo durante horas sin sentirse coartados por el miedo a pronunciar una palabra prohibida.

No soportaba establecer las diferencias entre el pasado y el presente, pero estaban justo ahí, flotando en el aire, en cada frase, en cada mirada compartida.

—No es culpa tuya —lo apaciguó, agachando la cabeza hacia el fondo de la copa. La rellenó con la botella que el sumiller había dejado en la mesa y volvió a probarlo con la esperanza de que supiera distinto.

—¿Y de quién es la culpa, entonces?

—De la vida. Eso es lo que siempre nos pasa. Hasta cuando parece que no pasa nada —se oyó murmurar, parafraseando sin darse cuenta a un hombre que no estaba presente.

Incluso si no pensaba en Sacha abiertamente, estaba tan incrustado en su corazón como la orden automática de bombear sangre al sistema. Su imagen le había venido a la mente con la mención del ajedrez y ahí se había quedado, acechándola.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Jace, tan comprometido con la conversación

como aislado del momento gracias al alcohol—. ¿Que no podemos decidir sobre lo que nos pasa? ¿Que somos nuestras propias víctimas?

—Podemos decidir, pero la vida luego se impone, ¿no crees? —lo pinchó con una mirada larga—. A lo mejor se nos habría impuesto incluso si yo no me hubiera ido a Tailandia.

Jace miró hacia un lado con una irritación indisimulable antes de centrarse en ella.

—¿Qué es lo que me quieres decir?

—Solo digo que da igual cuánto te esfuerces por aparentar algo que no sientes. Incluso si no es culpa tuya, incluso si luchas contra ello, yo lo noto —le soltó sin ambages.

Él desvió la vista a la copa que había estado sosteniendo con los dedos crispados.

Ya había vaciado la tercera.

—No sé de qué me estás hablando. —Y dio otro largo trago en cuanto se la llenaron.

A Ayane se le escapó una sonrisa genuinamente divertida. Fue a pedirle que no fuera obtuso, pero Jace no daría su brazo a torcer a no ser que lo abordara sin circunloquios y le exigiera que admitiese ante ella que el cumpleaños que estaban celebrando era un paripé; que preferiría estar en cualquier otro sitio, y que si él estaba sufriendo sintiéndose enjaulado, Ayane no lo hacía menos viéndolo ser víctima de sus principios.

—¿Te acuerdas de la última vez que vinimos? —retomó Jace con una energía sospechosa, ansioso por frenar los intentos de Ayane por poner las cartas sobre la mesa. En el fondo se lo agradeció, porque no estaba preparada para oír lo que ya sabía—. Fue cuando aquella pareja de listillos nos quitó la mesa haciéndose pasar por nosotros.

—No me cayeron mal. —Ayane hizo una pausa para refrescarse la garganta reseca con tres largos sorbos—. Luego nos sentamos con ellos y santas pascuas.

—Era imposible saber cómo reaccionarías. —Sacudió la cabeza, exasperado y encantado a partes iguales con la impredecibilidad de la antigua Ayane—. A lo mejor otro día te habrías peleado.

—Si no hubieras estado tú delante, quizá. Procuraba comportarme para no asustarte.

Jace le hizo una graciosa caída de ojos.

Habían empezado a brillar por efecto del vino.

—He estado en la Marina, ¿recuerdas? No me iba a asustar el carácter de mi mujer.

—Bueno, pues digamos que me comportaba para que no desearas volver a la Marina.

Él se animó a soltar una carcajada, y se reacomodó en el asiento para adoptar una postura interesada en su acompañante. Pero enseguida le atravesó un recuerdo desagradable que le ensombreció el semblante, y tuvo que fijar la vista en su bebida.

—Jamás habría vuelto a la jodida Marina —masculló, acariciando la estrecha cintura de la copa—. Nunca podías hacerlo bien allí, ¿sabes? Y soy un perfeccionista de mierda. Si realizabas una operación con éxito para el comando, solía significar una pérdida humana desmedida para la

facción enemiga. Y sí, eran la facción enemiga, estupendo —murmuró entre dientes antes de dar un trago—, pero seguían siendo personas. No había manera de sentirse orgulloso o en paz con uno mismo. Era un callejón sin salida. Aun así, supongo que puedes salir de la Marina, pero no sacar a la Marina de ti. —La miró a los ojos—. Por eso me casé contigo.

A Ayane no le extrañó que se hubiera atrevido a desahogarse. Estaba tan desacostumbrado al alcohol, sobre todo después de una operación de riesgo que había durado un año —le constaba que no se dejaba tentar por distracciones, y menos cuando mermaban sus habilidades—, que las copas habían terminado de pasarle factura.

En cada ocasión que bebía, esto lo sabía con conocimiento de causa, se iba de la lengua.

—Siempre he sentido que había algo que no podía darte, ¿sabes? —admitió con la vista clavada en el líquido escarlata—. No sé si era la fantasía de la constante persecución, o la plena libertad de hacer lo que te diera la gana... Pero no perdía de vista que debía esforzarme como un hijo de puta para que siguieras enamorada de mí cada maldito día. Alcanzarte me dejaba exhausto y, aun así, todavía me quedaban montes que escalar. Era otro callejón sin salida, en definitiva. Otra misión jodida, cuando no suicida. El mito de Sísifo. —Alzó la mirada hacia ella. Sus ojos emitieron un destello—. Pero hay una parte de mí, una de la que nunca he podido librarme, que lo necesitaba y al que le gustaba; que se siente atraído hacia lo prohibido, lo imposible, lo difícil... Llámalo como quieras.

Ayane tragó saliva sin apartar la vista de él. De pronto se sentía desnuda, pero no de ese modo grotesco en el que la habían hecho sentir en Bangkok; solo vulnerable como una simple mujer enamorada delante de un hombre que le exigía reparaciones.

—No lo hacía aposta —fue lo que se le ocurrió contestar.

—Lo sé —suspiró Jace, derrotado. Le dirigió una dulce sonrisa—. Yo era feliz aun así, ¿eh? Más que eso. Estaba como... borracho. Como alucinando. Me has preguntado qué he sacado en conclusión de la misión, ¿no? Pues te lo voy a decir. He sacado en conclusión que solo se puede querer a ciegas una vez y que he hecho esfuerzos por ti que no volveré a hacer por nadie.

—Pero eso es algo bueno —lo serenó con una sabiduría que odiaba haber adquirido—. Quizá a ti no te lo parezca por tu sentido de la justicia y tus... ideas de que le debes algo a cada persona con la que te cruces, algo que has de entregar en la idéntica medida en la que lo has entregado antes. Pero lo es. No necesitas vivir con alguien con quien sientes que no eres suficiente, ni para demostrarte que puedes convencerlo, ni para darte valor a ti mismo, ni para nada.

—¿Pero estaba en lo cierto? —insistió con voz queda—. ¿No era suficiente?

Ayane se secó las palmas sudorosas en el vestido. Él la miraba con unos ojos que brillaban como brasas, por el exceso de alcohol y por el hambre de conocimiento. Quizá también por obra de un amor que todavía no se había extinguido del todo.

—Eras más que suficiente, Jace.

—¿Y por qué querías más? —soltó de repente a viva voz—. ¿Por qué se te iluminó la cara cuando te dije que te acostaras con quien te diera la gana? ¿Por qué? —repitió con tintes de desesperación.

Había un viejo rencor enquistado en él que no era conveniente subestimar.

Ayane se envaró.

—Es un poco tarde para admitir que nunca me has entendido, ¿no te parece?

—¿Por qué va a ser tarde? Estamos aquí —espetó con vehemencia, y a Ayane no se le escapó que era una realidad con la que no terminaba de hacer las paces. Que volviera a repetirlo en voz baja, como si lo necesitara para creérselo, para escarmentar de una vez, le confirmó que hubiera preferido estar muy lejos—: Estamos... aquí.

—Eso no significa que sea donde debemos estar —atajó secamente.

—¿Y dónde debes estar, si puede saberse? —le reprochó—. ¿Dónde quieres estar?

«Muerta».

—No lo sé —respondió, esperando hacerse oír sobre sus tenebrosos pensamientos.

Jace dejó caer la cabeza hacia delante. Una mueca que se asemejaba a una sonrisa rota encarnaba a la perfección lo que la misma Ayane estaba sintiendo, un ferviente desconsuelo por lo que no se podía recuperar; por lo que les había sido arrebatado.

—Siempre supe que algún día me dejarías —reconoció él tras una breve meditación—. Y siempre supe que no estaría preparado. Pero no pensé que fuera a ser así, de esa... manera.

—Yo tampoco, Jace —suspiró con hastío—. Y creo que ya está bien de recalcar por activa o por pasiva que tengo la culpa de todo, de que estés atrapado conmigo o te sintieras en inferioridad de condiciones. ¿Crees que era fácil para mí vivir a la altura de tus expectativas? Pensabas que era Dios encarnado y tenía que esforzarme todos los días para que no te dieras cuenta de que soy algo mucho peor que una simple mortal. Al menos a tus ojos —añadió por lo bajini.

Jace levantó la barbilla tan rápido que parecía que lo hubiera insultado.

—¿Mis expectativas? —jadeó, perplejo—. ¡Lo que hay que oír! ¡A mí me valía con que estuvieras ahí!

—¡Y una mierda! —le rugió, amenazando con levantarse de la silla. Lo apuntó con el dedo—. Tenía que estar ahí como tú querías, adaptarme a tus rígidos conceptos. Y sí, es mi culpa porque acepté lo que venía contigo, el pack de familia y relación tradicional. Pero no hables como si yo te hubiera tenido en el borde del asiento insinuando a diario que quería acostarme con otros. Eras tú el que insinuaba a la menor oportunidad que esperaba que dejara el FBI y me fuera al monte a criar veinte niños, aun sabiendo que mi trabajo era para mí lo que nunca ha significado para ti y que adoro mi independencia.

—Oh, qué malo y exigente es mi marido Jace, que me pide que no fantasee con otros hombres —masculló, envenenado, y se bebió lo que quedaba en la copa como si lo necesitara para infundirse coraje—. ¿Qué más daba que no lo insinuaras? Te conozco y sé cómo eres.

—¿Y qué soy? ¿Una puta? —lo retó fríamente—. Venga, dilo. Quédate a gusto, por favor.

Jace palideció de golpe.

—¿De qué estás hablando? No he dicho que seas... Yo no he insinuado... Nunca he... Solo digo que me sentía inseguro, y que cada vez que salías sola a la calle me dejabas con un nudo en la garganta.

—¡Pues ese es tu problema! —No sabía si estaba más ofendida porque hubiera sacado el tema o anonadada por su valor—. ¡Yo nunca te di a entender que fuera a engañarte! Pero te casaste conmigo aun temiéndolo, ¿no? Te casaste conmigo queriéndome y odiándome por ser como era, con la esperanza de cambiarlo algún día manipulándome sutilmente.

—¡Manipulándote! ¡Hay que joderse! ¿No esperabas cambiarme tú a mí, acaso? —contraatacó con un rugido—. ¿No querías que de la noche a la mañana me convirtiera en el adalid del amor libre? ¡Pues no iba a pasar! —le gritó con los ojos echando chispas, inclinado hacia delante—. ¡Antes muerto que viéndote con otro!

Ayane se percató de que se había puesto rígida. Incapaz de soportar la tensión, se obligó a inspirar hondo y ser quien rebajara el tono de la pelea.

—¿Qué sentido tiene hablar de esto ahora, Jace?

Él aceptó la ofrenda de paz implícita en su expresión cansada relajando los hombros.

—Tiene sentido porque necesito saberlo. Necesito saber algo, lo que sea. Necesito saber... —Lanzó una mirada desamparada al techo, como si allí hubieran escrito las respuestas. La rabia se disipó para que una pena anestésica lo derrumbara sobre el asiento—. No lo sé —acabó reconociendo con una mirada desconcertada—. Que no nos habríamos ido a la mierda aunque no hubiera pasado esto.

—¿Y tú qué crees? —musitó con hartazgo, pero también con una retorcida ilusión.

Era agradable preocuparse por un rato del fallo de un matrimonio corriente y no de las pesadillas de una víctima de secuestro.

—Yo creo que no —la sorprendió diciendo con llaneza—. Creo que te habría perdonado hasta que hubieras intentado matarme. ¿Querías tirarte a alguien más? Pues vale. —Encogió un hombro—. Lo habría superado.

El corazón le dio un vuelco al escucharlo.

—Pues es un alivio que seas consciente de que no volverás a querer a alguien de una forma tan autodestructiva —se obligó a replicar en un murmullo—. Deberías celebrar que la operación te librara de mí antes de convertirte en un infeliz.

Su respuesta reavivó la rabia que no se había marchado del todo.

—¿Piensas que me alegro de lo que ocurrió? ¿Es que estás loca o qué cojones te pasa?

—Pienso que soy lo peor que te ha pasado en la vida —reconoció sin tapujos, y con una serenidad resignada que dejó a Jace perplejo.

Meneó la cabeza, como si le abrumara lo equivocada que estaba.

—No, Ayane. Perderte fue lo peor que me pasó en la vida.

«¡Sigo aquí!», podría haber contestado, pero había entendido lo que había querido decir.

Había sido injusto acusarlo entre líneas y haberse envenenado con su enamoramiento cuando ella conocía mejor que nadie el carácter inesperado del amor, y lo que era más: cuando sabía de sobra cómo vivía y entendía Jace las traiciones. No le costaba imaginarlo sufriendo como un condenado por el simple hecho de haberse alejado emocionalmente de la mujer que había ido a buscar.

Porque la había estado buscando.

Por eso la había encontrado.

—Creo que será mejor que nos vayamos —sugirió ella transcurrido un rato.

—Sí, será mejor que nos vayamos —masculló Jace entre dientes. Se bebió el vino que acababa de servirse hasta dejar la copa limpia y se levantó. Un mareo le hizo tambalearse mientras cogía su americana oscura y echaba a andar, airado, hacia la salida.

Ayane aprovechó que se había quedado sola para soltar todo el aire que había estado reteniendo. Se levantó despacio, también perjudicada por el alcohol, y cogió la botella antes de salir en pos de Jace.

Capítulo 4

—¿Puedes conducir? —le preguntó al verlo ocupar el asiento del piloto.

—Claro que puedo conducir —respondió, malhumorado.

Ayane no podía culparlo por haber desplegado una actitud infantil. Más allá de que entre los dos hubieran arruinado una velada que podría haberles acercado, incluso salvado, Jace llevaba más de un año reprimiendo el dolor de la pérdida; si no porque era menester para desempeñar la operación sin levantar sospechas ni distraerse, porque había estado temiendo que Ayane pensara que anteponía su sufrimiento al de ella.

En la cabeza del agente, el dolor tenía no solo grados, sino que también se ordenaba de acuerdo a una jerarquía absurda. Era cuestión de tiempo que, tarde o temprano, la rabia y la pena se liberaran de la furiosa constricción a la que las sometía y salieran por alguna parte.

En el fondo, Ayane se alegraba de que hubiera sido con ella.

Era un alivio confirmar que aún le importaba.

En cuanto se montó en el coche, la invadió la ferviente necesidad de regresar cuanto antes y agarrar una cuchilla. Pensó que siempre podía poner la excusa de darse una segunda ducha y encerrarse en el baño sin levantar sospechas. En las últimas semanas había rehusado hacerlo mientras Jace estaba en la casa, pero si se dormía nada más tocar la cama, como era su costumbre después de una cogorza, no habría moros en la costa.

El camino de vuelta los tuvo a ambos revolviéndose con impaciencia. La música que Jace acostumbraba a poner, aunque relajante, no ayudaba a calmar los ánimos. Se había aficionado a una cantante colombiana después de que Ayane pusiera una y otra vez uno de sus éxitos, todo esto antes de Tailandia.

Si no hubiese estado entumecida por la ansiedad por autolesionarse, la habría conmovido que él la hubiera seguido escuchando tras su partida.

Me duelen los ojos de mirar sin verte
Es que te quiero tanto
Digo tu nombre rezando
Tú mi ángel y mi santo
No sé si lo volveré a ver

Vaya con Dios[7]

Se acordó de cuando Sacha se percató de que incluso la música le hacía daño y apagó la radio de un golpe certero. Cerró los ojos y apoyó la frente en el cristal, y aunque con cada día que pasaba alejada de él se iba disolviendo la esperanza de que regresara, fantaseó con que la estaba esperando en el portal de la casa.

Era una fantasía absurda que no habría tardado en superar incluso sin la ayuda de Chambers. Sacha jamás había sido un hombre de gestos románticos o que deshiciera lo hecho. Fuera cual fuera el objetivo con el que la hubiese montado en aquel avión, lo hizo con plena convicción.

Nunca lo consideraría un error, confiado como era en sus determinaciones.

Ayane todavía estaba decidiendo cómo le sentaba eso.

Esperó a que Jace saliera del vehículo y emprendiera el camino a casa desde el aparcamiento para hacerlo ella, demasiado exhausta por la discusión para siquiera estar en la misma habitación que él con el riesgo que esto suponía. Pero el loft había sido diseñado para que no pudieran irse a dormir enfadados el uno con el otro. Sin puertas y con todo abierto para convertir los modestos metros cuadrados en un solo espacio, el piso representaba la pesadilla de alguien que ansiaba huir de sí mismo o de los demás.

Jace estaba sirviéndose una copa de ginebra en la cocina cuando ella entró.

—No deberías seguir bebiendo —le sugirió en tono resignado, dándole la espalda mientras se quitaba los zapatos.

Incluso pese a no verlo, supo que había sonreído con desdén.

—No debería seguir haciendo muchas cosas.

Su respuesta terminó de erizarla.

—Pues lárgate de una puta vez —masculló ella por lo bajini—. Lo estás deseando.

Por suerte o por desgracia, no la escuchó.

Fue a esconderse en el cuarto de baño para descongestionarse con el llanto que pujaba por salir, pero ni una lágrima corrió por sus mejillas.

Odiaba haber perdido la habilidad para llorar. Nunca le había gustado exteriorizar las emociones que la debilitaban, y, sin embargo, mientras estuvo fuera le sirvió para canalizar la frustración.

Ahora dependía de otras vías mucho menos legítimas.

Abrió los cajones en busca de la cuchilla. En cuanto la tuvo en la mano, se miró en el espejo, como si en su reflejo pudiera encontrar a la misteriosa mujer que le había sorbido el seso al agente.

Jace nunca se enfadaba. Solo en casos excepcionales y cuando lo llevaban al límite, como esa

noche. ¿Se habría enfurecido con ella alguna vez? ¿O habría reservado la frustración de un año entero de búsqueda para cuando volviera a ver a su esposa?

No podía decir que no entendiera el porqué de su estallido. Pero, en buena parte, se debía a que no podía decir nada a secas. No podía hablar. El embotamiento y el cansancio la habían silenciado.

Estaba a punto de subirse el vestido cuando la puerta se abrió.

Había olvidado apestillarla.

Un Jace derrotado se quedó recostado bajo el umbral. Estaba demasiado aturdido por el alcohol como para reparar en lo que podría significar que tuviera una de sus cuchillas de afeitar en la mano.

Ayane se dio la vuelta y la soltó en el cajón entreabierto con una sutileza que la salvó de otra discusión... ¿O no? No estaba segura de que una parte de Jace no fuera a sentir un alivio tan inmenso como culpable si la enterraba pronto.

Él mismo se encargó de disolver ese injusto pensamiento salvando el espacio que los separaba y abrazándose a su cintura como si pudiera perderla otra vez.

Ayane no supo cómo reaccionar.

—Lo siento —murmuró con los labios pegados a su cuello—. De verdad quería que tu cumpleaños fuera... No sé. A lo mejor ha sido ingenuo pretender que todo fuese como antes.

Le resultó tan insólito tener la responsabilidad de consolar, el poder de apaciguar el dolor de alguien, que por un instante la aterró no estar a la altura.

Acabó rodeándole la nuca con la mano y acariciándola amorosamente.

—No deberías sentirte culpable por tener esperanza, Jay-Jay.

«Aunque la pongas en el lugar equivocado. Aunque, en realidad, no quieras tenerla. No conmigo. No por mí».

Se separó, sobrepasada por la cercanía con él, y salió del baño sintiéndose desamparada.

¿A dónde se iba ahora? ¿Qué lugares le quedaban para huir sin dar explicaciones? Para cuando orientó la cara hacia la puerta, desesperada por un poco de aire fresco, Jace salía del baño y apoyaba la mano en la pared para descansar un cuerpo rígido por la carga de emociones.

Ayane le devolvió la mirada con el corazón encogido. Se deshizo de amor hacia él precisamente por su vulnerabilidad, algo que no podría haberle conquistado viniendo de ningún otro hombre. Estaba despeinado, el abrazo le había arrugado la camisa y el dolor que tenía atravesado era tan insoportable de atestiguar como también la consolaba.

No quería hacerle sufrir, pero qué alivió la embargó sabiendo que no estaba sola en su tristeza; que algo les unía aún, aunque fuera ese algo que todavía les podía destruir.

Ayane se mordió el labio inferior y esperó con los puños apretados a que él hiciera algo. Ella se plegaría a los que fueran sus deseos con la misma dócil resignación con la que se había

entregado antes a los peligros de la calle.

Jace sacudió la cabeza, no sabía si rechazando sus propios pensamientos o los que ametrallaban la mente de Ayane. Un segundo después, había reducido la distancia para tomar sus labios con un beso impulsivo. A lo mejor ella no se acordaba ya de cómo eran antes de la misión, pero el cuerpo tenía memoria y lo demostró enviando sus manos a los costados de Jace, ahí donde sabía que las cosquillas le relajaban la tensión y lo retorcían de gusto a la vez.

No se había atrevido a soñar con volver a tocarlo porque su piel estaba marcada, era corrosiva. Más aún después de defenestrar la escasa dignidad que podría haberle quedado. Por eso se resistió a que Jace la tomara de la mandíbula para profundizar vehementemente el beso y trató de apartarlo ejerciendo una presión débil en sus hombros.

Él fue consciente de su negativa y se retiró con gesto desolado.

—¿Es que ya no me quieres nada? —atinó a balbucear—. ¿Nada?

Ayane estuvo a punto de romper a llorar.

—No es eso, cariño. Claro que no es eso.

—Entonces... solo... Déjame intentar...

Volvió a besarla, arrebatado por una necesidad superior al sentido común. Más allá de la resistencia inicial, Ayane no halló las fuerzas para cortar algo que en el fondo quería.

¿Y si la reconciliación pasaba por allí?, pensó. ¿Y si aún había esperanza, y lo había alejado de sí antes de tiempo? ¿Podían darse una oportunidad? ¿No era Jace, acaso, el hombre al que había estado escribiendo, al que se había aferrado con garras y dientes para no sucumbir a las tinieblas de la locura?

Él la había salvado de la demencia absoluta, eso era innegable.

A lo mejor podía salvarla también de la autodestrucción.

Le devolvió los besos cada vez más urgentes hasta que empezó a fallarle el aliento. Jace, con un apremio que no hacía sino excitarla, le dio la vuelta para cubrir su cuello y sus hombros descubiertos con marcas de sus labios candentes.

Ayane se preguntó si no la habría girado para no verle la cara, y si no habría cerrado los ojos para fantasear con que era la otra a la que estaba tocando. Aunque la idea le heló la sangre, no quiso descartarla. A través del tortuoso suplicio de saberlo enamorado de otra también hallaba lo mismo que le daban sus escapadas: una dura lección. Incluso si Jace no lo sabía, así se estaba vengando él de todo lo que Ayane le había hecho. Se vengaba de que se hubiera acostado con Kingfisher y de que soñara con que Sacha la rescatara de su marido, como si fuera el verdadero villano de la historia.

Jace deleznaría conocer el rol que ejercía en su película.

Él, que siempre había intentado ser perfecto y nunca había fracasado.

Ella era el problema.

—Nena... —oyó que murmuraba contra sus labios mientras le bajaba la cremallera del vestido.

«Di mi nombre», rogó Ayane. «Así sabré que no olvidas con quién estás».

Pero, al mismo tiempo, esperaba que dijera el de la otra. Que la ayudara a ponerle cara, a atribuirle una personalidad. Que con una sola palabra destruyera lo que quedaba de ella. Estaba desesperada por que la rompiera, pero Jace no era capaz de prodigar caricias que no encarnaran la clase de ternura que podía convencer a una mujer como ella de que merecía ser querida.

Una vez aceptó que no lograría detener lo inevitable, decidió tomar las riendas de la situación dándose la vuelta y volviendo a tomar su boca. No supo cómo, pero acabó a horcajadas sobre un Jace tendido sobre la alfombra.

Aunque el enfermizo deseo por él le nublaba el juicio, no perdía de vista que debía ocultarle sus cicatrices o bien confiar en que estaba demasiado perjudicado para fijarse en los detalles. Se bajó el vestido hasta la cintura, cubriendo la zona del bajo vientre y las ingles, y arrastró las caderas hacia delante para rozarse con su dureza.

¿Y si le excitaba su dolor? ¿Y si le excitaba imaginarla en brazos de otros? ¿Y si le excitaba que esos otros la hubieran hecho pagar por su condición egoísta tomándola en contra de su voluntad?

No, Jace no era así, pero Ayane se aferró a la remota posibilidad para coaccionar a las lágrimas que se negaban a salir.

Apoyó las manos sobre su pecho para ayudarse así a moverse sinuosamente sobre él. Se fijó en los músculos tensos de su cuello, en los párpados entrecerrados a través de los que la miraba con una lujuria corrompida por la rabia, en la mandíbula afilada, y halló en ese conjunto de rasgos familiares el impulso para quitarle el cinturón.

Él alargó una mano y le acarició el pezón erecto casi con cariño, medio adormilado sobre la alfombra.

—No te han jodido tanto como para arrebatarte el sexo, ¿verdad? —le oyó balbucear. Deslizó la palma abierta por su vientre hasta enredar la mano en el amasijo de tela en el que se había convertido el vestido. Ella tuvo que frenarlo para que no tocara el relieve de las cicatrices, pero lo hizo con gentileza, sin levantar sospechas—. Dime que no.

La pregunta le dejó el corazón en un puño.

Llegó a la conclusión de que esa era la única razón por la que se había arrojado sobre ella; porque al no obtener de su boca la información que necesitaba para quedarse tranquilo, había tenido que improvisar una forma mucho menos ortodoxa.

Pero Ayane estaba tan acostumbrada ya a sentirse utilizada que sus planes ocultos no la detuvieron. Incluso se sintió extrañamente reconfortada porque, aunque fuese con un propósito, se hubiese dignado a tocarla. Significaba que todavía no le daba asco, que no la compadecía

hasta el punto de evitar el contacto físico.

Ayane seguía empeñada en que no era ninguna víctima, sino un verdugo al que llevar ante la justicia.

Y qué mayor justicia que la de que fuese Jace quien le asestaba la puñalada definitiva.

Le tomó seis sencillas palabras.

—Ya sabes dónde están los condones.

Ayane iba a coger uno de todos modos por si alguno de sus amantes casuales le hubiera contagiado una ETS, pero oírle decir aquello confirmó de manera determinante lo que ella ya sabía.

No se había planteado ni por un instante volver a su lado con las atribuciones de un marido real, ni mucho menos para ejercer derechos como el que le reivindicó la noche de la despedida: el de tener un hijo suyo.

Cabía la posibilidad de que pensara que era una mujer sucia a la que tocar solo con guantes.

Con los ojos encendidos por las lágrimas de rabia, Ayane se levantó y fue hacia el mueble del salón donde guardaban uno de los paquetes de condones. Para empeorar su desconsuelo, le habría gustado descubrir que faltaba una tira completa, pero le pareció que quedaban los mismos que la última vez que estuvo allí.

Cuando se giró y vio a Jace con un brazo sobre la frente, tanto o más derrotado que ella, vaciló.

¿De veras quería hacerse eso? Era obvio que a él no le importaba, pero ¿qué había de sus propios sentimientos? ¿En serio merecía exponerse a la tortura, a la humillación de follar con su propio marido como una cualquiera? ¿De ser la segunda en su pensamiento?

Decidió que sí y, para ayudarle a reforzar la fantasía de que lo montaba otra mujer, se sentó a horcajadas de espaldas a él. Con la mano temblando por la mezcla de furia y desesperación, le puso el preservativo y, sin pararse a preguntarse si estaba físicamente preparada, se insertó su miembro duro hasta la empuñadura.

Ayane cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, tan enmudecida por la espantosa congoja que la había paralizado que ni siquiera pudo gemir o jadear como sí lo hizo Jace. Empezó a moverse como sabía que le gustaba, a exprimirlo entre sus muslos apretados, alternando subidas y bajadas cada vez más imperiosas con movimientos circulares de cadera que le hacían bufar. Ayane estuvo cerca de llorar con cada coletazo de placer que estremecía su cuerpo, distanciado de su mente para cosechar cuanto éxtasis fuera posible.

Pero no lo hizo.

Aguantó.

Jace se incorporó en un momento dado y la rodeó por detrás. Acarició su torso desde las

costillas hasta los pechos, que cubrió tiernamente con esas manos grandes y llenas de generosidad que tanto había amado.

¿Amaba?

La barbilla le tembló, augurando un sollozo, cuando posó sus propias palmas sobre los dorsos de Jace y lo instó a seguir tocándola con suavidad.

Sintió que él apoyaba la frente en su nuca y su aliento pasaba silbando por la espalda desnuda.

—Me confundes... tanto... —le oyó gimotear entre dientes—. Todo es tan complicado... contigo... Joder.

Las manos de Jace treparon hacia sus sienes húmedas por el sudor. La instó a ladear la cabeza con un gesto gentil para poder enterrar la boca entreabierta en su cuello. Enredó los dedos en su melena y la fue desenredando mientras ella seguía cabalgándolo en busca no ya de placer, sino de puro castigo.

—Gírate a mirarme —le pidió él—. Por favor, Ayane.

Lo odió tanto como lo adoró por haber roto la maldición de la otra diciendo su nombre.

No cambiaba nada, aun así. Si alguien comprendía mejor que nadie que el sexo era el sexo y el amor era el amor, esa era ella. Pero se permitió creer que no existían límites entre una definición y otra al obedecer su ruego y seguir moviéndose con una perversa lentitud sobre él.

Jace a duras penas podía mantener los ojos abiertos, acumulado el cansancio de meses sin descanso y de los excesos con la bebida. Pero los tenía abiertos por terquedad, su preciosa terquedad, que había salvado vidas y arrebatado otras tantas en sentido literal y figurado, y sostenía el rostro de Ayane, y la cabeza, y todo lo que venía con ella, sus miedos y retorcimientos incluidos, como si de verdad pudiera soportar ese peso.

Primero la besó con ternura, y, después, se separó lo justo para mirarla a los ojos.

—Sabes que te voy a querer toda la vida, ¿verdad? —murmuró con el aliento entrecortado.

Ayane se recreó en su confesión con el alma en vilo, y quiso su cuerpo que con el eco de sus palabras llegara al orgasmo. Un orgasmo tan delirante como doloroso, porque su declaración no había sonado más que a despedida; incluso a justificación, otra forma de expresar el «pero» en «ya no estoy enamorado de ti». Una fina pero visible capa de culpabilidad envolvía cada frase que decía, cada mirada que le dirigía... por franca que esta fuera.

Siguió montándolo con las lágrimas acumuladas en los ojos hasta que Jace alcanzó al clímax unos minutos después. Se dejó caer hacia atrás, llevándosela a ella consigo, y adoptó una postura cómoda para tartamudear algo ininteligible que Ayane se alegró de no haber entendido.

Esperó con la cabeza apoyada en su pecho a que su respiración se hubiera acompasado, y solo cuando supo que se había dormido, le devolvió el abrazo tanto como se lo permitió la posición. Se incorporó, todavía sobre su miembro semiduro, y un súbito ramalazo de amor incondicional la paralizó.

Tomó su rostro entre las manos y se inclinó para besarlo en la frente, en las mejillas, en la punta de la nariz.

—Te quiero —le susurró con la voz quebrada, a sabiendas de que no la escucharía—. Te he querido todo el camino. Todo el tiempo. Y si alguna vez dejo de hacerlo... —Apoyó la frente contra la suya— solo será porque estoy muerta.

Capítulo 5

Dios le librara de escuchar a los demás. Luego sucedía lo intolerable: que, tras un contraste de opiniones, se le ocurría que quizá se hubiera equivocado él.

Y Sacha no podía permitirse errores.

Sobre todo en lo que respectaba a *malyshka*.

Pero todavía habría que ver quién tenía la razón, si Singapore o él.

Dio la última calada al cigarrillo y lo arrojó a la carretera con el gesto torcido.

A última hora de la mañana de un lunes, el tránsito en el centro neurálgico de la meca del capitalismo era frenético. Especialmente en la avenida Pensilvania, una línea recta de once kilómetros de extensión que conectaba la Casa Blanca con el Capitolio de los Estados Unidos.

Un hombre con un mínimo de amor por el arte jamás se arrodillaría ante el brutalismo moderno de Washington D.C. Sacha era ese hombre. Esperaba con la paciencia de un santo a que sus corazonadas resultaran ser ciertas y la persona a la que aguardaba frente al rótulo dorado del edificio J. Edgar Hoover tuviera a bien darse a conocer de una vez por todas.

Era tan fácil hackear el sistema del FBI que se le había escapado una carcajada desdeñosa haciendo lo propio desde su portátil. Claro que él no había tratado de acceder a los archivos que contenían información sensible, los que en realidad contaban con antivirus y redes de seguridad de última generación. No era tan estúpido como para ponerse en el punto de mira husmeando entre datos que para colmo no le importaban. Solo se había interesado por conocer el horario de citas de los sanitarios en plantilla.

Era una suerte que de un tiempo a esa parte todo el planeta hubiera digitalizado su agenda.

Tal como había sospechado, uno de los psiquiatras trataba con regularidad a la persona de su interés.

Podría haber fisgoneado entre las fichas de los agentes hasta dar con una fotografía que satisficiera sus dudas. Habría sido más rápido. Pero había tendencias autodestructivas que Sacha no quería reconocer ni ante sí mismo, no tan abochornado porque existieran como obstinado en seguir negando la existencia de su lado sensible.

A saber si no se habría obsesionado con la imagen, un recurso que para colmo podría haber sido engañoso. ¿O acaso no había gente más fotogénica de lo que era atractiva en carne y hueso?

Por otro lado, viajar en persona para verlo con sus propios ojos no le parecía la prueba más

flagrante de su curiosidad. A fin de cuentas, estaba allí con otros propósitos. Simplemente le sobraba tiempo para entretenerse un rato con juegos de una puerilidad vergonzosa.

En este caso, el entretenimiento consistía en tratar de adivinar, con ninguna otra pista que un rango de edad y la sospecha de que era guapetón, cuál de los sujetos que iban abriéndose paso por la puerta giratoria de las oficinas del FBI era el dichoso marido de *malyshka*.

Lo supo nada más verlo. Y lo supo porque ya lo había visto, solo que bajo una identidad que ahora se descubría falsa, firmando papeles adulterados, y el que se convirtió en ese preciso momento en su mayor problema: por imposible que pudiera parecer considerando quién era su esposa, también lo había visto enamorándose de otra mujer.

Hurricane, el apreciado amo sadomasoquista del evento tailandés, era Jace Ryder.

Un agente infiltrado en Fuego y Sangre.

Incluso si no lo hubiese reconocido, habría dado por hecho que era el marido por una sencilla razón: lucía la misma expresión de desvalimiento y apatía que la adversidad le pintó en la cara una vez al propio Sacha. No hacía tanto tiempo de su propia tragedia como para que hubiera olvidado cómo se reflejaba físicamente esa endemoniada desesperanza.

El tipo acababa de salir de su última reunión, que no sesión terapéutica, con un tal Ben Chambers. A juzgar por el modo en que se secó las palmas de las manos en los vaqueros y se alborotó el pelo castaño claro, no parecía que hubiese ido nada bien.

Pobrecito.

Sacha levantó las solapas de la chaqueta negra y se arrebujó en ella para seguir el camino que Ryder emprendió hacia la boca de metro más cercana. No tardaría en empezar a sudar por el exceso de abrigo. Allí hacían por lo menos cinco grados más que en su tierra natal durante los últimos meses de invierno. Los eslavos tenían una piel de cuero aislada de la clase de frío que no se veía en casi ningún otro sitio: perfectos para vivir en su tierra, jodidos para viajar a otros climas.

El agente lo había tratado lo suficiente durante Fuego y Sangre como para reconocerlo. Aun así, Sacha dudaba que la conmoción, una calle sin salida, le permitiera percatarse de que estaba siendo escoltado. Lo peor de la tristeza era que aletargaba los sentidos y le mermaba a uno la habilidad de defenderse. Por eso Sacha siempre había preferido la ira. No la ira candente de los boxeadores, de los gladiadores. Esos eran susceptibles de recibir un flechazo en el talón.

Mejor la ira gélida de los reyes.

Así se podía pensar con claridad y actuar de acuerdo a un cálculo analítico.

Le dio cinco segundos de ventaja para franquear las puertas de la estación de metro Archives-Navy Memorial-Penn Quarter. Cruzó a unos pasos de distancia un pasillo abovedado que le recordó a una nave espacial.

Entrecerró los ojos sobre la figura masculina enfundada en un abrigo tres cuartos.

Estaba molesto con su propia estupidez. No haber caído en la cuenta de que el agente Jace Ryder y el amo Hurricane eran el mismo individuo... Error de principiante. De haberlo sabido, tal vez hubiera planteado el regreso de *malyshka* de una manera algo menos arriesgada.

Algo menos traumática.

Estaba cayendo en los tópicos que reafirmaban que el hombre obsesionado no estaba hecho para la acción. Porque si no hubiera tenido a la princesa de Japón por un sueño de mujer universal, por el tipo definitivo de todos los heterosexuales, también se habría anticipado a la posibilidad de que Ryder pudiera haberse enamorado de otra persona en el último año. Y no. Su estupidez había arrojado a la muñeca a los brazos de un hombre que no la cuidaría por amor, sino por responsabilidad.

Algo que ella encontraría intolerable.

Pero, con diferencia, lo que más le molestó fue que el yanqui no tuviera ninguna prisa por llegar a casa.

Conforme se acercaba a las máquinas expendedoras de tickets, Ryder aminoraba el paso.

«Tienes cosas que hacer, chico. Más te vale arrear».

Sacha subió al metro dejando una distancia de dos vagones. Se recostó en la pared desde la que podría vigilar la postura dejada del agente contra una de las barras.

Ella se habría dado cuenta, pensó con impotencia. Se habría dado cuenta de que el mamón no la quería ya. Aquel tipo era un libro abierto en todos los sentidos. Quizá no para un civil, al que podría engañar o bien confundir con su atractivo nostálgico, pero sí para un hijo de puta como Sacha, que no sentía debilidad por la belleza y era incapaz de experimentar compasión.

Sus secretos tampoco estarían a salvo con una criatura retorcida y obsesiva como Ayane.

Le concedía el acierto de haberle despistado durante las primeras cuarenta y ocho horas de Fuego y Sangre, eso sí. Pero bastó con que Califa le contara en confidencia que Ryder había sugerido llamar «Kir Royale a su sumisa» para que Sacha supiese que estaba allí investigando lo que era mejor no investigar.

Su adorable acompañante femenina le había estado haciendo muy flaco favor, además. Si el tipo ya dejaba bastante que desear con tácticas que él creía sutiles, su sumisa pelirroja era un elefante en una cristalería. Si esa jovencita también trabajaba para los federales, no le extrañaba que la red de trata siguiera desempeñando tranquilamente sus funciones.

Hallar el modo de provocar el bonito reencuentro entre *malyshka* y los suyos fue pan comido. En cuanto la ama sadomasoquista Yellow Bird desapareció del rol, atraída por el interesante cebo que era Singapore, la acompañante de Ryder anunció delante de sus narices que pondría el mundo patas arriba para localizarla. Fue cuestión de ponerse en el lugar adecuado en el momento adecuado para escuchar conversaciones determinantes entre el agente y la pobre criatura y así

terminar de cuadrar la estrategia.

Sacha estuvo seguro de que el tipo no arriesgaría la vida de la civil y se apresuraría a pedir refuerzos después de utilizarla como anzuelo de los secuestradores; refuerzos que irrumpirían en el avión de Koh Samui y al menos salvarían un par de vidas.

No se había equivocado.

A lo mejor había sido su última ristra de aciertos lo que le había convencido de que no fallaría tampoco en su empeño de mandar a casa a la niña.

Estúpido.

Se había confiado demasiado.

Maldijo su imbecilidad una vez más.

Pero ¿cómo diablos iba a saber que Hurricane era Jace? Ningún alto mando en su sano juicio permitiría que un marido doliente se embarcara en la misión de rescate de su mujer desaparecida. Iba no ya contra las normas, sino contra el sentido común. Era poco lo que un tipo enfermo de desesperación podría conseguir tomando las riendas del caso, por no mencionar que suponía una tortura emocional.

También era cierto que las agencias hacían un trabajo impecable con los documentos de identificación. Si no hubiera reconocido a *malyshka* nada más verla gracias a las fotos que la yakuza había estado moviendo entre los suyos, se habría tragado que se llamaba Hayami Moore. Los aspectos informáticos eran abordados con una precisión digna de congratulaciones. Lástima que, en todos los casos, la resolución de las mismas dependiera de la gestión de un agente y el género humano fuera tan decepcionante.

Sacha sacó una fotografía tamaño carné del bolsillo interior de la chaqueta. Estaba desgastada en las esquinas, y a su proveedor no le había quedado otro remedio que imprimirla en blanco y negro. Los rasgos de la fotografiada seguían siendo los mismos: los que Kincaid se dormía contemplando cada noche.

Y quién podría culparle de su sentimentalismo.

Ojos rasgados, más aún al ofrecer a la cámara una sonrisa sincera que formaba dos hoyuelos en sus mejillas; nariz afilada como una flecha, labios jugosos. Apostaba por que en la imagen original se notaba la diferencia de color en el incisivo central derecho, ese emplaste de dentista de prácticas con el que trataron de solucionar una hendidura similar a la que él mismo conservaba.

Acarició el borde con la yema del dedo pulgar. Aunque vaciló durante un momento, acabó guardándola en la cartera, donde conservaba otras de sus pertenencias más personales.

No le gustaría que se perdiera.

Aquella foto había sobrevivido a miles de kilómetros, y casi a las mismas vicisitudes que la mujer que aparecía en ella.

Sacha valoró de lejos a Ryder con la intención de imaginarlos juntos. El tipo era guapo. Lo había visto en todo su esplendor físico dominando mujeres en Fuego y Sangre. También desplegando su ternura con una dama que no era la suya. No le había caído mal en ese momento, pero ahora podía decir con rotunda llaneza que no le importaría matarlo con sus propias manos. De hecho, estrangulándolo encontraría un placer tan morboso como en el fondo absurdo. Absurdo porque su cruz personal era racionalizarlo todo, y si racionalizaba la experiencia de Jace Ryder, podría sentirse inclinado a comprenderlo. A compadecerlo.

Era una pena que las simpatías jugaran siempre un papel crucial en la ceremonia de la empatía y el yanqui no tuviera la suya de su parte.

Pero ¿había ido a acabar con él, o no?

No, por supuesto que no. Lo había seguido para averiguar dónde vivía la niña.

Podría haberse enterado siguiéndola a ella, que también acudía a terapia con religiosa frecuencia. Desde luego, topársela habría sido más agradable. Al menos estéticamente hablando, porque cuando se enfadaba no era una compañía muy grata. Pero apostaba por que la criatura, ya fuera por sus manías persecutorias, su complejo de protagonista o el sexto sentido que venía de regalo con la condición de mujer, se percataría de que estaba en la ciudad en una fracción de segundo.

Que se enterase de su visita no figuraba en su planes.

Con una chispa de suerte, el paseo concluiría en el punto deseado: con *malyshka* asomándose a la ventana para maldecir al destino, y él asegurándose de un rápido vistazo de que no había hecho ninguna estupidez.

Era consciente de que estaría pidiéndole peras al olmo. Dudaba que el aire contaminado de Washington D.C. hubiera cambiado sus tendencias autodestructivas.

La línea verde los dejó en el distrito de Columbia Heights al cabo de cuatro paradas y veintidós minutos. Ryder iba tan sumido en sus pensamientos que no se coscó de que una sombra de metro noventa le pisaba los talones. Había tomado precauciones para no resultar tan llamativo, claro estaba. Entre estas, esconder las manos enguantadas en los bolsillos y cubrirse la garganta tatuada con un cuello de cisne. Respecto a la altura y el aspecto eslavo, poco podía hacer salvo calzarse una gorra de los Mets y hablar con acento de Texas si alguien tenía el valor de dirigirle la palabra.

Suerte que Ryder había caído en las redes del enamoramiento prohibido que idiotizaba hasta a las mentes más brillantes y eso le hubiese abreviado significativamente el instinto de supervivencia.

Sacha lo venía sabiendo desde hacía un tiempo.

El amor era el asesino de la astucia.

Ryder se detuvo a las puertas de un edificio de viviendas para la clase media, si es que eso existía en Norteamérica. Estaba sacando las llaves cuando la puerta se abrió y una mujer vestida de negro casi chocó con él. Como acto reflejo, Sacha, vigilante desde la acera de enfrente, se recostó contra el recodo de un callejón perpendicular para que las sombras le ayudaran a pasar desapercibido.

La luz blanca del interior del portal recortaba su silueta femenina.

Fue por culpa del contraluz que no pudo verle la cara.

Mierda.

—¿Qué haces aquí? —oyó que preguntaba el agente.

—He quedado con las chicas del gimnasio, Sophie y las demás. No volveré tarde.

«Mentira», fue lo primero que pensó Sacha. Que Ryder se limitara a asentir con vaguedad, quizá resignado a que ella hiciera cuanto quisiera y a no tener derecho a ponerle un alto, hizo que le hirviera la sangre.

Habían estado felizmente casados cinco años, pronto siete, ¿y no sabía reconocer cuándo soltaba una trola de proporciones épicas?

Sacha observó con gesto apático que ella lo despedía con un abrazo rápido. Él aprovechó el acercamiento para estrecharla contra su cuerpo unos segundos más, esos segundos que trasladaban un sencillo mensaje: «Ten cuidado, te quiero».

Quizá el tipo mereciera conservar su vida.

Hacían una pareja encantadora, todo fuera dicho. Él, un yanqui de tomo y lomo con las hechuras de una lancha motora, dueño de un autocontrol extraordinario y exasperante a partes iguales y de una prudencia tan necesaria en su trabajo como a menudo soporífera; ella, una flor exótica con el temperamento del diablo que, cuando se aburre, mata moscas con el rabo.

Qué maravilla, pensaba Sacha. Sin duda, *malyshka* podría haberlo matado de un coletazo si le hubiera apetecido. Pero que hubiera renunciado a su fuerza durante años para, en su lugar, protegerlo incluso de sí misma, resaltaba una vez más que lo amaba como los verdugos nunca deberían amar a sus víctimas.

Y de verdugos que amaban a las víctimas Sacha sabía más de la cuenta.

Todo lo había aprendido en contra de su voluntad.

Observó que Ryder permanecía bajo el portal viendo cómo ella se marchaba calle arriba. Tras perderla de vista, emitió un suspiro cansado y se internó en casa.

Débil y cobarde, determinó con desdén, y echó a andar en pos de la criatura para alcanzar su figura de lejos justo cuando se montaba en un taxi.

Sacha la imitó subiéndose a otro.

—Siga a ese coche —le señaló al conductor.

Este lo miró por encima del hombro del respaldo y le sonrió con incredulidad.

—Es coña, ¿no?

—En absoluto. —A fin de que se pusiera en marcha cuanto antes, Sacha agregó—: Ahí va mi novia. Está enfadada porque la he dejado plantada y tengo que arreglarlo.

No le faltaba razón.

—Ah, hombre, pues claro que sí... Venga, abróchese el cinturón.

Sacha lamentó no haberse estudiado el plano de la ciudad para anticipar adónde lo llevarían las decisiones de la mujer. Esperaba que fuese un lugar muy concurrido que le permitiera ocultarse bajo una sombra. Por más curiosidad que le suscitara la reacción de *malyshka* al verlo de nuevo, prefería no echar por tierra sus esfuerzos por el capricho de pintar la sorpresa en su cara.

No fue sencillo darle esquinazo una vez descendieron del vehículo. Hicieron el resto del camino a pie. Ayane miraba por encima de su hombro a cada tanto, apretaba el paso y se refugiaba en su abrigo largo hasta los tobillos.

A lo mejor a ella el enamoramiento la ponía más alerta que en estado de relajación.

O a lo mejor había desarrollado síntomas esquizofrénicos a raíz del año de la pesadilla.

Entendió por qué no había querido que el taxi la dejara en la misma puerta. La vio adentrarse en un club de *striptease* con espectáculos BDSM. Lo conocía de su conexión con la cúpula de Fuego y Sangre, donde se integraban los mejores clubes de sadomasoquismo de los distintos países. El tipo que resguardaba la exclusividad del sitio la saludó como si ya la conociera. Debía de llevar unas cuantas noches pasándose por allí.

Sacha empezaba a pensar que sería mejor no saber por qué.

En su experiencia, el exceso de conocimiento podía destruir la psiquis de un hombre.

Echó un vistazo rápido al rótulo de neón, que rezaba un burdo juego de palabras, y le lanzó una mirada de advertencia al guardia de seguridad que quería decir «no irás a pedirme el carné de identidad». Ante la inacción del gorila, que dio un temeroso paso atrás, Sacha se abrió paso. Se apostó en un rincón próximo a la entrada, a salvo de la incidencia de uno de los focos rojizos que caldeaban el ambiente.

Consultó su reloj de pulsera. Marcaba las ocho y media, una hora tardía para la cena en la mayoría de los países occidentales. Eso le daba alrededor de cuarenta y cinco minutos, cincuenta siendo generoso, antes de acudir a una reunión fijada por sí mismo y de la que no había avisado a nadie más en el centro de Washington D.C. Se trataba más bien de una fiesta sorpresa, solo que el regalo no iba a gustarle al homenajeado.

Nunca se habría perdonado la debilidad de viajar hasta los Estados Unidos si otro asunto personal no le hubiese requerido. No tan personal, sin embargo, como le pareció que era ver a la agente deshacerse del pesado abrigo para quedarse con un minúsculo vestido que poco dejaba a

la imaginación.

Deploró su reacción a la visión de su piel plateada. No le extrañó que una inmensa mayoría de la concurrencia contuviera la respiración al fijarse en la preciosidad que se sentaba en el taburete de la barra para pedir ¿qué? ¿Un *black russian*? Algo que la adormeciera y la llenara de coraje al mismo tiempo, eso seguro.

Ella le dio la espalda, ofreciendo a sus espectadores la caída de su melena color medianoche y la curva de sus hombros desnudos. El Creador había empleado unas horas extra de trabajo exhaustivo para esculpirla a su imagen y semejanza. En toda su vida, y por Dios que se había acostado con más mujeres de las que podría contar, se había topado con una criatura de la que le gustaran hasta los dedos de los pies, hasta la forma de las uñas; hasta el carácter de mierda.

Sacha sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo. Odiaba encontrarla atractiva, y deploraba, aun meses después, cada vez que se le ocurrió ponerle la mano encima.

Nunca había podido colgarle la consideración de víctima porque hasta el final no se comportó como tal, pero eso no significaba que no lo hubiese sido. Lo que sí significaba era que nadie tenía ningún derecho a tocarla, y que haberlo hecho en repetidas ocasiones le convertía en algo que nunca había tenido la menor intención de ser.

Pero por Dios que no podía arrepentirse. Ese era uno de los rasgos de su carácter que con toda probabilidad subrayarían los psiquiatras que insistieran en achacarle un cuadro clínico. Pese a reconocer sus errores desde una perspectiva absurdamente racional, nunca se había sentido culpable. Nunca había lamentado una muerte. Nunca le había dado pena una víctima.

Nunca le había importado nada una mierda.

O quizá eso último sí fuera una exageración.

Estaba allí porque había cosas que eran importantes, ¿no?

Un hombre del público se animó a hacerle compañía a la estrella del establecimiento. Rubio, cabello medio largo y medio liso, tatuajes en los brazos. Sacha podría haberse abrazado a la humildad para decirse que era casualidad, pero ni la princesa dejaba nada al azar, ni él creía que reconocer los hechos simples y llanos pudiera colgarle la etiqueta de narcisista. Y el hecho simple y llano fue que lo recibió con una sonrisa trastocada por la lujuria al localizarlo a su lado. La vio alargar una mano para acariciarle la cara al tipo, que se mostró encantado.

Segundos después, entrelazaba los dedos con los de ella para conducirla al escenario donde una bailarina de pole había terminado de recoger las ganancias de la noche.

Sacha se fijó en su paseo hasta la plataforma, la atractiva cadencia de sus caderas. Calculó que habría ganado un par de kilos, definitivamente no lo suficiente para alcanzar el peso que tenía cuando aterrizó en Koh Phangan más de un año atrás. Se había maquillado las ojeras, pero los paréntesis que abrían surcos bajo los ojos no podían disimularse con base con color y se percibían hasta bajo las luces. Aun y con todo, estaba allí, ricamente vestida como siempre le

había gustado y también favorecido, mimetizándose en un ambiente que solía desatar al animal que llevaba dentro, y bebiéndose la atención masculina con esa incomprensible e intimidante tendencia suya a crecerse en situaciones que podían ser peligrosas.

No había que subestimar su temeridad.

Antes se ponía en riesgo porque estaba convencida de que nada podría hacerle daño.

Ahora sabía hasta qué punto la vida se podía poner en su contra.

¿Entonces? ¿Qué cojones hacía?

Qué mujer tan exasperante.

No se preguntó qué podría buscar en un club de alterne si su marido siempre había sido, en teoría, lo que más quería en el mundo entero. Sacha sabía mejor que nadie cómo era *malyshka*. Podía mirarlo a los ojos mientras lo montaba con una pasión endiablada, soltarle con un alarmante desahogo que se mataría si se le ocurría abandonarla, y después dedicarle los poemas de amor más desgarradores a otro hombre. En su a veces desconcertante pero innegablemente interesante imaginario, follarse al malo y querer al bueno no eran realidades incompatibles. Era lo normal.

Lo cual a ella la hacía rara de cojones, por otro lado.

Sus razonamientos se le habían antojado confusos al principio, y no podía decirse que leer determinados párrafos de sus diarios no le hubiera recordado de la manera más vergonzosa que aún tenía corazón. Pero, para su desgracia, los respetaba. Cómo no iba a respetar semejante osadía emocional cuando vivir como ella lo hacía habría sido su peor pesadilla.

Con ayuda del amable ofrecimiento de su acompañante, la agente subió al escenario. La luz de un foco cenital la bañó mientras acataba las órdenes del susodicho, que no fueron otras que dejarse hacer con un abandono no tan extraño en ella, pero sí perturbador. Era tan dominatriz como sumisa, siempre dependiendo de quien fuera su amante. Sin embargo, había algo en ella esa noche, un morbo exacerbado, que le hizo pensar que no pretendía disfrutar de una sesión sadomasoquista, sino de algo parecido y muy distinto a la vez.

Tortura pura y dura.

Ladeó la cabeza hacia la derecha, atraído por los comentarios que un tipo farfullaba por lo bajo. Tenía la boca hundida en la que sería su cuarta o quinta copa, porque miró a Sacha con los ojos vidriosos cuando este le preguntó probando un acento de Texas:

—¿Viene mucho por aquí?

—¿Yo? Todas las noches.

—Tú no. —Señaló el escenario con un gesto de cabeza—. Ella.

—Ah... Pues que yo sepa es la... ¿sexta? ¿Séptima vez? Se planta o muy pronto o muy tarde, escoge a un pavo, generalmente rubio, y le pide que le pegue. Es una tía rara, pero está buena, y a los locos que hay por la zona les encanta. Por eso el salón se suele llenar cuando viene.

«Le pide que le pegue».

Se pudo imaginar que el tipo no exageraba cuando, en cuestión de cinco minutos, la presunta tía rara estuvo atada de pies y manos como en una cruz de san Andrés. El vestido era tan corto que, si no hubiera sido por la mojigata sombra que el juego de luces había proyectado bajo la prenda, todo el mundo habría podido contemplar su ropa interior.

El BDSM tal y como Sacha lo conocía era morboso y fetichista. Glorificaba la humillación. Pero para glorificar la humillación había que ponerse en manos de un amo al que la sumisa pudiese confiarle su seguridad. Otorgándole a aquel desconocido el derecho de reducirla no estaba practicando ningún tipo de sadomasoquismo.

Estaba siendo maltratada.

La escena le recordó la noche temática en el casino de Shanghái, cuando tuvo que intervenir después de verla sufrir un ataque de pánico en pleno escenario. No era la misma situación, comprendió Sacha al ver que ella seguía con la mirada el premeditadamente lento paseo del amo, y lo hacía sin el respeto que había que tenerle a un hombre armado con un látigo de nueve colas.

Nunca la había visto tan desesperada por que comenzara el juego. Y aunque un fondo de preocupación ensombreció cada una de sus opiniones al respecto, Sacha se preguntó si, de un modo retorcido, exponerse a aquello no sería bueno para ella. La última vez que la vio perjuraba ser incapaz de acostarse con nadie que no fuera él. La aterraba poner un pie en la calle.

Había una indiscutible mejoría.

O a lo mejor solo se lo decía para apaciguar los males de la conciencia; para no tener que aceptar que había cometido un error devolviéndola a Washington.

El rubio se situó a su espalda y la atizó con el látigo en las nalgas. Ella abrió la boca para soltar un gemido entrecortado.

Sacha se puso en guardia. El fulano no tenía ni la menor idea de cómo se azotaba a una mujer para hacerle sentir placer y no exclusivamente dolor. Había que imprimir una fuerza determinada, y el segundo golpe que le propinó en uno de los brazos le causó rasguños que en su piel blanca parecían cometas rojos.

De fondo, como en un chiste interno, sonaba *Love Is a Bitch* de Two Feet.

«Ni que lo digas».

Un impulso superior a su autocontrol le instó a intervenir, pero se lo pensó mejor al fijarse en la expresión de éxtasis de la princesa. No era un éxtasis placentero, no podía serlo porque le estaba haciendo daño; le arrebató el aliento al azotarla entre los pechos y dejarle el torso manchado de la sangre del brazo que había teñido en el instrumento. Pero era mejor que el placer para ella. Era tan catártico que por un momento pensó que ni siquiera estaba sintiendo el dolor, porque enseguida la embargaba la clase de paz retorcida que podía hacerla sonreír aliviada.

—Zorra de mierda —gruñó el rubio, muy cerca de su oído.

Y ella asentía con los ojos anegados en lágrimas de ilusión, como si le estuviera declarando un anhelado «te quiero». El espectáculo era grotesco, pero, igual que un aparatoso accidente de tráfico, Sacha no podía apartar la vista, como si de esa manera pudiese protegerla. Al menos la estaba protegiendo de la crítica y de la morbidez, porque no se atrevió a juzgarla por haber hallado un modo de sentirse mejor, ni tampoco a desearla mientras se curaba. Dios sabía que él se había dejado consumir por aficiones considerablemente más violentas con tal de encontrar una pizca de sosiego.

Pero Sacha acabó comprendiendo que solo estaba poniéndole tiritas a una herida que se desangraba.

Consultó el reloj de nuevo. Le quedaba media hora para pagar un taxi e ir a ver a Agustín Ballesteros, el magnate mallorquín que había viajado a Washington por un asunto de negocios. Había puesto al corriente a Singapore de su intención de trasladarse a Estados Unidos para darle caza al noveno nombre de su lista.

El tailandés no había demorado en preguntar:

—¿Irás a ver a Ayane?

—¿Te refieres a si la invitaré a tomarnos un café?

—No te lo tomes a risa —le reprochó, furioso—. Necesito asegurarme de que está bien. Y tú igual, o no habrías esperado a que Ballesteros estuviera en la capital yanqui para ir a buscarlo.

—¿Por qué no? —había contraatacado por el placer de sacarlo de sus casillas—. Es menos arriesgado matar a un fulano cuando está de vacaciones que en su chalé costero con alarmas de seguridad.

—¿Que por qué no? —insistió Singapore, ignorando la segunda parte del mensaje—. Pues porque pasa los otros trescientos sesenta y cuatro días del año en España. Va cinco minutos a Washington y ahí te diriges tú como una flecha.

—Tengo la piel delicada y en su país de origen hace un sol abrasador —había zanjado.

Pero, para no variar, estaba en lo cierto. ¿Por qué no matar dos pájaros de un tiro si se le presentaba la ocasión? Ballesteros sería un objetivo fácil cuando le diera la noche libre a su escolta para tomar un baño relajante en el hotel Watergate, donde Sacha había decidido hospedarse también para no tener que pelear injustificadamente por el acceso con los gorilas de recepción. Ya garantizada la entrada, y con la excusa de servirle un delicioso champán de la casa en su disfraz de botones, le prestaría una visita en la suite presidencial.

Singapore le había dicho que no pasaría por botones ni si Ballesteros estuviera ciego de copas. Sacha tuvo que cerrarle el pico recordándole que los trabajadores de los hoteles de lujo acostumbraban a llevar un frac con cuello alto y guantes que, en el caso de tenerlos, cubrieran sus tatuajes de los *vor v zakone.*

Pero eso no sucedería hasta media hora después.

—Te doy cien dólares si interrumpes la función y la metes en un taxi —le dijo Sacha con el mismo acento texano del principio.

Era de la opinión de que diez azotes eran suficientes para canalizar cualquier frustración.

Más de eso era puro vicio, y a *malyshka* no le hacía falta acumular más pesadillas.

—Y te doy cien más —añadió después de mirarlo de arriba abajo. No era un tipo que le transmitiera confianza, pero porque ningún tipo le transmitía confianza cuando la encomienda consistía en tratar a una mujer en condiciones. Aun así... «En tiempos de guerra, todo agujero es trinchera»— si no la tocas ni la violentas por el camino. Aunque te lo pida —apostilló.

Mucho se temía que la bella no había cambiado en el aspecto de saber cuándo parar.

—Por doscientos pavos hasta te hago el pino, paisano —se rio el tío.

Se guardó los billetes en el bolsillo con una alegría burbujeante que irritó a Sacha.

Lo cogió por el cuello de la camiseta.

—Si le haces algo, me voy a enterar —le aseguró, mirándolo con fijeza—. Así que ten mucho cuidado.

Tener los ojos más transparentes que azules ayudaba a la hora de aterrorizar al personal cuando no podía utilizar los tatuajes. La gente se tragaba que estaba conectado con la magia del tercer ojo.

Lo soltó después de haberse cerciorado de que el horror desfiguraba su expresión. Con cuidado de no llamar la atención, se dirigió a la salida. Lanzó una última mirada por encima del hombro a lo que estaba sucediendo en el escenario: el fulano no había tardado en abrirse camino con el eje torcido para interrumpir la sesión con la excusa de que aquella era su mujer.

A Sacha se le escapó una sonrisa con lo ingenioso del pretexto, sonrisa que se ensanchó cuando la aludida arrugó el ceño.

—Pobre *malyshka* —murmuró él—. Siempre te arruino la diversión.

Abandonó el establecimiento con una mano en el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba sus posesiones más preciadas: el paquete de Belomorkanal, la navaja suiza que le regaló su padre después de explicarle la precisión con la que podía tallar madera y una bola de papel arrugado.

No cogió ninguna de las tres cosas en su tranquilo paseo de vuelta al hotel, sino el móvil.

Singapore descolgó al primer pitido.

—¿Cómo la has visto? —preguntó con una nota de histeria en la voz.

—Le doy un mes —anunció Sacha, mirando a un lado y al otro de la carretera antes de cruzar. Ir en contra del viento hizo ondear el abrigo—. Si no viene a arrestarme en ese período de tiempo, habrá que tomar medidas.

Capítulo 6

—¿No te sientas?

—Hoy me apetece estar de pie.

—¿Por alguna razón en especial?

Ayane le lanzó una mirada abúlica a Chambers, quien ocupaba su puesto de siempre con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla.

Sí que había una razón especial. La noche anterior se había dejado follar como un perro en un descampado abandonado. No le había pedido al desconocido que se detuviera ni cuando notó que sangraba. Tamaño salvajismo había dejado secuelas en su cuerpo. No ya desgarros internos que tuvo que poner en manos de especialistas, sino marcas de mordiscos en el cuello y los hombros y algunas heridas aún abiertas.

Por fortuna, había podido taparlas con prendas de invierno.

Las lesiones ni siquiera habían sido obra del tipo con el que tuvo la primera sesión de sexo de la jornada. En las últimas semanas había decidido doblar la apuesta pasando la noche con cuantos sujetos se le insinuaran, así sumaran siete. Había inaugurado la fiesta del día anterior flirteando con un asiduo jugador de futbolín en un tugurio de Logan Circle. Este le había lanzado una mirada prometedora y ella no había dudado en guiñarle un ojo en su paseo hacia los baños. Todavía notaba las manos pegajosas de haberlas apoyado en los azulejos grafiteados del servicio de caballeros, donde un mareante olor a orina había estado a punto de hacerla vomitar.

Hasta el momento, Ayane había procurado reservarse el retorcido relato de sus aventuras. No temía el juicio porque, de pronto, ya no le temía a nada, como no se cansaba de demostrarse poniéndose en las situaciones más violentas imaginables. Su silencio se había estado debiendo, más bien, al humilde deseo de sentir, incluso si se equivocaba, que aún podía guardar secretos; que su historia nunca pertenecería a nadie que no fuera ella misma.

—¿No me quieres contar nada hoy? —preguntó Chambers, aguardando con paciencia en la misma posición.

No le quitaba la vista de encima, como si fuera una criatura impredecible. Una curiosa forma de leerla cuando se mostraba particularmente huraña y llevaba las prendas menos reveladoras de los últimos tiempos: unos vaqueros de tiro alto, un jersey gris de cuello redondo y un fular monocromático bajo el que disimular los chupetones.

Su único delito era estar ignorando al psiquiatra en beneficio de las vistas a la avenida

Pensilvania.

No, no quería contarle nada. O, mejor dicho, no *necesitaba* contarle nada como sí lo había necesitado antaño, desesperada por que alguien la comprendiera. Empezaba a acostumbrarse a que ninguno de sus deseos se cumpliese, ni siquiera este último. Chambers jamás le había dicho lo que deseaba oír, y eso, sin que él se percatara, había abierto una brecha insalvable entre los dos. No era culpa del especialista, quien daba a entender que nunca había perdido de vista el propósito de la terapia. Era responsabilidad de Ayane, que se aferró a la equívoca idea de que era su aliado y amigo; de que tenía un apremiante deber para con él que consistía en nada menos que convencerlo de que erraba al señalar a Sacha como el enemigo.

El entretenimiento de las pasadas semanas la había curtido. No era tan estúpida como para pensar que el sexo desenfrenado había sanado sus heridas, pero las había abierto hasta tal punto que ya no se sentía la carne. Ya no sentía nada. Había dejado de compadecerse de sí misma y en su lugar se había creado un disfraz identitario con el que cubrirse para tratar de, si no quererse de nuevo, al menos admirar su resistencia al dolor.

Podía decirse que algo había cambiado dentro de ella.

—¿Piensas en él? —preguntó Chambers cuando el silencio se había vuelto denso.

Ayane no apartó la vista del ventanal.

—A veces. —Hizo una pausa—. De hecho, el otro día me dio la sensación de que me estaba siguiendo. Y luego, esa misma noche, un tipo prácticamente me arrastró fuera de un local al que fui a divertirme con una estúpida excusa. Cuando le pregunté qué creía que estaba haciendo, me dijo que un rubio con malas pulgas le había pagado para que me sacara de allí.

Gracias al reflejo de la ventana, pudo ver que el psiquiatra asentía con lentitud. No podría saberlo con absoluta certeza a no ser que se girara, pero le pareció que la sola posibilidad de que sufriera alucinaciones en las que aparecía Sacha le molestaba.

—¿Y pensaste que era él?

—Yo no lo describiría como una persona con malas pulgas —murmuró para sí, ida—, pero claro que pensé que era él. Cuando le pedí más datos, el tío se encogió de hombros y me dijo que tenía acento de Texas. Acento de Texas —repitió, apretando los labios.

—Entonces no podía ser él —resolvió Chambers con palpable tranquilidad—. ¿Por qué te empecinas en creer que volverá, Ayane?

—Ya no lo creo —reconoció con un hilo de voz.

—¿Lo dices para apaciguarme o de verdad lo piensas?

—De verdad lo pienso.

—Eso es un gran avance —le celebró el psiquiatra con una sonrisa.

A ella no le quedó otro remedio que convenir con Chambers cabeceando en su dirección. Pero tenía tan presente la impotencia que experimentó cuando el desconocido subrayó el acento

texano que a ratos temía que acabara cobrando forma, la de un abismo insondable, y la arrastrase hacia el fondo.

Por primera vez en mucho tiempo, había sentido una rabia ciega por habérsele ocurrido que Sacha iría en su busca. Lo que antes fue un clavo ardiendo al que aferrarse, una realidad ante la que solo tenía que esperar pacientemente —«tarde o temprano, regresará»—, se convirtió, a raíz del bochornoso incidente, en otro error garrafal motivado por la ingenuidad.

Un error por el que le tocaba seguir flagelándose.

—¿Has pensado en lo que te comenté sobre la terapia de sustitución sexual? —planteó Chambers al cabo de un rato.

Ayane se fijó en el reflejo de la ventana, en la mirada de arriba abajo que el psiquiatra le echó aprovechando que estaba de espaldas.

—No creo que sea necesaria —respondió tras un deliberado silencio—. Hace unas semanas me acosté con Jace.

Hubo una pausa prolongada, efecto de la perplejidad de Chambers.

—¿Y bien? —inquirió en tono neutro—. ¿Cómo te sentiste?

¿Qué esperaba que contestara? A decir verdad, el día siguiente fue un auténtico infierno. Jace se despertó con una resaca endemoniada que, sin embargo, no le impidió recordar los fragmentos de la velada nocturna que debían ser mencionados. Ayane tuvo que enfrentarse a su gesto entre soñoliento y turbado a las siete en punto de la mañana, cuando, siguiendo la costumbre, se levantó del sofá donde había pasado la madrugada para prepararse el café.

—Sobre lo de ayer... —había empezado él, frotándose un ojo con aire desvalido.

—Estábamos borrachos —tuvo que atajar Ayane, a sabiendas de que Jace no tendría el coraje de anunciar en voz alta que se arrepentía de haberse acostado con su propia mujer.

Pero delató sus sentimientos simplemente asintiendo, respirando hondo, recomponiéndose de nuevo. Ayane no tuvo que añadir la frase estrella en aquellos casos, la que tantas otras veces, mas no con su marido, había pronunciado: «No significó nada». Él dio por hecho que su acotación tenía esas connotaciones y apoyó las caderas en la encimera en tanto que el café se hacía.

Ayane sintió su mirada gris sondeándola, llena de dudas que, aun siendo legítimas, no se sentía en la potestad de exteriorizar. Pero ella sí, y eso hizo con la vista clavada en el té que se había concentrado en remover con energía.

—No tengo ni que decir que no somos exclusivos, ¿verdad?

Jace había vacilado un instante. Tardó en reunir el valor para inquirir, arrastrando las letras:

—¿Te estás acostando con otros hombres?

—¿Desde cuándo «los otros» son los que están fuera de este matrimonio? —había contraatacado ella, aun cuando él no había sonado ni remotamente juicioso; tan solo extrañado y,

hasta cierto punto, aliviado por lo que pudiera significar de cara a su recuperación. Enseguida reparó en que su reacción había sido injusta y se giró para mirarlo con determinación—. Estoy haciendo todo lo que me hace sentir mejor.

Jace le aguantó la mirada. De pronto se habían esfumado los rastros de sueño y de cansancio. Estaba más vivo y despierto que nunca, y decidido a soportar la carga de su advertencia implícita: que quizá él no estaría de acuerdo con sus procedimientos.

Tuvo que ver en Ayane esa seguridad que ambos echaban de menos, porque asintió.

—Haz lo que creas que necesitas para ser feliz —concluyó al cabo de unos segundos.

Había demostrado una vez más ser digno del honor que le concedió años atrás, cuando renunció al estilo de vida que la estimulaba para quedarse en casa con él. Si no podía tener su amor, era comprensión y no censura cuanto quería viniendo de Jace. Y, aun así, se acordaba de cómo ambos hicieron la vista gorda para no responsabilizarse de lo que se dijeron durante la discusión, y ardía de rabia.

Gracias al cielo que abrir los ojos en lo que a Sacha respectaba la noche del club la había ayudado a desentenderse, aunque fuera vagamente, de su matrimonio. Ni siquiera un corazón como el suyo, estirado más allá de sus posibilidades, podía afrontar al mismo tiempo dos de sus penas más grandes.

Ayane volvió en sí misma y se giró hacia Chambers, que había estado esperando una respuesta firme a su pregunta.

Que cómo se había sentido en la cama con Jace, decía.

Inspiró hondo y mantuvo el aire entre los pulmones.

Había llegado la hora de la verdad. La hora de ponerse en marcha.

—No mucho mejor que con los demás —replicó con voz queda.

Chambers se echó hacia delante en el asiento para modificar la postura, de pronto incómodo. Un rastro de temor se filtró en su voz al preguntar:

—¿Quiénes son «los demás»?

—No lo sé. —Entrecerró los ojos para seguir con la mirada a una brillante limusina que en ese momento cruzaba la avenida. ¿Iría allí el presidente? ¿Algún diplomático?—. Nunca les pregunto su nombre.

El psiquiatra tomó aire muy despacio.

—¿Has estado teniendo relaciones sexuales con desconocidos, Ayane? ¿En qué contexto?

—Depende del día. —Encogió un hombro—. A veces solo me escapo a un bar de motoristas y espero a que alguien se me insinúe para acompañarlo al baño, o a la calle, o a su coche. Otras, voy a un club BDSM que hay en el corazón de la ciudad y pruebo algo más... radical. Suelo pasearme por Logan Circle, haciéndome pasar por una prostituta, y pedir de cinco a veinte

dólares por un polvo. Cuanto menos, mejor, pero me siento de maravilla con mis billetes en la mano. Luego le doy el dinero a un vagabundo, o me tomo un café y un trozo de tarta en algún local cercano... —murmuró con la mirada perdida—. Una vez me lo gasté en un regalo para Jace. Fue una tontería. Vi un vinilo de segunda mano en una tienda que daba la casualidad de que estaba abierta a esas horas. Le gusta mucho Johnny Cash. Yo no lo entiendo, la verdad. El country me aburre. Pero conociendo su tendencia a la nostalgia, no debería extrañarme su pasión por los antiguos. El caso es que se puso muy contento —concluyó, más animada de recordar cuando se lo entregó.

—¿Crees que le pondría contento saber de dónde sacaste el dinero? —jadeó, anonadado.

—Me pone contenta a mí, porque saco algo bueno de dejarme pegar —declaró a la defensiva —, y eso es lo importante. De todos modos, dijo que respetaría mis decisiones siempre y cuando mi motivación fuera sentirme mejor. No es como si fuera a contárselo con pelos y señales, aun así. Se sentiría culpable al darse cuenta de que se la suda lo que haga o deje de hacer, y no quiero que se flagele ni un minuto más.

Volvió a encogerse de hombros, esta vez para disimular el dolor de una puñalada trapera.

Chambers trataba de disimular su espanto, pero era en vano. Por primera vez desde el comienzo de sus sesiones, había permitido que el horror asomara a sus ojos claros.

—¿De qué frecuencia estamos hablando?

—Lo hago casi todas las noches. —Solo por adornar la afirmación, nunca para justificarse, dijo—: Me siento liberada.

—No me cabe la menor duda, Ayane —replicó con fría severidad—. Estás reproduciendo situaciones muy similares a las que viviste en Bangkok, solo que esta vez bajo la engañosa sensación de que tienes la sartén por el mango.

Ayane vio en su semblante una emoción sombría que colindaba con la impotencia. Atraída por el hecho de que se hubiera permitido bajar la guardia y expresar su opinión personal, aunque no verbalmente, respecto a lo que hacía con su tiempo ocioso, se apartó de la ventana para acercarse a él.

Arrastró la silla en su dirección y se sentó con las manos sobre las rodillas.

—¿Sabes? El otro día conocí a un tatuador —empezó a contarle en tono íntimo—. Me llevó a su estudio, que a esas horas de la madrugada estaba vacío, y follamos en la camilla. Él pensaba que era puta, y como no llevaba nada encima para pagarme, me ofreció un tatuaje en lugar de dinero. Te sorprendería la cantidad de hombres totalmente normales que buscan este tipo de servicios, Ben. Es algo que me sorprendía en Bangkok. Casados, solteros, guapos, feos, tímidos, extrovertidos, buenos y malos... Fetichistas y aburridos. A diferencia de lo que yo pensaba, no existe un patrón entre los consumidores de prostitución. Diría que ni siquiera predomina el arquetipo de baboso repugnante que necesita pagar si quiere meterla en caliente. El caso es,

perdona por haberme ido por las ramas, que acepté la oferta. —Se levantó del asiento para bajarse el borde del pantalón de tiro alto y le enseñó las letras caligráficas, todavía en proceso de curación, que ocupaban cinco centímetros de su bajo vientre. «*Belle de jour*[8]», rezaba el texto —. ¿Sabes por qué he elegido estas tres palabras?

Chambers tardó en encontrar la voz, ruborizado por su atrevimiento.

—¿Por la... película de Luis Buñuel?

Una sonrisa de ilusión pueril porque conociera la referencia iluminó su rostro.

—Ajá. ¿Recuerdas el argumento? El personaje de Catherine Deneuve, una esposa complaciente y hasta cierto punto mojigata, fantasea a menudo y en secreto con que su marido y otros hombres la amordazan, le pegan y la humillan. Un día no puede soportar más estos deseos y empieza a trabajar de puta en un piso del corazón de París. ¿Sabes cómo se hace llamar para proteger su verdadera identidad?

—*Belle de jour* —murmuró Chambers, que no había apartado la vista de los trazos sinuosos de las letras.

—Exacto. —Estaba tan orgullosa de los conocimientos del psiquiatra que le reconoció el mérito con un cabeceo entusiasta—. *Belle de jour*.

—¿Qué... crees que tienes en común con ese personaje? —atinó a preguntar con dificultad, todavía sin haberse recuperado de su provocación.

—Creo que lo tengo todo en común. La preciosa cara de Catherine no, claro está, pero algo que me suelen decir es que con los hoyuelos y la piel clara parezco un ángel. —Apoyó las manos en los reposabrazos del asiento del psiquiatra y se inclinó hasta que se le abrió el escote del holgado jersey. No llevaba sujetador—. Dios tiene un retorcido sentido del humor, ¿no te parece? ¿Por qué utilizarme a mí, a mi físico, para reírse con bromas internas? O para sus castigos divinos, quién sabe. Esta apariencia de niña buena puede ser un cebo para los hombres perversos, que, en su ceguera voluntaria, ni siquiera se imaginan por dónde les puedo salir. Para cuando Dios les hace pagar por sus pecados a través de mí, ya es demasiado tarde.

Chambers tragó saliva. Se humedeció los labios antes de levantar la vista hacia ella.

—No estás castigando a nadie más que a ti misma, Ayane. No eres la herramienta vengadora de Dios; eres una víctima de sus diabluras.

Ella fue sonriendo lentamente a un palmo de la cara del especialista, todavía inclinada en su dirección.

—¿Se te ha puesto dura? —Ladeó la cabeza, como atraída por su dulce timidez, y agachó la mirada para confirmar que luchaba por apretar la erección entre las piernas cruzadas—. ¿Qué te ha puesto cachondo, Ben? ¿Mis aventuras? ¿El tatuaje? Si te digo la verdad, me dolió bastante, y el proceso de curarlo es de lo más engorroso. Tengo que echarme esta crema tres veces al día. —

Sacó del bolsillo trasero del pantalón un bote alargado de pomada protectora y la agitó delante de su cara—. A mí me da mucha dentera tocarme el tatuaje con los dedos, sobre todo ahora que está despellejado. ¿Crees que me podrías ayudar? Por favor —le rogó con un puchero.

Chambers vaciló antes de alargar la mano hacia el envase de plástico. Buscó la mirada de Ayane, a caballo entre la conmoción y un morbo indiscreto. Ante el insistente asentimiento de ella, el psiquiatra lo tomó por fin y desenroscó el tapón para servirse un generoso pegote entre los dedos índice y corazón.

Ayane se enderezó con una sonrisa satisfecha y se desabrochó los vaqueros para facilitarle la tarea.

—¿Para qué quedarme aquí? —meditó hacia nadie en particular. Después de bajar la cremallera, dejando a la vista el sexo sin ropa interior que lo protegiera del roce del pantalón, introdujo los pulgares en la prenda y se quedó desnuda de cintura para abajo—. Así mucho mejor.

Dio un paso adelante para que él no tuviese que estirar el brazo.

Estaba absolutamente impresionado por el giro de la sesión, pero no había un ápice de turbación en su semblante. Tan concentrado que parecía que fuera a aplicar las últimas pinceladas a un cuadro ambicioso, esparció la pomada delineando los trazos de tinta negra.

Ayane se fijó en su cara congestionada por un deseo culpable y se acordó de aquella noche más de cinco años atrás en la que se acostaron. Aunque entonces estaba demasiado borracha para recordar los detalles, ver ahora que se ruborizaba cuando estaba excitado le sirvió para rememorar fragmentos de aquel primer y último polvo.

—¿No eres un encanto? —susurró ella en cuanto terminó. Le acarició la barbilla con las puntas de los dedos, un gesto condescendiente que le hizo cerrar los ojos y contener un suspiro —. Déjame agradecerte el favor.

Guio las manos al cinturón que ajustaba los pantalones en su estrecha cintura.

El psiquiatra no era desagradable a la vista. Rubio de nacimiento, delgado pero con un cuerpo bien proporcionado. Lo más destacable era ese aire cándido con el que camuflaba una inteligencia superior de la que se servía para conducir las conversaciones por donde le convenía. A primera vista parecía vergonzoso. Y lo era. Pero su vergüenza no nacía de la timidez, sino de la prudencia, de un gran sentido del ridículo y de la plena conciencia de que sus deseos eran reprobables.

—Ayane... —balbuceó él.

Pero no empleó un tono de alarma. Nada en su lenguaje corporal daba a entender que estuviera en contra de que ella se agachara, prodigando una caricia tentadora a sus muslos enfundados en un pantalón de pana, y clavara las rodillas a las puertas de sus piernas separadas.

Ayane lo miró desde su posición con fingida inocencia.

—Estábamos barajando lo de la terapia sexual, ¿te acuerdas? Y apuesto por que después de lo que te he contado, más razones tienes para tomar ese camino. No creo que este sea un mal comienzo. Tú nunca me harías daño, ¿a que no? —añadió seriamente, mirándolo a los ojos con aire desvalido.

Chambers sacudió la cabeza enseguida, erguido con la suficiencia de un hombre de honor.

—Jamás.

Ayane le dedicó una sonrisa adorable.

—Por supuesto que no. Nadie me entiende como tú, Ben.

Rodeó su miembro con la mano y, sin dejar de mirarlo con la combinación perfecta de intención sexual y agradecimiento angelical, se inclinó para prodigar una lenta lamida a la cabeza rosada.

Chambers siseó y se reclinó hacia atrás con los dedos rígidos a cada lado del cuerpo, como si no supiera si atraerla, apartarla o simplemente dejarse ir. Acabó decantándose por la primera opción. Ayane notó que la agarraba por la melena y la empujaba con impaciencia en su dirección, llenándole así la boca. Ella confirmó con un vistazo rápido que los ojos del psiquiatra estaban nublados por el deseo y se empujó la erección al fondo de la garganta. Tomó la intensidad de sus balbuceos como indicaciones para saber con qué intensidad y a qué velocidad succionar.

Cuando una arcada le contraía los músculos, se retiraba lo suficiente para salivar sobre el miembro venoso y lo acariciaba con la mano para lubricarlo. Luego se lanzaba de nuevo a chupar, ahuecando las mejillas para que notara su succión más apretada, y lo contenía entre las paredes de la boca un segundo, conservando así el calor húmedo.

Alzó la mirada por curiosidad y se topó con que se había ruborizado y había empezado a sudar. Sus ansias por alcanzar la liberación eran tales que levantó las caderas para presionarla a alojarlo hasta el fondo, interrumpiéndole la respiración y casi ahogándola. Pero Ayane resistió y se quedó en el sitio, sujetando las muñecas de las manos con las que Chambers la agarraba de la cabeza para que aguantara las náuseas.

Cuando por fin la soltó, ella se retiró para coger una gran bocanada de aire, dejando un rastro de saliva espesa en su longitud. Hiperventilando, Ayane se fijó en la tensión de la polla preparada para explotar, y recorrió el relieve veteado de las venas con la punta del dedo antes de, apoyándose en sus muslos, incorporarse lo justo para sentarse a horcajadas sobre él.

El aturdimiento de Chambers apenas duró un instante; lo que tardó en hacerse a la idea de que ella pretendía montarlo. No preguntó por los preservativos ni hizo el menor amago de detenerla: esperó con el aliento suspendido a que Ayane echara el peso sobre sus hombros para dejarse caer de golpe sobre la erección.

El psiquiatra reprimió un gruñido mordiéndose el labio y acalló el de la agente cubriéndole la

boca con la mano. Ayane buscó la mirada de Chambers, la de ella hasta cierto punto sonriente, incluso regocijándose en su perversidad, y enarcó una ceja para demostrarle que podía moverse de un modo demasiado tentador como para aguantar los gemidos.

—Joder —gruñó él entre dientes. Se agarró a sus nalgas y hundió los dedos en la carne—. Llevo tanto tiempo deseando esto...

Ella apartó su mano por la muñeca y la guio a uno de sus pechos por debajo del jersey.

—¿Desde la primera vez? —inquirió en tono juguetón, inclinada sobre él.

—Y desde... antes... Dios.

El psiquiatra cerró los ojos y se entregó al glorioso movimiento de sus caderas. Ayane lo sentía a punto de correrse. Sospechaba que, si no lo tomaba con calma, llegaría al clímax demasiado rápido y ella se quedaría sin orgasmo. Y aunque esto la tentaba para castigarse una vez más por su libertinaje, su nefasto autocontrol, seguía tan dolida por lo ocurrido la noche del club BDSM, por el involuntario desdén de Jace, que no soportaría que alguien le arrebatara uno de sus escasos instantes de satisfacción.

Más que intentar proporcionarle placer a través de las caricias, Chambers moldeaba el cuerpo femenino con apremiantes manoseos, como si le hubieran dado diez segundos para saciar su curiosidad por la anatomía de las mujeres. Un momento lo sentía rodeando sus caderas, al otro apretándole las nalgas o los pechos por debajo de la prenda, y al siguiente paseando una palma por la llanura de su vientre, palma sudorosa por el morbo de la situación. Intentaba acallar los gemidos de Ayane chistando y poniéndose un dedo en los labios, entreabiertos para descargar el placer con jadeos que él trataba de moderar por respeto a la planta de especialistas. Fue en vano, porque al cabo de unos segundos de frenética cabalgada, Chambers le clavó los dedos en la espalda y echó la cabeza hacia atrás, poseído por la arrolladora fuerza de un orgasmo que había dejado a Ayane sin el suyo.

Ella siguió sacudiendo las caderas con un movimiento oscilante, pero, por más que lo intentó, no alcanzó la liberación y tuvo que apartarse del miembro desinflado.

Le dio la espalda a Chambers para vestirse mientras le oía balbucear en tono culpable. No le prestó atención. Tenía la mente nublada, pero supuso que la estaría instando a arreglarse lo más rápido posible, a guardar silencio sobre lo acontecido, o quizá invitándola a repetirlo fuera de consulta.

¿Quién sabía?

A Ayane no le importaba.

Cuando ya estaba presentable para escabullirse al baño y limpiarse, se giró hacia el psiquiatra, que se había puesto de pie y la miraba todavía sudoroso y sobreexcitado.

—Ayane —le dijo entrecortadamente—, yo...

—No te preocupes. —Le guiñó un ojo—. Será nuestro secreto.

Él no se cortó lanzándole una ansiosa mirada de arriba abajo. Se mordió el labio al detener la vista a la altura del tatuaje, ya cubierto por las prendas. Trató de relajar la agradable tensión instalada en su cuerpo con un hondo suspiro. Parecía que fuera a decir algo, pero Ayane se limitó a coger su bolso y el resto de sus pertenencias, que solía dejar sobre el escritorio, y se despidió del psiquiatra con una sonrisa sugerente.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, el gesto amable desapareció de su rostro. Con una expresión mucho más adecuada considerando que acababa de concluir una sesión terapéutica, una que sabía que seguía y seguiría siendo cuestionada hasta que se reincorporara al cuerpo, emprendió el camino hacia el ascensor.

Notaba un vacío en el pecho, un frío gélido ahí donde debería haber seguido caliente por el encuentro sexual, síntomas que solían preceder a un ataque de pánico o bien a las lágrimas que había olvidado cómo derramar. Si de algo le había servido la sesión, era para verbalizar lo que se había estado temiendo desde su regreso a Washington.

Sacha no iba a volver.

Llevaba varias sesiones acariciando la terrible posibilidad, tratando de apartarla para que no la consumiera la tristeza y la indignación de tener que aceptar que nunca había sido importante para él. No más que cualquier otra pieza de su tablero. Pero después de haberse sentido tan humillada a la salida del club BDSM por seguir pensando que Sacha estaba detrás de todos los gestos de generosidad, por seguir pensando que él continuaba presente en el cuerpo de los hombres que la mancillaban a petición suya, por seguir pensando que estaba en los buenos recuerdos y la belleza de las cosas, había abierto los ojos.

No, no iba a volver.

¿Y acaso eso era una mala noticia...? A lo mejor al día siguiente, cuando por fin hubiera rumiado los males causados por aquella siniestra criatura, dejara de serlo. Quizá, muy pronto, pudiera pensar en Sacha como un torturador, una pesadilla encarnada.

Pero aún no era así.

En ese momento, el hecho de que no fuera a volver se presentaba como un castigo divino.

Para cuando entró en el ascensor, ese ascensor que había sido testigo del romance entre su marido y ella, de sus acaloradas discusiones con compañeros sobre otras misiones que había logrado abordar con éxito, la pena rabiosa que acompaña el nombre de Sacha había alcanzado tal intensidad que se le saltaron las lágrimas.

Le había arruinado la vida para nada, pensaba. Había jugado con sus principios hasta ponerlos de su parte cuando ella siempre había defendido las máximas del FBI, también para nada. La había empujado a cuestionarse si amaba a su marido de tal manera que ya no podía siquiera estar

con él en la misma habitación; no sin sentir el ahogo de la culpabilidad. Para nada. Se lo había arrebatado todo, dejándola desnuda y sin tablas, para luego arrojarla a los lobos en un estado de vulnerabilidad y desamparo que no recordaba haber experimentado nunca.

Para nada.

Lo había hecho, en todo caso, para olvidarla sin más.

Como si nunca hubiese existido.

Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando Ayane rompió a llorar por fin, efecto de un complot de sus contradictorias emociones. No sabía si estaba más furiosa de lo que estaba decepcionada o si lo que predominaba era el dolor de la traición, de que hubiese sido capaz de insinuar que la quería, de regalarle algo a lo que aferrarse para pensar que no todo lo sucedido en el último año había contribuido a su desdicha, para acto seguido robárselo como mejor se le daba: guardando un silencio atronador en el que se refugiaban la mayor crueldad.

Porque su silencio hablaba con meridiana claridad.

No la quería.

Solo había sido un agujero para él.

Hasta que ella tomara las riendas de la situación, se dijo.

Entonces sería su peor pesadilla.

Se había rendido a un llanto desesperado cuando un hombre se coló en el ascensor antes de que las hojas se cerrasen. En semejante estado de enajenación, a Ayane le preocupó más bien poco que el director del FBI le lanzara una mirada recelosa antes de apoyar la espalda contra el espejo del fondo.

Se habían reunido alguna que otra vez desde su llegada a Washington, pero Christopher Wray se había limitado a indicarle que Ben Chambers sería su psiquiatra y que en función de los informes mensuales que este entregara acerca de su estado mental, la requerirían en la sala de interrogatorios o pospondrían una vez más su testimonio.

Aunque el director no medió palabra, quizá por respeto hacia su desahogo, quizá porque no sabía qué decir para consolar a una mujer destrozada, Ayane percibió su juicio. Le constaba por palabra de Jace que estaba esperando que se dignara a compartir su experiencia en manos de la trata, y que cada segundo que pasaba sin abrir la boca era un segundo que la acercaba más a la lista de sospechosos.

Ayane se había cansado de ser una víctima. Carecía de sentido que se aferrara a esta consideración cuando, a diferencia de lo que Sacha pensaba, sí había recabado suficiente información para que el FBI supiera por dónde empezar a buscar y lo que era más prioritario: a quiénes.

Cuadró los hombros con una profunda inspiración. Consciente de que era en buena parte el

despecho lo que la impulsaba a actuar, dijo en voz alta:

—Estoy preparada para hablar.

«Si no vuelves tú», pensó con amargura, «seré yo quien te haga volver».

Capítulo 7

Ayane acudió al día siguiente a las oficinas del FBI con renovada determinación.

No había avisado a Jace de su confesión. Aunque habían decidido llevar una convivencia razonablemente estable por el bien de ambos, algo se rompió dentro de ella la noche de su cumpleaños y terminó de desconectarse de él para sobrevivir al dolor del corazón roto. Y es que haber reunido las fuerzas necesarias para hablar sobre Sacha había empeorado la relación de Ayane con el resto del mundo, incluida ella misma.

Ya no era una mujer sufrida, una mujer temeraria, una mujer víctima.

Era una mujer con un objetivo.

Comprendía ahora lo que él le dijo una vez hacía tiempo: lo que le convertía en un hombre invulnerable era tener una razón para hacer lo que hacía. Desconocía cuál sería la suya, pero la de Ayane motivaría sus pasos. Por fin sentía que podía enfocar sus acciones hacia la consecución de un éxito, que su vida no tenía por qué ser una sucesión de días plagados de tareas cotidianas, ensombrecidos por pensamientos intrusivos y empeorados por actos autodestructivos. No entraba en el debate de si su objetivo era o no era heroico o siquiera legítimo. Lo único que le importaba y que incluso la enorgullecía era que la furiosa decepción hacia Sacha hubiera avivado un deseo de supervivencia necesario para ponerse en marcha.

Y por Dios que iba a ponerse en marcha.

Hacía tiempo desde que comenzó a disponerlo todo para que el resultado cumpliese sus expectativas. Semejante precisión había sido fruto de horas de planificación que le escamoteó al sueño y a las actividades sexuales. Pero no había echado de menos el descanso o el desahogo físico. Se había sentido tan viva de pronto, en posesión de una verdad que nadie más podría conocer si no era a través de un generoso acto de confesión que bien podía elegir no llevar a cabo, que había preferido disfrutar de ese nuevo poder, regocijarse en él, en lugar de dormirse.

Sus planes habían empezado antes de acomodarse en la sala de interrogatorios. Antes incluso de escoger un atuendo sencillo y confiable que la hiciera ver como un sujeto vulnerable ante los agentes. Ni siquiera pensó en cómo la hacía sentir que quienes antaño fueron sus compañeros se sentaran ante ella para sonsacarle información como a una vulgar criminal, o que Jace estuviera observando al otro lado del falso cristal de la habitación, presencia de la que Wray la había advertido.

Solo pensaba en vengarse del silencio de Sacha haciendo lo contrario que él.

Hablar. Contarlo todo.

Pero no iba a gastar el último cartucho ante dos agentes menores. Ni enajenada por la contemplación de las represalias cometería ese error.

Respondió con relativa sinceridad a las preguntas que le hicieron. Corroboró que los mandamases de Fuego y Sangre estaban vinculados con la red de trata. Relacionó las abducciones de las ciudadanas estadounidenses con la fiesta de la Luna Llena, recordando que Singapore se había llevado a su última víctima de allí. Y, cuando llegó el momento de señalar un espacio geográfico para enviar un operativo, desvió la atención de Shanghái a México, donde gracias a conversaciones con Singapore y a la lengua larga de Mekhong le constaba que enviaban a las mujeres caucásicas.

No consiguieron alterar su prioridad con el interrogatorio: no mencionar a Black Russian ni por casualidad. Omitir la capital china como lugar de interés.

Al cabo de unos minutos, el agente Ryder interrumpió la conversación con gesto adusto y una tensión imposible en el cuerpo. Era el agente Ryder y no Jace porque sabía cambiar de registro en cuanto cruzaba las puertas del edificio J. Edgar Hoover. Y, aun así, pareció simple y llanamente un hombre preocupado por una víctima cuando relevó a la pareja de agentes para retomar las preguntas.

Ayane procuró no exteriorizar su incomodidad.

Jace destacaba en operaciones que conllevaban la acción física, no así en un tercer grado a puerta cerrada. Pero temió que su propia experiencia en Fuego y Sangre le hubiera curtido hasta el punto de plantear dudas particularmente concretas; de esas de las que sería difícil salir del paso echando mano de la ambigüedad.

No solo le inquietó el cambio de agente porque supusiera un imprevisto que no había valorado. Odió que Wray le utilizara a sabiendas de que a él le costaría más mentirle. Tener que lidiar con un hombre inocente al que quería y que siempre se había comprometido con la verdad cuando su propósito no era, o no del todo, ayudar al FBI, la hizo vacilar en más de una ocasión.

Como cuando planteó la primera pregunta, directa al grano.

—¿Quién es el traficante involucrado con Fuego y Sangre, si no es Califa o Black Russian?

Ayane tuvo que fingir buscar la respuesta en el techo para no cargar también con la culpa de haberle mentido a la cara.

—No lo sé con exactitud —contestó, y arrancó a distraerlo con un circunloquio mareante, pero no por ello exento de sentido o de información relevante.

Él volvió a sacar su nombre, y esta vez no pudo fingir que le era indiferente.

—¿Quiénes dan las órdenes en Fuego y Sangre aparte de Califa y Black Russian? ¿Hay alguien más en la organización?

Notó que el vello se le ponía de punta. Agradeció que el agente no se percatara, concentrado como estaba en sus microexpresiones.

Ayane procuró dirigir en todo momento las culpas a los personajes de Arak y Mekhong, quienes de todos modos eran los jefes de la operación, y subrayó de nuevo el importante papel que desempeñaba México en la red de trata.

Pensaba que estaba saliendo airosa de la entrevista, pero Jace le dedicó una mirada larga y cargada de injustas acusaciones que nunca se habría atrevido a hacer sin indicaciones de Wray.

—Fuiste entrenada para sobrevivir a situaciones de alto riesgo, y lo has hecho. Te encontramos intacta, sin signos de violencia. ¿Por qué no conseguiste escapar, cuando es obvio que los traficantes te tomaban por un activo importante?

—Precisamente porque uno de los cabecillas estaba obsesionado conmigo, me era imposible pasar más de cinco minutos sola. —Hizo una pausa para amagar una sonrisa fría—. No podía escabullirme a un restaurante y solicitar una llamada, si es lo que me estás recriminando.

Pero sabía que no se lo recriminaba. Era ella la que se había reprochado en infinidad de ocasiones su falta de valentía no ya para huir, pues sabía lo que la esperaba si la encontraban, sino para acabar con su vida antes de convertirse en alguien de quien jamás podría estar orgullosa.

El interrogatorio de Jace estaba empezando a hacerla flaquear. Pero, lejos de odiar al agente por su excelente trabajo, esta vulnerabilidad solo sirvió para que siguiera alimentando el desprecio hacia Sacha.

Era quien la había puesto en esa situación.

—Yo no te recrimino nada. Solo quiero saber —replicó Jace, dolido por la insinuación—. Dime el nombre del cabecilla.

—Nunca lo averigüé —mintió, frotándose un antebrazo.

Se le había vuelto a poner la piel de gallina, y, en esta ocasión, él lo percibió.

Jace cuestionó su sinceridad levantando una ceja.

Aunque ejercer el rol de poli malo era un deber y no un deseo, Ayane sufrió porque se le diera de maravilla acorralarla. Pensó que eso solo podía indicar que una parte de él lo había estado deseando.

—¿No? ¿Pasaste un año entre sus garras y jamás oíste cómo alguien lo llamaba?

—No. Alguna que otra vez me pareció que se referían a él como «El Kaev» o «Al Kaev» —improvisó una mentira. Debía darle algo con lo que trabajar o seguiría interrogándola, cada vez más impaciente, hasta dar su brazo a torcer—, pero dudo bastante que ese fuera su nombre real.

Jace esperó antes de hacer su siguiente pregunta echándose hacia atrás en la silla.

—¿Por qué no lo mataste? Apuesto la vida a que estaban rodeados de armas, y tú has sido entrenada para defenderte en los casos extremos.

El semblante de Ayane adquirió un tinte sombrío.

«¿De verdad quieres volver?», recordó que le había preguntado Sacha. «¿A qué?».

—Saben qué decirte y cómo tratarte para que no sientas el menor deseo de devolver el golpe; para que incluso regresar a tu vida anterior se convierta en tu peor pesadilla.

Jace dio muestras de no comprender lo que decía, como si se hubiese expresado en otro idioma. Detectó un fondo de perplejidad inaudita al inquirir:

—¿Por qué no desearías volver a tu vida anterior?

—La mayoría de las víctimas de trata son mujeres jóvenes de un estrato social muy bajo a las que invitan a un país con el pretexto de darles un trabajo honrado. Una vez llegan, el proxeneta les retira el pasaporte y el resto de la documentación, las incomunican y las maltratan física y psicológicamente hasta que llegan a la conclusión de que no merecen nada mejor que lo que tienen; de que son una basura humana. Después de verse obligadas a entregar su cuerpo una y otra vez cada noche, y a clientes a cada cuál más cruel, empiezan a preferir que el marido o el padre que dejaron atrás piense que los abandonaron por una vida de ensueño antes que escapar y describirles las vejaciones que han sufrido.

»La humillación transforma al ser humano, y, cuando no, lo incapacita —prosiguió, sosteniendo su mirada en todo momento—. Eso por no mencionar el miedo a las represalias. Sabiendo como todas sabíamos que los proxenetas y sus jefes tenían contactos a lo largo y ancho de la ciudad, además de teléfonos pinchados, localizadores y experiencia lidiando con mujeres desesperadas, teníamos que callar y obedecer si queríamos conservar nuestra vida.

—¿Eso es lo que hiciste tú? ¿Callar y obedecer?

Ayane abrió la boca para confirmarlo.

Una parte de ella ardía en deseos de decirle la verdad por una razón tan egoísta que cruzaba los límites de la malicia: para hacerle sentir culpable por haber dejado de quererla. Pero la otra necesitaba protegerlo de la verdad, sobre todo al contemplar en su semblante el fino hilo del que pendía su cordura.

Haber salido en pos de ella para recuperarla ya habría puesto en jaque su estado mental. No podía ser también Ayane quien asestara el golpe de gracia corroborando sus pesquisas.

Al final, era necesario de cara a sus objetivos que Jace se borrara del mapa, no que siguiera persiguiéndola por todo Washington.

Menos aún espoleado por los remordimientos.

—Me considero afortunada porque nunca llegué a trabajar en las calles o los prostíbulos —mintió, y quiso pensar que la voz no le tembló porque lo había hecho por generosidad—. Desde el primer momento fui elegida para ejercer como acompañante de lujo y no desempeñé el rol más que en un par de ocasiones. El mandamás estaba tan obcecado en tenerme solo para él que no me dejaba salir de su habitación de hotel —vaciló adrede esperando que no pidiera más detalles—.

O lo que creo que era una habitación de hotel.

—¿Qué hotel?

—Nunca lo he sabido, pero podría dibujar lo que veía desde los ventanales. También podría ayudar a dibujar al que me tuvo recluida —añadió, planteándose vender a Singapore. Se acordaba no tan a menudo como le gustaría de la depresión que le comía vivo. ¿No sería mejor para él que lo delatara?, ¿que lo salvara de la trata, aunque la alternativa fuese la cárcel? Sacha no permitiría que se pudriera allí, además. El tailandés le importaba y haría lo que fuese para protegerlo—. Incluso a El Diablo, al que vi en una videollamada —apostilló.

Al menos eso no era mentira. Recordaba haber pillado a Singapore comunicándose con el jefe sadomasoquista por cuestiones de negocios con la droga, y no era un tipo del que uno pudiera olvidarse con facilidad.

Era importante negociar con la información, incluso si el que interrogaba no era consciente de que había una negociación, para que no interpretaran su absoluta ignorancia como una forma de rebeldía.

Al final, Ayane no quería poner trabas en las futuras misiones del FBI. No le importaba si apresaban a Arak, a Mekhong, a El Diablo. Lo que le importaba era que no supieran de la relevancia de Sacha, de modo que ella dispusiera de tiempo suficiente para poner sus asuntos en orden y ser quien le diera caza.

Era lo justo, pensaba en su delirio vengativo.

—¿Por qué no has hablado antes con nosotros? —retomó Jace transcurrido un buen rato.

Ayane lo miró a los ojos.

—Porque tenía miedo.

Y no mentía.

Había tenido miedo de que le hicieran daño a Sacha. Había tenido miedo de que Sacha descubriera que le había traicionado y hubiese vuelto solo para echárselo en cara, estableciendo a la vez que nunca la respetaría por haber burlado sus códigos de honor, y ni mucho menos se la llevaría consigo de vuelta. Había tenido miedo de que Jace se enterase de que su corazón había expulsado como un veneno esa promesa del amor matrimonial que siempre la había forzado a serle fiel y adaptarse a sus ideas tradicionales, para así abrirle espacio a otro amor diferente e igual de enfermizo, solo que etiquetado bajo el nombre de un hombre distinto. Había tenido miedo de dar de qué hablar a los agentes que llevaban años cruzando los dedos para verla caer, de que supieran que era una víctima.

Mientras cupiera la duda, mientras hubiese alguien pensando que Ayane era la traidora y no la traicionada, ella podría creerlo asimismo y respirar en paz.

Pero había estado equivocada desde el principio.

Sacha nunca la había querido. La maniató en un avión de rehenes con un pretexto absurdo que ella se creyó a ciegas, atrapada como estaba en una nube tormentosa, para que la llevaran a Dongguan y la vendieran por un precio millonario a un asqueroso putero que la habría molido a palos en la intimidad de su mansión, donde nadie habría oído sus gritos.

Los hechos hablaban más que las palabras, y, en cualquier caso, Sacha nunca había dicho gran cosa.

«Pero ¿tuviste que decirme que me querías?», le gritó para sus adentros. «¿Era eso necesario, sádico de mierda?».

—Estás muy lejos de ellos —la intentó tranquilizar Jace—. Ya no pueden hacerte daño.

Pero Ayane agachó la cabeza, consciente de que eso no era cierto.

A ratos la embargaba la abrumadora certeza de que aquel hombre jamás dejaría de ser importante para ella. Incluso si arrancaba el rótulo de salvador de su retrato y le achacaba todos los crímenes de los que Chambers le había acusado con muy buen tino, seguiría ocupando el lugar más importante entre las razones de sus desvelos. Sacha había demostrado que, incluso sin proponérselo, podía infligirle un daño insoportable; uno capaz de hundir a una mujer en los abismos y, al mismo tiempo, impulsarla a emerger de las tinieblas con más fuerza que nunca, pero por las razones equivocadas. Razones que podían terminar de enloquecer a un ser humano.

Ayane mencionó lo que le dijo una vez Califa sobre Fuego y Sangre: se celebraba un evento principal en Tailandia y otro durante *spring break* en México. No lo dijo con todas las letras, o quizá sí, porque no estaba en posición de prestarle atención ni a su propio parloteo, del que sentía que ahora dependía su supervivencia, pero esperó que tanto Wray como Jace interpretaran que debían focalizar sus energías al otro lado de la frontera.

Más que porque se hubiera dado por satisfecho, el agente levantó la sesión porque su ánimo se había ido oscureciendo en el transcurso del interrogatorio. Le habría encantado fundirse con él en un abrazo esperanzador, pero en ese momento no eran marido y mujer, ni siquiera aliados.

Y, aun sin verla, notaba la mirada de Wray fija en ella a través del falso espejo.

Se levantó sin otro remedio que renunciar una vez más a Jace y abandonó la estancia. Al otro lado de la puerta la estaban esperando Chambers y, unos pasos atrás, el director del FBI, que con toda probabilidad habrían salido del cuarto anexo tan pronto como el agente empezó a dar las órdenes pertinentes: que se encargara un retrato robot de El Diablo, entre otras.

Al localizar al psiquiatra, Ayane se dirigió a él sin vacilación y se refugió en su abrazo. Apoyó la barbilla en el hombro del especialista, que la había recibido con agitación pero también orgulloso de su testimonio.

Se topó con la mirada penetrante de Christopher Wray.

No pensaba perdonarle ni su extraño derroche de complicidad con Chambers, ni lo inexacta

que había sido durante el interrogatorio después de haber prometido una confesión. Lo vio sacudir la cabeza, más exasperado que decepcionado, y gesticular hacia un lado para instarla a continuar el sincericidio en otra parte.

Ayane se separó del psiquiatra. Este le preguntó algo en tono aterciopelado que no atinó a escuchar; el sonido de sus latidos había monopolizado los oídos.

Siguió la figura esbelta del director hasta el fondo del pasillo, por donde no pasaba ni un alma a esas horas en las que la mayoría del cuerpo meditaba en su despacho o andaba cubriendo el trabajo de campo. El corredor desembocaba en una salita de espera con un par de sillones, una coqueta mesilla de cristal adornada con una voluptuosa planta de interior y el ventanal desde el que se apreciaba la avenida Pensilvania.

Wray se acodó en la repisa aprovechando que la ventana estaba abierta y lanzó una mirada larga y aparentemente desinteresada al paisaje.

El soplo de una brisa fresca le agitó el flequillo.

—¿Eso es todo? —quiso saber en tono adusto.

Ayane se preguntó si habría captado que se reservaba información porque tenía más experiencia interrogando o porque en su admirable terquedad se negaba a aceptar que, en un año entero, su agente hubiera recabado tan escasa información.

En cualquier caso, había contado con que Wray le transmitiera su descontento.

Aquella conversación también figuraba en su lista de tareas pendientes hasta la venganza.

—Necesito estar a solas con usted para contar la segunda parte —le dijo tras coger aire.

Entrelazó las manos en el regazo y esperó a que él se girara para mirarla con una ceja enarcada.

—¿No es apta para los oídos sensibles de tu marido?

—No, no lo es —respondió en el mismo tono llano que él había empleado con ella. Al otro lado del pasillo bullía la actividad, pero nadie parecía ser consciente de que director y empleada se preparaban para un duelo verbal—. Y, además, querría que me diera usted su beneplácito para reincorporarme al cuerpo y encargarme personalmente de lo que a mí me atañe.

La ceja de Wray solo escaló apremiada por la incredulidad.

—Sabrás que, por descontado, ningún agente tiene permitido «encargarse personalmente de lo que a él o a ella atañe». Y por una razón muy simple, que es que el trauma o la implicación emocional suele interferir en su desempeño. A menudo, con efectos indeseados para el FBI.

—Por eso mandasteis a mi marido a buscarme, ¿no? —ironizó.

—Da la casualidad de que tu marido es el mejor agente que tenemos.

—Y también es un hombre de carne y hueso, con sentimientos y temores. Y mi marido —insistió con frialdad. Jamás les perdonaría lo que le habían hecho a Jace. No solo eso, sino que

pensaba hacérselo pagar—. Pero si con este contraargumento no voy a convencerle, se lo diré claro. No tengo ningún trauma —sentenció mirándolo a los ojos.

Wray pareció por la labor de tragarse su afirmación sin cuestionarla. Pero tras un segundo de meditación, acabó cabeceando hacia la sala de interrogatorios que habían dejado atrás. Tanto Chambers como Jace se habían esfumado ya para atender sus quehaceres; solo quedaban en la planta algunos administrativos, todos ellos ajenos a la trascendencia de lo que sucedía bajo su mismo techo.

—Eso no te corresponde decirlo a ti. Habrá que ver lo que comenta Chambers en su último informe. En los que he leído no sales muy bien parada, agente —añadió, y en un alarde de planificada torpeza, reveló el contenido secreto de la crónica psiquiátrica—: Síndrome de Estocolmo y estrés postraumático, por mencionar un par de obstáculos que se pueden poner en tu camino a la reincorporación.

Ayane había dado por hecho que Wray sacaría a colación su diagnóstico, uno que ni a ella ni a nadie le habría costado averiguar; no en vano Chambers había señalado a la menor oportunidad el cuadro clínico de ambos trastornos para abrirle los ojos.

Sintió una perversa satisfacción porque, exceptuando la inesperada interrupción de Jace en el interrogatorio, la mañana se estuviera dando tal y como había previsto.

Por una vez debía aplaudir la insolencia del director.

—Permítame dudar del diagnóstico de un especialista que está enamorado de su paciente, señor Wray.

El aludido se quedó petrificado.

—¿Perdón?

—Supongo que no ha consultado su bandeja de entrada esta mañana —resolvió con brío—. Le he enviado un correo con archivos adjuntos que herirían su sensibilidad. Claro que tendrá que abrirlos con una contraseña que aún no le he proporcionado —añadió con un cabeceo pensativo, como si acabara de caer en la cuenta del detalle.

Wray entrecerró los ojos.

—Con el debido respeto, Nagai, tu psiquiatra es uno de los mejores profesionales que tenemos en plantilla. Me sorprendería bastante que se hubiera equivocado en su diagnóstico, o que fuera tan irresponsable como para denotar su... admiración hacia ti.

Ayane no contestó enseguida. Buscó el móvil en el bolsillo de la americana y se tomó su tiempo buceando en la galería multimedia hasta dar con un vídeo que, por supuesto, no le enseñó. Pero sí subió el volumen para que Wray escuchara con claridad los jadeos entrecortados de Chambers.

—Joder... Llevo tanto tiempo deseando esto...

—¿Desde la primera vez?

—*Y desde... antes... Dios.*

En otro momento, cuando aún era una agente joven sin objetivos turbios, Ayane se habría recreado en la reacción del director. No le constaba que nadie se hubiera atribuido el mérito de sorprenderle. Observó que su expresión se torcía hacia la profunda decepción, y, en su línea de llegar, ver y vencer, empezaba a maquinar para sus adentros un modo de resolver el problema.

—¿Qué quiere decir con «desde antes»?

—Nos acostamos hace años. Había un conflicto de intereses entre nosotros desde el primer momento, pero supongo que el mejor psiquiatra que tiene en plantilla —recalcó con malicia— no se lo mencionó. Tal vez se le olvidara —añadió ella en tono desinteresado—. Sabe Dios que esa es la excusa que yo puedo aportar, puesto que estaba muy perjudicada por el alcohol —subrayó adrede— cuando esto sucedió. A lo mejor temía que al haber bebidas y mujeres que no se tenían en pie involucradas se leyera de la forma... —dejó al aire un silencio elocuente— equivocada.

Wray echó un vistazo rápido al pasillo para asegurarse de que nadie los estaba escuchando.

—El hecho de que lo grabaras anularía esa prueba en un juicio. ¿Eres consciente?

Ayane fingió extrañarse con su argumento.

—No pretendo llevarlo a juicio, señor Wray. ¿Por quién me ha tomado? —se explicó con el ceño fruncido—. Ni siquiera espero que lo echen del trabajo, aunque, en mi opinión, se lo merezca. Solo señalo que su opinión está sesgada y que es menester que otro especialista me evalúe.

—Incluso si Chambers hubiera estado interesado en ti —insistió Wray, que había empezado a mirarla con desconfianza—, ¿qué razones podría tener para mentir en tu expediente?

—Considerando que me sugirió empezar una terapia de subrogación sexual ofreciéndose a sí mismo como el hombre que habría de tocarme —mencionó con desenfado—, yo diría que le convenía seguir haciéndome pensar, a mí y a usted, que estaba enferma. Si no, de ninguna otra manera habría logrado ponerme la mano encima.

—Pero lo logró, por lo que he oído —contraatacó con obvios recelos, y apuntó con la barbilla al bolsillo donde había guardado su móvil.

Ayane aceptó la acusación implícita en su respuesta con un cabeceo.

—Alguna prueba necesitaba para que me creyera. Los dos sabemos que este tipo de denuncias caen en saco roto. Aunque no me gustaría llamarlo «denuncia». Insisto en que no vengo a acusar a Chambers de abusar de su poder, señor Wray. Solo quiero que se entienda que, en el momento en que nos acostamos, y en su despacho para más señas, empezó a haber un conflicto de intereses que anula de lleno su potestad a la hora de teorizar sobre mi estado mental.

—Pero entenderás que tenga que abrirle un expediente a raíz de esto. No es asunto menor.

Ayane se encogió de hombros.

—Ese ya no es mi problema, señor Wray. Aunque, si me quiere aportando pruebas como la que acaba de oír o un testimonio oral en una intervención de Recursos Humanos, allí me tendrá. Volviendo al asunto que nos ocupa —prosiguió—, creo que el simple hecho de haberme percatado de que el psiquiatra quería traerme a su terreno ya indica que no tengo el juicio nublado. Hay que estar ojo avizor para ir captando el interés de un hombre que lo deja caer en pequeñas dosis.

—No es una habilidad que se aprecie en el cuerpo, Nagai. Pero supongo que en ese aspecto tienes razón. —Hizo una necesaria pausa con la mirada perdida en el paisaje urbano para asimilar la confesión. Al cabo de un rato, volvió a centrarse en ella, no con menos desconfianza, pero sí con un fondo de respeto—. ¿Qué es lo que quieres para hablar, entonces? Aparte de una nueva evaluación psicológica. ¿Que te mande a ti a México?

—No. Quiero que mandes a Ryder a México —replicó, y estuvo a punto de estremecerse al decirlo. Para un hombre nunca sería tan peligroso infiltrarse en una misión de trata como para una mujer, y Ayane estaba convencida de que solo si lo alejaba de ella ambos podrían avanzar. Quizá él hasta pudiera avanzar en la dirección correcta, aun a costa del estado mental de quien aún era su esposa: en la de la mujer misteriosa. Pero seguía siendo una decisión muy drástica—. A mí quiero que me mandes a Shanghái.

El director enarcó las cejas.

—¿Qué hay en Shanghái que pueda interesarme?

—Todo —respondió con una sonrisa sencilla—. En Shanghái está todo, señor Wray.

—Suponiendo que te refieras a un hombre que merezca estar en la cárcel o pueda contarnos cómo se las gasta la red —planteó con evidente escrúpulo—, que la última vez que lo vieras estuviese allí no quiere decir que vayas a encontrarlo ahora.

—Lo he considerado. —Notó un sabor amargo en la boca—. Pero incluso si no está allí, estarán sus esbirros, a los que podrá usted interrogar aquí mismo y como ha hecho conmigo si me permite viajar para traerlos esposados.

—¿Qué delito estadounidense lo bastante grave se le puede achacar a un chino para trasladarlo esposado a Washington? Los chinos son jurisdicción de los chinos.

—¿Incluso si los chinos han cometido crímenes contra una ciudadana norteamericana? No sería la primera vez que el FBI trabaja conjuntamente con oficinas federales extranjeras o con centros de inteligencia, sobre todo en casos de trata de blancas. Si usted hace la pertinente llamada a quien yo le diga, y solo a quien yo le diga —recalcó—, porque muchos de los polis y agencias están comprados, podríamos asociarnos y acabar la semana que viene con una decena de criminales en el trullo y un par de confesiones de cobardes que nos indiquen dónde están los demás.

—¿«Los demás»? —repitió con un brillo ambicioso en los ojos.

—Los verdaderamente peligrosos.

Wray asintió muy despacio. No las tenía todas consigo, aun así, y Ayane creía saber por qué: sería menos engorroso, aunque también poco ortodoxo y contrario a la normativa de la agencia, volver a meterla en una sala de interrogatorios, esta vez a empellones, para sonsacarle la información que se negaba a dar sin concesiones.

Debía de confiar en ella y en sus métodos, porque acabó suspirando en contra de sus deseos.

—La doctora Salinger tendrá que poner por escrito que estás en perfecto estado de revista si esperas que te devuelva a los infiernos de los que vienes. En cuanto a lo de Ryder, tienes suerte de que hubiera empezado a planear su segunda incursión. Asumo que no te habrás atrevido a mentir sobre la peligrosidad de Fuego y Sangre y su vinculación con México, aunque solo sea para no poner en riesgo la vida de tu marido —apostilló con una ceja enarcada.

Antaño le habría ofendido que Wray insinuara con sus recelos que ella no cooperaba con el FBI por amor a la patria. Esta vez, sin embargo, no le importó que supiera en lo que se había convertido: un activo tan importante como traicionero porque no la movían más que sus objetivos individuales. Era curioso que la estuviera respetando más ahora que denotaba no temerle a nada que cuando habría hecho cualquier locura para ganarse su aprobación.

—Le aseguro que en México encontrarán algo.

—¿Y qué encontrarás tú en Shanghái? —insistió—. ¿Por qué es tan importante?

Ella se limitó a encogerse de hombros con aire huraño y le dio largas con una respuesta ambigua.

—Si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo.

—No me parece que lo hicieras particularmente bien la primera vez, Nagai. ¿Te ilusiona la venganza? Sé sincera.

—Ya le he contestado —se plantó con una fría serenidad que atrajo a Wray—. Ni siquiera su mejor agente se moverá por los rincones de Shanghái infestados de trata como podría hacerlo yo, o como podría hacerlo mi compañero si lo guiara en persona. Le repito que lo que me ilusiona es el trabajo bien hecho. Sobre todo por lo que usted mismo ha mencionado: no me coroné en la operación del año pasado. En esta podría ser distinto por numerosas razones. Pero, si no se fía, mándeme con un agente. Con dos. Con tres. Los que quiera. Siempre y cuando no sea Jace —añadió—, y siempre y cuando Jace no sepa de mis objetivos hasta que esté muy lejos.

Capítulo 8

Convencer a Jace de marcharse a México fue una odisea. Wray advirtió a Ayane de que no cedería, así le costara la inhabilitación temporal o el despido, si ella no se presentaba en la reunión para debatir la operación y le daba su beneplácito.

Intentó zafarse de la cita en la que el director había planeado emboscar al agente, aduciendo que él jamás se negaría mientras un contrato le obligara a desempeñar su oficio.

No sirvió de nada.

Wray le recordó el trato que habían formalizado tácitamente unos días atrás, y a Ayane no le quedó otro remedio que trazar una estrategia contundente de ahuyentar a Jace. Así, cuando lo tuviese delante, no flaquearía tratando de encontrar las palabras perfectas.

Pero todo estaba en su contra ese día.

El director le había advertido que, un rato después de que ella acudiera a la reunión sobre el viaje a México, Recursos Humanos haría llamar a Chambers para conversar sobre la existencia de cierto vídeo sexual.

Ayane ya había pasado por la consulta de Salinger, la otra especialista en plantilla, y esta le había dado el visto bueno tras una valoración exhaustiva. El jefe había decidido proceder siguiendo este orden para aportar el informe positivo de la doctora en la intervención de su primer psiquiatra, documentación necesaria para subrayar que se había dejado llevar por sus sentimientos hacia la paciente hasta el punto de achacarle diagnósticos erróneos.

Por lo poco que Ayane sabía, Chambers no era la persona preferida de Salinger, pero le constaba gracias a una insinuación del director que la susodicha había señalado que era posible que no se hubiera equivocado en los informes iniciales y la paciente tan solo hubiera mejorado desde su primera sesión, precisamente gracias a la terapia.

En cualquier caso, todo estaba listo para que se decidiera ese mismo día. El destino de Jace, el destino de Chambers y el destino de Ayane. No se imaginaba la defensa que su psiquiatra podría aportar para echar por tierra el arduo trabajo de la agente por desacreditarlo, pero le convenía no subestimar las dotes de manipulación de un experto.

Andaba pensando en ello cuando la secretaria de Wray le hizo un gesto para que entrara en la sala. Pasó con la cabeza gacha para enmascarar los nervios, y tomó asiento justo enfrente del que en esas circunstancias era solo agente y no un ser querido.

Aguardó a oír que la puerta se cerraba, avisando de la marcha de Wray y de un Chambers con

prisa por estar en la planta de Recursos Humanos, y entonces alzó la mirada hacia Jace.

—He tenido una aventura —fue lo que se le ocurrió decir para cortar el último vínculo que les unía. Incluso si para ello debía destruir el matrimonio que tan felices les había hecho.

No esperó que él tuviera el valor para responder con una llaneza rayana en la insolencia.

—Yo también.

Buceó en sus ojos grises con la esperanza de toparse con un cambio de expresión, un destello, un tic, algo que delatara que no soportaría imaginarla con otro después de especificar:

—Una aventura que significó algo para mí.

—Yo también —repitió él, esta vez con la lentitud que se empleaba con los cortos de entendederas.

«¿No me vas a preguntar por qué no me sorprenden tus respuestas?», estuvo a punto de espetarle, furiosa de pensar que hubiera sido consciente de que ella sabía de su escarceo y la hubiese dejado sufrir sin abordar el tema.

«¿No vas a decir que te sorprenden las mías?», habría añadido.

Fue esta segunda pregunta la que la disuadió de seguir por el camino de los reproches. Apostaba por que Jace había reaccionado con serenidad porque ya no le importaba lo que hubiera en su corazón, solo los horrores de su pasado, y en señal de respeto hacia el esposo enamorado y sincero que fue. Pero quizá no se hubiera extrañado un ápice porque en el fondo ella también había sido evidente denotando que había otro hombre en su cabeza.

«Solo en tu cabeza», se repitió, como llevaba repitiéndose los últimos días desde que abrió los ojos a la verdad. «Nunca lo has querido, ¿recuerdas? En eso, Chambers acertó».

—¿No quieres saber con quién? —inquirió en su lugar, y rezó para sus adentros para que le pidiera unas explicaciones que pudieran limpiar su culpa.

«Tuve una aventura, pero estaba enferma. Sigo estando enferma. No sé si es síndrome de Estocolmo, solo sé que es probable que no sea un amor comparable con el que siento por ti», le diría.

Pero él acabó con sus fútiles esperanzas con tres sencillas palabras.

—¿Quieres saberlo tú?

—No. —Aunque lo intentó, no pudo resistirse a espetar—: ¿Es que no te importa?

—Cuando me lo has soltado sin más, parecías segura de que no, no me importaba, o quizá habrías tenido más tacto —contestó con una paciencia envenenada—. ¿Te importa a ti?

Ayane apartó la mirada de él, demasiado conmocionada por el modo en que había comenzado la conversación para siquiera recordar cómo había pretendido guiarla.

¿Que si le importaba a ella? Por supuesto que le importaba.

Tal vez, para soportar la distancia y sobrevivir a la posibilidad de que estuviese muerta, Jace se hubiera dedicado a listar sus defectos; así, el golpe de haberla perdido no habría sido tan

desolador. Pero Ayane, con los mismos objetivos —tolerar el distanciamiento y sobrevivir a la más que probable eventualidad de morir en cualquier momento—, había glorificado su recuerdo y su vida con él.

Claro que le importaba descubrir que nunca estuvieron y jamás estarían en igualdad de condiciones.

Y, al mismo tiempo..., ¿le importaba en serio? No solo Jace, sino ella misma. El sufrimiento de las mujeres que seguían estando en su antigua situación. El dolor que aún le retorcía las entrañas. Las pesadillas. Sacha. ¿Le importaba algo? ¿Podía importarle Jace cuando firmaba la sentencia del viaje a México con la mano de Wray? ¿Podía importarle Jace cuando había esperado que Sacha regresara a buscarla? ¿Podía importarle Jace cuando sentía el corazón emponzoñado por el rencor y unas locas ansias de venganza?

¿Podía importarle Sacha cuando era un miserable hijo de puta?

De algún modo, Jace era más grande que todo eso; todo lo que hubo antes y todo lo que habría después. Jace era un planeta, y no cualquiera; era el planeta en el que ella orbitaba. Pero, a la vez, a Ayane no podían importarle los planetas, ni siquiera el suyo propio, cuando aún ni siquiera había sacado la cabeza de las trincheras para apreciar al menos el paisaje bélico que tenía justo delante.

Vivir en aquella constante contradicción en la que todo le dolía y nada era relevante acabaría por volverla loca. Pero aún no la había desquiciado lo suficiente para olvidar cuál era la prioridad: echarlo de Washington.

—Me duele cómo ha acabado todo esto —reconoció Ayane—. No dejo de preguntarme de qué manera estaríamos hoy, ahora, si no me hubieran destinado a Koh Phangan.

—No tiene sentido hacerse esas preguntas ahora.

Ella no lo escuchó, o no quiso escucharlo.

—Me pregunto si me habría enamorado de otra persona allí, o si me habría gustado tanto la experiencia que te habría pedido nada más regresar que nos metiéramos en el mundillo, o si hubiera querido abrir la relación; tener uno de esos matrimonios con opción a trío o intercambio que tan de moda están. Me pregunto si después de acostarme con quien fuera necesario para destapar la red, habría vuelto a casa más convencida que nunca de que eras el único para mí. Teníamos proyectos, ¿no? —prosiguió, ida—. Tú parecías ilusionado con la idea de tener hijos... —La voz se le quebró al pronunciar la palabra—. Me gusta acabar mis reflexiones tratando de ser positiva. Me digo que yo todavía no estaba ahí, en lo de los niños, y que siempre me ha gustado demasiado la ciudad; que, al final, aunque fuera por incompatibilidad, habríamos llegado hasta aquí. Hasta la ruptura. Pero es improbable. No me habrías dejado escapar con tanta facilidad. Siempre me has querido demasiado. —Se animó por fin a mirarlo a los ojos para trasladarle que él le desveló su secreto sin darse cuenta en cuanto se reencontraron—. Supe desde

el principio que lo único que podría separarte de mí sería otra mujer. No una enfermedad, ni un miembro amputado, ni una infidelidad por mi parte, ni la muerte. Solo que te enamoraras otra vez. O ni siquiera, porque aquí sigues..., pero no quieres estar aquí. No es tu verdadera voluntad. Te conozco demasiado bien porque yo también te he querido demasiado.

»Piensas que debes estar a mi lado, pero no porque nos casáramos. No eres religioso ni respetas las instituciones. Lo crees por tu complejo de héroe, tan maravilloso a veces, cuando de veras tienes que ejercer el papel para salvar vidas, y tan tiránico en otras, porque no te quepa la menor duda de que te juega en contra. La gente que merece tu tiempo es la gente que te necesita, ¿no es así? Y si te consagraste a esa gente recitando unos votos, con más razón has de estar al pie del cañón. ¿O es porque te sientes culpable? —se arriesgó a preguntar con el corazón en un puño —. ¿Te quedas para castigarte por querer irte?, ¿porque no mereces ser feliz por preferir a otra mujer antes que a la esposa que ya no reconoces?

—No vayas por ahí —la advirtió él con el gesto ensombrecido.

—¿Por dónde? ¿Por el hecho de que ya no soy la persona a la que quisiste, un secreto a voces que ni siquiera tú puedes esconder?, ¿o por el otro camino, tentador y prohibido, que te llevará a la otra mujer? No me importa quién sea por lo que te acabo de decir: no soy la persona que quisiste y que te quiso. Ni siquiera soy una persona que me merezca respeto, y eso no lo vas a arreglar tú. No podrías hacerlo con tu amor sacrificado, pero ahora que ni siquiera hay amor por ninguna de las partes, menos aún. Siento ser yo la que saque el tema, y con tanta frialdad —apostilló tras recobrarse inhalando hondamente—, pero alguien tenía que hacerlo para que recordaras lo que es importante.

—¿Y qué es lo importante, Ayane? —replicó, a caballo entre el hastío y la impotencia—. ¿Que obedezca a Wray sin rechistar y me largue a México cuando necesitas permanente vigilancia para no hacerte daño?

—¿Tu complejo de héroe no entra en juego en este caso? ¿No quieres venganza? Espera, perdona, los héroes no se vengan: ¿no quieres justicia? Nunca lo has hecho por la gloria o la adrenalina, y menos mal. Eso es lo que te convierte en el mejor agente especial.

—¿Ahora vas a hacerme la pelota? —le espetó, furioso—. ¿Por qué no me dices que quieres que desaparezca de tu vista, y ya está?

«Porque no quiero que te vayas», replicó una voz interior, esa que pertenecía a la Ayane que creía irrecuperable. «Quiero que me digas que todavía me adoras, y entonces es posible que yo tampoco me vaya. Entonces es posible que olvide mis rencores y me centre en ti».

—Eso ya te lo dije, y lo sostengo, aunque no por las razones que tú crees —confesó aun así, sosteniéndole la mirada. Procuró que su lenguaje verbal le hiciese saber que carecía de sentido que se aferrara a ella, aun cuando era la propia Ayane quien necesitaba metérselo en la cabeza—. La mujer a la que despediste en el aeropuerto de Washington hace más de un año y medio está

muerta, Jace. Yo ya no me siento igual, no pienso igual, no lucho igual, no tengo las mismas motivaciones o esperanzas. Tampoco soy un fantasma o media Ayane; soy una Ayane diferente a la que no tiene sentido que te aferres porque a esta Ayane no te une nada. Si lo que necesitas es mi beneplácito para irte... —arrastró la mano por la mesa en su dirección—, aquí lo tienes.

Con el gesto, sintió que también se estaba dando el visto bueno a sí misma.

En cuanto él asintiera y firmase los papeles, se marcharía.

Algo tan poco significativo como la burocracia administrativa era lo mismo que se interponía entre Ayane y Shanghái.

En los últimos días había terminado de perfilar mano a mano con Wray un contrato que estipulaba lo que cabría esperar del viaje a China. A veces se sentía culpable porque todas aquellas reuniones hubieran estado sucediendo a espaldas de Jace, pero luego pensaba en que era un peso con el que en el fondo el agente no quería cargar y se sentía liberada. Incluso notaba un fondo de resentimiento hacia él porque sus prioridades hubieran cambiado tan drásticamente, y lo que era peor: sin que ella hubiera hecho nada para merecerlo, tan solo ser víctima de un secuestro.

Ayane se consolaba pensando que el resultado de su matrimonio habría sido el mismo si le hubiese contado todo lo que había hecho en Tailandia y con Sacha.

La profunda decepción la habría desterrado de su corazón en un solo instante.

Jace rompió el silencio huraño en el que se había sumido.

—Me gustaría hacerte una última pregunta.

—Adelante.

—¿Pretendías hacerme daño con lo de tu aventura para que el orgullo herido me impulsara a marcharme?

—No —respondió sin pensarlo—. Nunca has sido esa clase de inmaduro. Te lo he dicho porque necesitaba que lo supieras. Aunque yo ya no sea la misma persona, Jace, no he olvidado que eso es lo mínimo que te mereces: la verdad.

Una media verdad, en realidad.

O una gran mentira piadosa.

Quizá ni siquiera eso.

Si aún sobrevivían dentro de él las brasas del amor tan grande que había sentido por ella, la situación debía de estar doliéndole, y, entonces, Ayane tendría que aceptar que estaba fracasando con estrépito en su propósito de ahorrarle sufrimiento.

No perdía de vista que le había causado dolor durante la etapa de silencio. Le había causado dolor al no contarle nunca qué padeció con exactitud. Le había causado dolor incluso en los buenos tiempos, y por el simple hecho de ser quien era. Jace lo dejó claro. Nunca importó que se partiera los cuernos por hacerle ver que era el amor de su vida. Él jamás se despreocupó del todo,

convencido de que su verdadera naturaleza acabaría asomando la cabeza.

Y, al vigilarla con el alma en vilo, solo demostró conocerla mejor que nadie.

Mejor que ella misma, que entonces se tenía en un alto concepto inmerecido.

Esperó a que Jace saliera de la habitación. Cuando hubo transcurrido el tiempo suficiente para que se hubiera perdido por la calle sumido en el silencio y la soledad que necesitaría para asumir lo ocurrido, Ayane abandonó la sala también y se dirigió al ascensor.

A esas horas apenas había un alma en los pasillos. De fondo le pareció oír el sonido de la impresora de una oficina con la luz aún encendida. Por lo demás, estuvo a solas con el zumbido de los tubos fluorescentes. El eco de sus pasos fue lo único que la acompañó en su tranquilo paseo corredor abajo.

No tenía ninguna prisa por volver a casa ahora que las cartas estaban sobre la mesa, y aunque la quemaban las ganas de hacerse daño a sí misma, se había obligado a no retomar ni las autolesiones ni las escapadas temerarias hasta regresar de la operación.

Debía centrar toda su energía en esta última.

Además de que no podía decirse que no estuviese padeciendo su cuota de dolor necesaria para respirar. Cada vez que recordaba que Jace se había enamorado de otra mujer sentía un perverso latigazo en la espalda. Cada vez que caía en la cuenta, todas las ocasiones con un asombro que la dejaba conmocionada, de que Sacha jamás la había querido, se la llevaban los demonios. La tortura emocional y la culpa de haber sido la que se había buscado ambas situaciones también servía para seguir acomodada en la convicción de que el sufrimiento la dignificaba.

Estaba a punto de entrar a husmear entre las oficinas a fin de perder el tiempo cuando una mano se cerró en su muñeca. Había estado tan distraída pensando en qué le apetecía explorar para alejar las tentaciones de la soledad como para darse cuenta de que Chambers la había alcanzado.

La giró de un violento tirón, obligándola a enfrentarse a sus ojos inyectados en sangre.

Recursos Humanos había sido rápido y eficiente.

Media hora les había bastado para despacharlo.

—¿Por qué cojones me has hecho esto? —rugió con una rabia viva que nunca había visto en él, y que pensó vagamente que podría haberle hecho atractivo a sus ojos.

Atractivo de verdad, no solo interesante para convertirlo en su cabeza de turco.

—No es nada personal —resolvió Ayane con desinterés. Lanzó hacia el punto donde estaban unidos una mirada significativa, aunque nublada por el tedio que sentía hacia los trámites que representaban Chambers y su situación laboral—. Me hacía falta una revisión externa para reincorporarme al cuerpo, eso es todo.

—¿Y tenías que hacerlo a costa de mi empleo? ¡Me van a inhabilitar! ¡Y se correrá la voz tarde o temprano! —espetó a un palmo de su cara. Ayane procuró no moverse un ápice aunque la

hubiera salpicado de saliva—. ¿Cómo esperas que me contraten después del estigma con el que me has señalado?

Ayane levantó las cejas, sorprendida por su reacción. Le dio a entender que solo le ofrecería una explicación a cambio de que la soltara volviendo a echarle una mirada elocuente a su mano, agarrotada en torno a su muñeca.

Chambers la soltó a desgana, pero mortificado por su arrebato, y retrocedió pasándose los dedos temblorosos por el flequillo.

Tenía las puntas húmedas de tanto que había sudado ante el departamento.

—Ese no es mi problema.

—¿Que no es tu problema? —Al ver que poseído por la incredulidad había alzado el tono, se obligó a serenarse con las técnicas de respiración que le había enseñado a Ayane. Observar este detalle hizo que se le escapara una sonrisa burlona; entonces sí que se tomaba tan en serio sus conocimientos clínicos como para dar ejemplo. Chambers la vio reír y su ánimo volvió a crisparse—. ¿Te hace mucha gracia mi situación? ¡Deberías estar desdiciéndote! ¡Fuiste tú la que se me tiró encima!

Ayane puso los ojos como platos.

—¿Disculpa? Eras tú el que levantaba las caderas para meterme la polla hasta el fondo de la garganta, y no te oí quejarte ni una sola vez de mi supuesta depredación. Me diste la bienvenida con los brazos abiertos. Pero ¿qué te voy a contar yo? Lo habrás visto con tus propios ojos en el vídeo. —Al percatarse de que Chambers se la quedaba mirando como si no la reconociera, Ayane decidió que no tenía ninguna prisa por marcharse y, en otro arrebato de temeridad, metió el dedo en la herida con una sonrisa fría—. ¿Qué pasa, Benny? ¿Lo de que soy una zorra manipuladora no te lo viste venir en ningún momento? A lo mejor deberías perder tu trabajo, pero porque no eres lo bastante bueno interpretando lo que tienes delante. Ni siquiera para escuchar lo que se comenta en estos mismos pasillos sobre *Il Consigliere*. A ver si no van a ser más espabilados mis compañeros que un licenciado en psiquiatría.

—Hija de puta —murmuró Chambers, incapaz de apartar la mirada de ella.

El shock de estar conociéndola por fin tal y como era le había paralizado.

Ayane chasqueó la lengua y alargó una mano para acariciarle la cara con condescendencia.

—No me cabe la menor duda de que te gustaba más cuando era una víctima de la trata, pobre e indefensa. Pero de ahí a llamar hija de puta a una mujer que ha encontrado su poder y lo utiliza contra los que le hacen daño... Cuidado con lo que dices, Ben, que al final me vas a dar la razón.

Chambers desdeñó su caricia envenenada con un manotazo y le lanzó una mirada resentida.

—Estás loca —masculló entre dientes.

—¿Eso es un diagnóstico clínico? —se mofó—. Pensaba que solo era una forma de desestimar los testimonios de las mujeres.

—No estás ni empoderada, ni eres una mujer. Eres una zorra. Una mala persona.

Ayane exageró su sorpresa levantando dramáticamente las cejas. Se puso las manos en la cintura sin dejar de mirarlo con palpable asombro.

—¿Yo soy una mala persona? ¿Y qué eres tú? —Ladeó la cabeza, como si le interesara de veras su opinión al respecto—. Vamos, seguro que en el argot psiquiátrico recibes algún nombre freudiano. No te querrás follar a tu madre, pero te follaste a tu paciente después de colgarle un cuadro clínico de miedo, y unos años antes de eso me subiste a tu casa cuando no me tenía ni en pie del colocón que llevaba encima. Menos mal que no soy impresionable... y que no me acordaba demasiado. ¿No has estudiado esto a fondo, Benny? ¿Cómo se llamaría? ¿Comportamiento psicopático, a lo mejor? ¿O es sociópata? —Ladeó la cabeza hacia el lado contrario—. Dime, ¿cómo llamas tú a un tío que se pone duro oyendo a una mujer describir cómo deja que la violen en un callejón?

—Eso no es así —se defendió, pero se había ruborizado intensamente.

—¿No opinas que me dejo violar en callejones para rememorar los viejos tiempos? ¿O no opinas que fuera tan excitante como para tener una erección? En lo segundo estamos de acuerdo. No me parece que mis traumas puedan servir de charla sucia o de preliminar.

—Tú... tú... ¡Me tendiste una trampa! —balbuceó con la boca pequeña.

—Por supuesto, por supuesto. Es mi culpa —señaló con una mano en alto—. Dios libre a un hombre de hacerse cargo de la parte que le toca. Pero, claro, solo es una trampa porque te han pillado. Si no, habría sido una experiencia religiosa, ¿verdad? —Le guiñó en ojo—. Ahí estabas tú el otro día, viniendo a recibirme tras el interrogatorio con un abrazo que cruzaba la línea de lo profesional. Una vez más.

Ayane pensó en dejarlo allí con un palmo de narices. Pero al mirarlo a la cara las náuseas le revolvieron el estómago y un inesperado grito de rabia clamó por hacerse oír. Tanto le asqueó aquella expresión de pobre inocente, similar a la de los puteros con los que se encamó en Bangkok y que luego le dieron el dinero sin mirarla a los ojos, que estalló.

Lo cogió de la mandíbula para que se centrara en ella.

—Ya hay que ser gilipollas para pensar que una mujer con mi historial no se va a dar cuenta de que la estás predando sigilosamente. Si algo me enseñó Bangkok, y si algo debería haberte enseñado hablar conmigo, es que reconozco a un cerdo a diez kilómetros a la redonda. Reconozco un flirteo a diez kilómetros a la redonda. Reconozco una sucia mirada de deseo a diez kilómetros a la redonda. —Se le escapó una sonrisa triste—. Al principio intentaba fiarme de ti porque eras lo que tenía. El único lugar seguro en todo el edificio. En toda la ciudad. En el mundo entero. Me negaba mi propia experiencia, invalidaba mis corazonadas y me acusaba de loca, como tú acabas de hacer, para seguir sintiendo que de verdad te preocupabas. O que por lo menos eras una persona de confianza. Y pensar que tú andabas fantaseando con follarme

mientras me abría en canal... ¿Crees que eres distinto de los tíos que pagaban por metérmela? Eres peor. Me das asco —deletreó a un palmo de su cara—. Espero que no vuelvas a pisar una consulta de psiquiatría en tu puta vida. Y, es más, ¿sabes qué? Me iba a desentender porque tengo asuntos más importantes de los que ocuparme, pero has tenido que seguirme y tocarme las narices con tus reproches. Así que ahora, Chambers, me voy a ocupar personalmente de que no vuelves a trabajar nunca más.

El especialista palideció. Había decidido tomar en serio su palabra. Y más le valía. Ayane necesitaría un nuevo objetivo cuando volviera a Washington con Sacha esposado. Seguir encargándose de personas que la habían decepcionado se le antojaba una gloriosa manera de reconstruir su vida.

Lo soltó todavía con la vista fija en su cara de niño que no había roto un plato.

Ayane pensó que no tendría el valor de seguir con la perorata, pero él dijo en tono severo:

—Nada de lo que yo sintiera o pasara entre nosotros al final de la terapia anula el hecho de que estás enferma. No sé cómo has convencido a Salinger de lo contrario, pero tienes estrés postraumático y tienes síndrome de Estocolmo. También estás deprimida y lidias con ello autolesionándote física o emocionalmente con comportamientos autodestructivos. Si quieres considerarte responsable, no irás a Shanghái.

Ayane le sonrió casi con dulzura.

—No quiero considerarme responsable —resolvió con indiferencia—. Quiero considerarme la peor pesadilla de todos los hombres crueles que habitan este mundo. Pero no empezaré por ti, Chambers —apostilló en tono brioso con un ademán desenfadado—, así que podrás estar tranquilo durante un tiempo... O, bueno, quizá no tanto. Anteayer me hicieron las pruebas de ETS y me están tratando la gonorrea. Deberías ir a que te echaran un vistazo, no vaya a ser que te lo pegara. Cosas que pasan cuando follas sin condón, ¿no? —Se encogió de hombros con las palmas de las manos apuntando hacia arriba.

El poco color que había conseguido aferrarse a las mejillas del psiquiatra terminó de disiparse. Por un momento, pareció que se fuera a desmayar, y, ahí, Ayane obtuvo la confirmación de que había estado notando los síntomas de la enfermedad venérea. Se regocijó perversamente en aquella cara de pasmo, que no había visto venir la bala ni aun teniéndola en consulta un día a la semana, y decidió que conservaría la imagen de su derrota en un altar de su pensamiento para revisitarla cuando necesitara subirse los ánimos.

Chambers era la primera persona que la había subestimado y había recibido su merecido en mucho, muchísimo tiempo. Ayane estaba tan exultante ante la expectativa de que pudiera sentar un precedente que por un instante creyó que regresaba la mujer sin escrúpulos que había sido. Quizá solo desmejorada por la tristeza que le producía la situación, pues, a fin de cuentas, había

sido traicionada por otro hombre en el que cometió el error de confiar. Se acordó del desahogo con el que propuso la terapia de subrogación sexual, como si ella no fuese a percatarse del que era su objetivo después de todas las miradas que le había dirigido cuando pensaba que no se daría cuenta.

¿Tan débil parecía ante los demás? ¿Tan fácil de manipular?

¿Tan poco respeto infundía a sus allegados?

Ayane se aferró a sus puños crispados en el camino hacia el ascensor, resuelta a cambiar su vida empezando por ahí.

Nadie volvería a subestimarla jamás.

Capítulo 9

Con la esperanza de ponerle un cierre justo a su matrimonio, Ayane reunió un valor que le faltaba para despedirlo. No podría viajar con él hasta el aeropuerto: estaba escrito que allí tendría una primera toma de contacto con su compañera de operación, y por el bien del bajo perfil que debían mantener le convendría no aparecer con familiares.

Por lo que Wray le había contado a regañadientes, cansado de su insistencia, habían contactado a la inteligencia estadounidense para que se uniera al caso. Su socia era, en las escuetas palabras de Christopher Wray, «una joven agente a prueba de balas».

A Ayane no le quedó otro remedio que confiar en que el simple hecho de formar parte de la CIA la haría lo bastante eficiente para proteger a Jace en el caso de necesitarlo. Y era probable que lo necesitara, porque se marchaba desganado y en una situación de vulnerabilidad a la que sabía que ella había contribuido.

Así fue como lo vio cuando, tras coger una gran bocanada de aire, se asomó bajo el umbral de la habitación que habían compartido.

Y que ya nunca más compartirían, comprendió.

A no ser que la operación se prorrogara, Jace regresaría al cabo de una semana; ella, por otro lado, podía no volver si su propia misión salía mal.

Ayane no perdía de vista la trascendencia de ese momento. ¿Y si era la última vez que coincidían en el mismo espacio? Ciertamente sería la última vez que coincidieran como marido y mujer, porque estaba decidida a preparar los papeles del divorcio.

Había llorado de pensarlo, pero sabía que era lo mejor. Y no resultaría tan difícil. No tenían propiedades a nombre de los dos. No tenían propiedades, a secas: ella siempre fue una bola de pinball que salía disparada en todas direcciones, y él, aun leal y severo como era, nunca había llegado a comprometerse ni con el loft que tanto le gustaba. Podrían cancelar el alquiler con un mes de preaviso y cancelar asimismo con un par de clics las suscripciones a plataformas de visionado.

Una llamada a un bufete de abogados, un par de reuniones para dar sus datos y así completara los papeles de divorcio, cuatro gestiones para eliminar sus activos en común, y ya estaría: todo lo que habían vivido, cinco años de felicidad y uno y medio de pura desesperación se desvanecerían en el aire como la bruma al alba.

La llenaba de impotencia que fuera tan sencillo borrar el rastro de una vida juntos.

Era lo que debía hacer, se insistió.

Por los dos, pero sobre todo por él.

—Supongo que ya está —dijo Ayane de pie bajo el umbral.

Un escalofrío la obligó a cerrarse la bata en la cintura con un abrazo protector.

Jace acababa de cerrar la pequeña maleta de cabina. La cargó sin dificultad y se giró hacia ella con un intento de gesto neutro que sin embargo hacía aguas por todas partes. Tenía los ojos vidriosos por unas lágrimas que nunca derramaría, convencido como siempre había estado de que los hombres no lloraban, y una tensión insoportable se había apoderado de su cuerpo.

Esperando suavizar esa rigidez tan dolorosa, Ayane se arrojó a sus brazos y lo estrechó contra su pecho con la justa delicadeza. Un arrebato en exceso vehemente podría hacerle ver que aún lo necesitaba, que aún lo quería, y eso echaría por tierra sus últimos esfuerzos por convencerlo de lo contrario.

Jace tardó en corresponder el gesto, pero, cuando lo hizo, ella tuvo que presionar los ojos cerrados para ahuyentar un llanto inoportuno.

No podía verla llorar. Siempre había sido muy sensible a la tristeza de las mujeres.

Y, aun así, le dio la espalda a sus firmes propósitos y acabó musitando:

—Estaba muy enamorada de ti.

—Por eso lo pasamos tan bien —señaló él con un intento de tono desenfadado.

Ayane se separó para dirigirle una sonrisa trémula, todavía abrazada a su estrecha cintura.

—Por eso lo pasamos tan mal.

Jace cabeceó discretamente, dándole la razón a su pesar. Se miraron durante un buen rato, él como si quisiera averiguar qué la motivaría a partir de entonces, si haría alguna estupidez durante su ausencia; ella solo recreándose en la belleza interior de aquel hombre, la clase de belleza que trascendía a lo físico.

En un impulso egoísta, Ayane decidió, pero sin hacerle partícipe, que no importaba si amaba a otra persona: él siempre sería su hombre.

—Cuídate, ¿vale? —musitó Jace, tan sobrecogido que parecía que hubiera oído sus pensamientos y tuviera miedo de confirmarlos. Le acarició la mejilla con los nudillos, y al poco rato estaba a punto de salir por la puerta.

Ayane iba a dejarlo ir, pero, en el último momento, salió de la habitación y lo abordó en voz alta sin moverse del corazón de la estancia principal.

—¿Cómo es la mujer a la que quieres ahora?

Jace ya tenía una mano sobre el picaporte. Se giró, a caballo entre la incomprensión y un principio de enojo. Pero ese enojo impotente se desinfló y acabó dominándolo la resignación.

—No me preguntes eso —le rogó con un hilo de voz.

—Por favor, dame el gusto. Tengo que saberlo.

Jace se la quedó mirando, como si quisiera cerciorarse de que estaba preparada para escuchar la respuesta. O de que él mismo estaba preparado para transmitirle información tan delicada a una persona a la que nunca había querido hacerle ningún daño; a la que jamás pensó que tendría que darle tan terrible noticia.

Ayane empezaba a hacer las paces con el hecho de que Jace hubiese caído en las redes del amor. Seguía doliendo, pero ya no podía aferrarse a una falsa sensación de infidelidad porque, aunque él lo pensara —y de ahí su profunda mortificación—, no había tratado de seguir su vida como si nada: había sido evidente en cada paso que dio hacia ella que algo le estaba reteniendo al otro lado del puente. No había mentido sobre la mujer misteriosa ni tratado de ocultar su existencia.

Le vio intentar contener una débil sonrisa, esta colmada de dulzura, aun así.

La miró desde la puerta.

—No se te parece en nada —respondió suavemente.

Podría haberlo interpretado como un ataque velado, un «ella me dará o me dio lo que contigo siempre me faltó», pero Jace nunca había sido retorcido, y lo que pretendía era marcharse de allí en paz. Se lo dijo para apaciguarla. Para hacerle saber que no había buscado a nadie que se asemejara a ella porque sabía de entrada que jamás la encontraría. Para recalcar una vez más que había sucedido sin que hubiera podido preverlo, porque de haberse imaginado el riesgo, no lo habría corrido. Uno no podía hacer nada salvo rendirse cuando aparecía una persona que nunca pensó que podría robarle el corazón.

Saltaba a la vista que él seguía asombrado porque el amor hubiera llamado a su puerta. Una puerta cerrada y con las siete llaves echadas.

Ayane admiraba profundamente a aquella desconocida por el milagro que había obrado.

Jace abrió la boca, pero la cerró casi enseguida y apretó el picaporte con la mano en tensión. Supo que había estado a punto de devolverle la pregunta: ¿cómo era ese hombre de la aventura que tuvo una significación trascendental? Pero él mismo sabía que, a diferencia de ella, que nunca había sido celosa y se sobreponía a la adversidad con una fiereza admirable, no habría soportado conocer al sujeto.

En su lugar, se llevó una mano al cuello y se sacó por la cabeza un colgante del que pendía una chapa plateada. Lo depositó con el mismo cuidado reverencial con el que Ayane se lo puso casi un año y medio atrás en el aparador de la entrada. Luego miró a la que pronto sería su exmujer con expresión benevolente.

Se marchó dejando en el aire sus últimas palabras, engrandecidas por el gesto de renunciar al colgante. De renunciar a ella.

«No se te parece en nada».

Ayane pasó el resto de la mañana flotando en una nube, como si hubiera proclamado que la

adoraba con todo su corazón o se hubiese dado el primer beso con un amante que le tenía sorbido el seso. Había decidido interpretar aquella frase de la mejor manera para poner por fin el asunto a dormir.

Como si eso fuera posible.

Como si uno pudiese elegir cuándo se cerraba la herida.

Pero, durante las horas siguientes, que dedicó a prepararse para ir a las oficinas federales y terminar de pulir la estrategia, se permitió creer que así era. Que ella tenía poder para decidir lo que significaban las expresiones de los demás y ponerse a salvo del dolor.

Ayane llegó al edificio J. Edgar Hoover a las doce del mediodía, cuando la inmensa mayoría de los agentes aprovechaban la hora del almuerzo para visitar uno de los bares próximos. Mejor. Prefería no tener público cuando cruzaba las puertas de la planta de oficinas, o cuando le hacía un gesto de cabeza a alguno de sus compañeros para pasar a debatir en la sala de reuniones una misión clasificada de la que nadie a excepción de los implicados y Wray tenían conocimiento.

La reacción colectiva a su regreso había sido de lo más variada, pero también predecible. Los sujetos que nunca la despreciaron por su línea de ascendientes se habían volcado en transmitirle sus ánimos y mejores deseos; los que la odiaban con fervor, y por las razones equivocadas, no conseguían entender por qué el director y el resto de los altos mandos se habían tomado la molestia de tratarla en psiquiatría en lugar de darle la patada definitiva.

En cuanto a los neutrales...

Los había mirándola con aprensión, y los había dirigiéndose a ella con miedo a decir la frase equivocada.

De nuevo le resultaba asombroso el poder de la perspectiva. Un año y medio atrás habría sido tan consciente de los desprecios ajenos que quizá hasta habría permitido que la frenaran en su ascenso a la cabeza de la misión. Ahora le era indiferente lo que pensaran sobre su desaparición, su recuperación, su futura operación... que, de todos modos, era confidencial. Wray lo había decidido así para que Jace no metiera las narices donde no le llamaban.

Ayane estaba orgullosa de haber logrado hacerle ver al director del FBI que aquel asunto la atañía a ella en exclusiva.

Estaba cruzando el pasillo en su camino al despacho de Olivares, la agente veterana que había escogido para acompañarla a Shanghái, cuando oyó unos sollozos entrecortados. Provenían de una puerta entornada a la que le habían quitado recientemente la placa.

El estómago se le revolvió al reconocer de quién había sido.

Aunque solo los agentes especiales con ciertos años en el cuerpo tenían despacho —los demás se repartían en cubículos abiertos— y ella no había llegado a ser uno de estos, Ayane conocía al dedillo la distribución de las oficinas.

Esa había pertenecido a Mohawk Kingfisher.

Se acercó con pies de plomo, sintiendo la sangre concentrada en los oídos, y se asomó bajo el umbral. Se dijo que si la puerta estaba más abierta que cerrada era porque a las presentes no les importaba que los demás se enteraran de su conversación, que de todos modos brillaba por su ausencia.

Una rubia menuda terminaba de meter en una caja de cartón las pertenencias de Kingfisher: dos portafotos en los que aparecían su hermana con su sobrina y sus padres respectivamente, la placa de la puerta, un puñado de libros y no mucho más. Las oficinas de los hombres se caracterizaban por su impersonalidad. Más aún la de Kingfisher, al que le habían dado un despacho propio apenas seis meses antes de la misión en Koh Phangan.

La agente Allie Ulster, que más de un año atrás había seguido a la inhabilitada Riley como un perrito faldero, era quien trataba de consolarla.

La inseguridad con la que le frotaba la espalda indicaba que acababa de conocerla.

—Lo siento mucho —murmuraba.

—¿Qué pasa? —exigió saber Ayane con el corazón en un puño.

Las dos se giraron en su dirección, pero ella solo tuvo ojos para la rubia. Le vino a la cabeza un fragmento de una conversación que tuvo con Kingfisher en la que llegó a decirle que no se sentía atraído por ella porque a él le iba más el prototipo de pechos grandes. Ahí estaba, entonces, la novia con la que había cortado la relación unos meses antes de la misión: el sueño americano en su máximo esplendor. Tenía la clase de belleza por la que se volvían locos los camioneros, los albañiles y los adictos al porno: ojos azules e inocentes, rematados por un discreto abanico de pestañas postizas, nariz minúscula, presumiblemente operada, y labios moldeados gracias a inyecciones periódicas. Su cuerpo desafiaba a la naturaleza y copiaba con un rigor histriónico las curvas de las Kardashian.

—Han encontrado esta mañana los restos de Kingfisher —anunció Allie en tono contrito. Miró de reojo a la joven, preocupada por si había metido la pata. Y lo había hecho. La rubia se esforzó por no romper a llorar con más ímpetu, pero fue en vano—. Se le dio por desaparecido una vez dejó de responder las llamadas de Wray. Teníamos la esperanza de que se hubiera infiltrado más de la cuenta, aun así.

—¿Dónde? —fue lo único que ella atinó a responder.

No había sido capaz de revelar que estuvo presente durante el asesinato del agente y que ocurrió, en gran medida, por su culpa. Nadie le había preguntado por él, seguramente suponiendo que, como había desaparecido mucho después que ella y no llegó a comunicarse con Wray para anunciar que la había encontrado, Ayane no tendría la menor idea de su paradero. Era, además, un recuerdo que prefirió enterrar en lo más profundo de su psiquis y que no habría sacado a colación a no ser que las circunstancias lo hubiesen exigido.

Allie miró de reojo a la tercera presente antes de centrarse en Ayane con gesto sombrío.

—Si quieres conocer los detalles, será mejor que hables con Wray.

Tuvo que reprimir un escalofrío.

No se quería ni imaginar el estado en el que lo habrían hallado si no podía mencionarlo en presencia de su exnovia.

¿Le habrían descuartizado para dificultar la identificación del cadáver?

Si lo habían arrojado al mar y no lo habían encontrado hasta ese día, habría quedado irreconocible.

Incluso si no habían entrado en detalles, la desconocida tuvo suficiente con lo que estaba sobreentendiendo de la conversación y fue a levantar la caja para huir de allí.

Viendo que tenía problemas incluso para mantener el equilibrio, Ayane fue hacia ella.

—Deja que te ayude.

La joven estaba tan conmocionada por las noticias que le costaba hasta enfocar la vista.

—¿Eres su compañera? —preguntó tras un intenso escrutinio—. ¿La que desapareció?

—Ayane Nagai —le confirmó con el único tipo de sonrisa que podía ofrecerse en casos como aquel sin rayar en la impertinencia.

Por un momento estuvo segura de que la mujer la censuraría con la mirada e incluso la despreciaría por el simple hecho de haber sobrevivido ella y no él, pero demostró estar por encima de villanizaciones absurdas.

—¡Oh! —Un destello de ilusión iluminó su rostro bronceado. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano para tendérsela, pero Ayane las tenía ocupadas sujetando la caja y tuvo que conformarse con asentir tímidamente—. Siempre es una alegría toparse con alguien que trató a Hawk, sobre todo antes de... o durante el... Quiero decir que estoy encantada de conocerte. Me habló mucho de ti, ¿sabes?

Ayane echó a andar hacia la salida sin poder contener una mueca exasperada.

—No me cabe la menor duda. Le gustaba demasiado meterse con los demás —señaló, procurando sonar más nostálgica hacia sus defectos que aún irritada por los mismos.

Aunque lo había despreciado durante gran parte de la misión en Koh Phangan, era cierto lo que decían sobre los muertos: uno se sentía inclinado a perdonárselo todo. ¿Y qué no le iba a perdonar a un hombre que había sido asesinado por su culpa?

—¿Meterse? —repitió ella. Balbuceó una despedida en dirección a Allie y siguió a Ayane—. Hablaba maravillas de ti. Decía que eras increíblemente valiente por haber hecho las pruebas del FBI sabiendo la que podría caerte encima por ser... Por tener...

—Un padre criminal, ¿no? —se obligó a sonar amable. Era lo mínimo que podía hacer por la pobre chica, por Kingfisher e incluso por ella misma. Debía devolverle al universo el favor que

él le hizo al protegerla—. Me extraña imaginarlo deshaciéndose en cumplidos hacia mí, si te digo la verdad..., pero es un alivio saberlo. Tú debes de ser su pareja —añadió en cuanto estuvieron en el ascensor.

Con un poco de suerte, lograría distraerla con lo que Kingfisher fue en vida y así no las invadirían inoportuna y cruelmente las imágenes de su cadáver a ninguna de las dos.

—Estuvimos juntos siete años, pero rompimos un poco antes de su... viaje porque no quería comprometerse conmigo —le explicó con la boca pequeña. Entrelazó las manos temblorosas en el regazo y se esforzó por contener un puchero—. Ahora me arrepiento de haberle exigido tanto. Pero al mismo tiempo pienso... pienso... pienso que, si me hubiera escuchado cuando le decía que trabajaba demasiado y que no podía permitir que su condición de agente consumiera su vida, ahora estaría... aquí. A lo mejor no conmigo, de acuerdo —se apresuró a decir—, quizá con otra persona, pero... Estaría bien. Sano. Feliz. Y eso habría sido suficiente para mí.

Ayane se giró para mirarla con un nudo en la garganta.

Era evidente que, en los largos meses en los que Kingfisher había estado desaparecido, a la muchacha le había dado tiempo a meditar sobre los errores que cometió durante la relación y lo que estaría dispuesta a perdonarle si tan solo él daba su brazo a torcer.

Incluso si no lo hacía del todo.

—Por cierto, me llamo Brooke —añadió entre balbuceos. Se le escapó una risita histérica—. ¿Dónde están mis modales? Por Dios... No sé en qué sitio he dejado la cabeza, te lo juro.

—No te exijas nada durante unos meses —le aconsejó—. Tardarás un tiempo en aceptar lo que ha pasado, estarás otro rato maldiciendo al mundo entero, y para cuando te sobrepongas a la tristeza, te darás cuenta de que la Tierra ha seguido girando mientras tú sufrías y te costará reincorporarte a la vida normal. Pero es una etapa por la que tienes que pasar. No intentes tomar atajos.

Brooke asintió con la cabeza después de ponerle toda su atención.

—Tú también has debido de sufrir muchísimo —musitó con gesto compasivo.

Era un eufemismo que en cierto modo banalizaba su dolor y que, viniendo de cualquier otra persona, le habría molestado. Pero la chica le había caído bien desde la primera frase, y sabía que no podía exigirle una sensibilidad del otro mundo.

—No fue muy divertido, no —contestó con un amago de sonrisa triste.

—¿Te estaría reclamando demasiado si... si... te pidiera que me contaras cómo fueron esos últimos días que pasaste con Hawk? —se animó a preguntar de carrerilla—. Pasé de hablar con él a diario, incluso después de haber terminado la relación, a no saber ni dónde estaba, ni con quién. Necesito... —dejó la frase al aire, de pronto sobrepasada—. No sé lo que necesito, Ayane. Ni siquiera sé cómo lo he hecho para llegar hasta aquí, cómo me he vestido y cómo me he acercado. Se me ha olvidado si he venido en autobús o he venido andando.

—Si por lo menos te acuerdas de dónde vives, te acompaño y te ayudo a deshacerte de esto.

—No es lo único de lo que tengo que deshacerme —reconoció con la mirada gacha—. Mi apartamento está lleno de cosas de Hawk. No las tiré después de cortar porque tenía la esperanza de que entrara en razón, y él la alimentaba viniendo a verme todas las semanas. Ahora tengo que enfrentarme a un armario entero, a un cajón, a un... a la suscripción de un jodido canal deportivo y a un tarro de café colombiano que no sé cómo no le abría un agujero en el estómago. Lo tenía todo en mi apartamento para preparárselo: que si el molinillo, que si los granos, que si la dichosa herramienta para hacer la crema de leche...

Ya fuera porque Ayane se había despedido de Jace y de su relación apenas unas horas atrás o porque el sufrimiento al que había estado expuesta durante un año entero la había sensibilizado al dolor ajeno como nunca había conseguido empatizar, sintió que tenía la responsabilidad de consolar y ayudar en todo lo posible a Brooke.

Aunque era considerablemente más joven que Kingfisher —debía de haberle sacado diez años como mínimo; de hecho, se le ocurrió que habrían empezado a salir cuando ella era menor—, seguía siendo una adulta hecha y derecha.

Y, sin embargo, Ayane la miraba y veía a la persona más desvalida del planeta entero.

En cuanto estuvieron sentadas en la parte trasera de un taxi que correría a cuenta de la agente, alargó un brazo hacia ella y la cogió de la mano. Esta se dejó e incluso le lanzó una mirada de agradecimiento borrosa por las lágrimas.

A Ayane se le encogió el corazón. Un profundo malestar se fue instalando dentro de ella conforme el vehículo surcaba las calles de Washington. De primeras lo asoció a la culpabilidad de estar mintiéndole; de no haberle dicho, ni tener pensado hacerlo, que Kingfisher se había interpuesto entre una bala y ella. O que Kingfisher y ella se habían acostado. Pero había algo detrás de esos intensos remordimientos. Lo entendió después de fijarse en que Brooke, sin romper el contacto con ella, había apoyado la mejilla en su hombro en busca de un calor humano que ya nunca más recibiría viniendo del hombre que amaba.

Era su egoísmo, comprendió. Eso era lo que ahora la estaba matando.

Siempre había sabido que no era una buena persona, que anteponía sus deseos y sus ambiciones al bienestar de los demás, así la palabra «demás» abarcara a sus seres queridos. Pero ahora lo confirmaba y, por primera vez, se horrorizaba con su imperdonable indiferencia.

Sacha no había matado a Kingfisher, pero era muy probable que hubiese colaborado en el propósito de hacerlo desaparecer. No, no lo había matado, pero había visto cómo lo hacían con una espantosa imperturbabilidad y no había movido un dedo para evitarlo. Y ella había mandado a Jace a México, arruinado la carrera de Chambers y puesto a Wray entre la espada y la pared para vengarse del ruso única y exclusivamente porque había jugado con sus sentimientos, nunca para hacerle pagar por el daño que le había causado a personas como Brooke.

Personas inocentes, por el amor de Dios.

¿Cómo no se le había ocurrido considerar los efectos colaterales? ¿Cómo podía ser tan sinvergüenza de tomar represalias en su nombre, el nombre de una mujer que se había merecido todo lo que le había pasado, y no para reivindicar a los padres de Kingfisher, los hermanos de Kingfisher, la que podría haber sido la esposa de Kingfisher...?

Un atisbo de la Ayane del pasado flasheó ante sus ojos. Se aferró desesperadamente a ese rostro conocido, a esos principios que había sacrificado y que poco a poco estaba recordando.

Como si Brooke hubiera leído sus pensamientos, preguntó:

—¿Por qué os hacéis agentes del FBI? ¿Por qué no un trabajo menos peligroso que os permita tener una vida normal?

¿Por qué se hizo agente del FBI?, repitió para sus adentros.

Sí, había una parte de ella que quería demostrarse que no estaba enferma como su padre, que no era perversa como su padre; una parte que pensaba que solo se sacudiría de encima el estigma de Kincaid y de la maldad heredada sirviendo al país en el bando de los buenos.

Pero eso nunca había sido todo.

Más allá de su deseo de gloria y validación, eligió al FBI porque creía en la justicia. Porque si bien había querido a su padre cada segundo de cada día, también se había horrorizado al conocer por encima sus crímenes.

—Porque alguien tiene que hacer ese trabajo —murmuró ella—, y más vale que lo haga alguien que es capaz de preocuparse por los demás.

Brooke no se dio por satisfecha, pero no podía exigirle que racionalizara la dedicación de Kingfisher cuando había sido esa dedicación la que se lo había arrebatado.

Tampoco estaba en condiciones de seguir conversando. La culpa de haber enfocado erróneamente sus objetivos la asfixiaba.

Siempre había sabido que no tenía un corazón inmenso. Había recuerdos, vivencias y simples opiniones que envenenaban toda la dulzura. Hasta el momento, había vivido conforme con lo que era. Pero ¿quería permitirse alcanzar ese grado de egoísmo? ¿Quería de verdad que sus represalias gravitaran en torno a ella y su dolor? ¿Acaso su sufrimiento era más importante que el de otros agraviados que también merecían ser vengados?

El taxi paró ante un gracioso y moderno edificio de Georgetown. Brooke salió primero para abrirle camino hacia el portal, franqueado por un guardia de seguridad que la saludó afectuosamente, y conducirla a través del ascensor hasta un pasillo que le recordó al hotel de Bangkok.

Incómoda, Ayane esperó disimulando su impaciencia a que ella abriera la puerta de un precioso loft decorado al estilo minimalista.

—Dime dónde están las cosas de Kingfisher —le dijo en cuanto había dejado la caja en el suelo, cerca de la puerta—, y yo las cogeré y las tiraré por ti.

Brooke vaciló, inmóvil en el corazón de una casa que debía de antojársele inhóspita.

—¿Crees que debo tirarlas todas?

—No lo sé, Brooke —suspiró—. No soy una experta en psicología, así que desconozco cuánto daño pueda hacerte conservar un recuerdo. Pero, en mi opinión, no quedarte alguna prenda suya no va a evitar que te acuerdes de él. Y eso es lo mejor que puedes hacer por alguien que ya no está, supongo —añadió con un hilo de voz—. No olvidarle.

—Eso nunca lo haré —sentenció.

Ayane le dirigió una cálida sonrisa.

—Anda, hazte un té y ponte cómoda mientras yo voy limpiando.

—No tienes por qué hacerlo...

—Es lo mínimo —replicó ella.

Brooke suspiró, cansada, y se dejó caer en el sofá color crema que dominaba la estancia. Apoyó la cabeza en el esponjoso respaldo y se abrazó los hombros para tratar de relajarse. Ayane observó cómo el dolor iba intentando acceder a ella a través de las grietas de sus pensamientos, torciéndole el gesto, anegándole los ojos de lágrimas, y estuvo a punto de sentarse a su lado para ofrecerle su silencioso apoyo.

No le costaba pensar en el Jace de un año y medio atrás en las mismas circunstancias, luchando por no dejarse arrastrar por el pesimismo de creerla muerta pero, a la vez, sucumbiendo inevitablemente al desconsuelo.

¿No tenía que vengarlo a él también, acaso?

Chambers bien podía haber perdido credibilidad, pero no significaba que no hubiese estado en lo cierto. Si Sacha la hubiese querido, si Sacha fuera el héroe por el que ella lo tomó, la habría devuelto a Washington el primer día, no cuando empezaba a hartarse de su depresión. Si Sacha la hubiera respetado, no se habría acostado con ella, ¿o acaso no le había echado en cara a Chambers un pecado carnal que el ruso también había cometido? Ayane era una criatura en extremo frágil cuando le rogó que la tocara, y así lo hizo él cuando debería haberse negado para proteger su dignidad.

¿Qué importaba si lo había disfrutado? ¿Y es que acaso lo había disfrutado? ¿Siquiera lo había amado en algún momento como para echarle en cara que no la hubiese correspondido?

Ayane ni siquiera sabía quién era ya. ¿Cómo demonios iba a saber si se enamoró de él?

Lo único de lo que estaba segura era de que ya no padecía síndrome de Estocolmo, porque no pensaba defenderlo de nada ni de nadie. Porque no le parecía nada remotamente parecido a su salvador. Porque pensaba en él y se le retorcía el estómago de puro asco.

Siguiendo las débiles instrucciones de Brooke, fue de un lado para otro, estableciendo así la

separación entre lo que debía quedarse y lo que iría a la basura. De la cocina sacó el tarro de café, proteínas en polvo, azúcar moreno, una taza temática de *Star Wars* que rezaba en letras amarillas «Mejor novio de la Galaxia»; del baño barrió un paquete de cuchillas de afeitar, un *aftershave* y un desodorante masculinos, una colonia de Paco Rabanne...

Fue la cómoda burbuja de cotidianidad en la que los imaginó viviendo felices lo que terminó de enardecer su odio hacia Sacha.

Poco importaba si no participaba en la red de trata. Poco importaba si no la secuestró él. Poco importaba si no lo mató él. Importaba que estaba en el ajo y que nadie debería ir por el mundo arrebatando vidas sin que alguien le pusiera un alto.

—Creo que también hay cosas suyas en uno de los cajones de la habitación que utilizo para grabar mis vídeos de maquillaje —oyó que decía Brooke desde el salón—. A veces dejaba carpetas con información relevante en mi casa porque era más seguro que tenerlas en la suya... Era un poco maniático en ese sentido —se le quebró la voz.

Con una diligencia necesaria para ocultar la rabia que se estaba cociendo dentro de ella, Ayane se dirigió a la mencionada habitación. Brooke no le había hablado de su trabajo, pero saltó a la vista que ganaba dinero nada más entrar en el edificio. Quedó confirmado al advertir las estanterías repletas de toda clase de productos caros para el cuidado de la piel.

Debía de ganarse la vida como *influencer* de belleza.

Tal y como había sospechado, en algunos de los cajones donde tenía organizadas las bases de maquillaje o los doscientos tipos de máscaras de pestañas localizó unos papeles grapados, otros metidos en forros de plástico, una carpeta subrayada con la señal de confidencial... Ayane ni siquiera estaba en sí misma como para sentir curiosidad por el papeleo, pero por culpa de una distracción, se le resbaló uno de los portapapeles y los folios se derramaron sobre la alfombra de pelo rosa.

Frustrada, se agachó y comenzó a organizarlos sin seguir ningún orden particular.

Estaba incorporándose de nuevo cuando su mirada periférica captó una de las palabras del expediente.

Ayane frunció el ceño y leyó por encima la frase en la que se había integrado el nombre completo de su padre.

Aún demasiado extrañada para decidir qué opinaba sobre la casualidad, hojeó los papeles grapados para determinar que se trataba de la transcripción de uno de los numerosos interrogatorios que le habían hecho a Kincaid en el transcurso de los años. En aquel en concreto trataban de sonsacarle hasta qué punto había estado implicada su hija en los crímenes cometidos en sus últimos años de actividad, cuando ella ya había cumplido la mayoría de edad.

Honrando a la verdad y también al voto de silencio que hacían los mafiosos para no delatar a quienes consideraban su familia, Kincaid había declarado una y otra vez que Ayane Nagai era

inocente.

Y lo era.

Pasó todas las páginas instigada por la incomprensión. No se le ocurría un solo motivo por el que Kingfisher hubiera podido sacar documentos sobre un criminal cuyos archivos habían sido etiquetados de confidenciales y altamente peligrosos. Sabía que los casos abiertos contra su padre ni siquiera estaban en manos del FBI, pues se entendía que había incurrido en delitos que eran jurisdicción de las inteligencias internacionales. Estas habían llegado a trabajar de forma conjunta para achacarle crímenes en distintas áreas del mundo, no solo en Norteamérica.

Miró por encima del hombro, como si desde allí pudiera confirmar que Brooke seguía echada en el sofá, y luego volvió a concentrarse en el resto de documentos.

Algunos hacían referencia a casos que le constaba que había estudiado Kingfisher, como la operación terrorista que desmanteló años atrás, pero, además de la transcripción, había también una copia detallada del expediente de Frankie Kincaid.

Ayane estaba pensando en cuál sería la mejor manera de abordar a Wray al respecto cuando se topó con una foto tamaño carné de ella misma. No era la original, sino una réplica en blanco y negro. Tenía que ser la que hacía compañía a su padre en la cárcel, aquella que Sacha mencionó. Estaba grapada en la esquina de un informe clínico firmado por la doctora Salinger, quien había sido su psiquiatra desde que entró al FBI.

Dicho informe pormenorizaba su estado mental.

Ayane tragó saliva y bajó los papeles para perder la mirada al otro lado del ventanal que coronaba la estancia, desde donde se obtenía una amplia vista del alegre barrio de Georgetown. Su mente daba vueltas, instigada por el mismo mal presentimiento que le había atenazado los músculos. No quiso sacar conclusiones precipitadas aun cuando su cabeza ya había prendido las alarmas. Se obligó a inspirar hondo y ordenar los papeles tal y como los había encontrado. Se dijo que no convenía hacer nada al respecto cuando al día siguiente subiría a un avión destino Shanghái.

Salió de la habitación con el cargamento de papeles y los dejó donde había depositado todo lo demás: en la caja de cartón.

Brooke estaba medio dormida cuando Ayane dijo desde la puerta:

—No te importa que me quede algunas de estas cosas, ¿verdad?

—En absoluto. Coge lo que quieras.

Capítulo 10

Ayane no estaba nerviosa.

Ayane bullía por la impaciencia por llegar cuanto antes.

Ya no solo para consumar una venganza que la había tenido la noche entera en vela, sino porque su cabeza no dejaba de dar vueltas en torno a preguntas que sospechaba que solo Sacha podría responder.

Por supuesto, no perdía de vista que podría no encontrarlo en el casino. Podría, de hecho, estar en cualquier parte del mundo. Dudaba que hubiese alterado su rutina de viajes relámpago e intercontinentales después de echarla como a un perro.

También cabía la posibilidad de que la intervención saliera mal y la mataran de un disparo antes de resolver sus acuciantes dudas. Nada estaba tan atado como le gustaría. No había garantías de ningún tipo. Pero no le tenía ningún miedo al resultado. Era una de las ventajas de haber perdido cuanto era importante para ella, empezando por su identidad y acabando por Jace. Si ponían fin a su vida, al menos podría decir que había sido en el proceso de hacer justicia. No en su nombre, sino en el de las víctimas que en su enajenación había olvidado: Vera, Oksana, Birgit, Gisela... incluso Jing y Sun Hee, aunque ellas no quisieran aceptar la condición de damnificadas.

El avión ya había aterrizado en el aeropuerto de Pudong. El operativo se disponía a atravesar el puente del centro de Shanghái en una furgoneta que el servicio de inteligencia chino les había proporcionado, además de una docena de hombres armados hasta los dientes para irrumpir en el centro neurálgico de la red asiática.

A Ayane le sudaban las manos, pero no por la impresión de estar un paso más cerca, sino porque necesitaba blandir el arma de una vez por todas. Ella era la cabeza de la expedición, quien señalaría a los rostros conocidos para que procedieran a esposarlos o, en última instancia, neutralizarlos.

Sabía que necesitaban la información de cada una de las bocas implicadas para cortarle la cabeza a la bestia de la trata, pero una parte de Ayane esperaba que los recibieran con una lluvia de balazos para que no les quedara otro remedio que disparar a matar.

Trataba de descartar esos pensamientos para no darle la razón a Chambers. Sabía que no estaba del todo recuperada, pero le gustaba creer que avanzaba por el camino correcto y odiaría retroceder perdiendo los estribos en plena operación.

Y, sin embargo, ¿podría contenerse si se topaba de frente con aquellos miserables que la arrojaron a un sótano? ¿Los dos hijos de puta que podrían haber sido padres de su criatura? ¿O Sacha se encargó de ellos en su momento?

No quería pensar en las veces que la había protegido a su manera.

Ayane se iba poniendo enferma conforme más se aproximaban a la dirección. Había podido señalarla en un mapa en cuanto se sirvió de la escasa información que poseía para reconocer el casino entre un conjunto de edificios. No olvidaba que había transcurrido tiempo suficiente para que Sacha, al conocer el paradero de Ayane y comprender la amenaza de contar lo que sabía, trasladara a sus esbirros a otra parte del mundo. Pero algo, llámese instinto o llámese ansias por reencontrarse con él, le decía que se consideraba demasiado intocable como para hacer tantos esfuerzos.

¿No se lo había recordado a la menor oportunidad? ¿Que ella «no sabía ni la mitad de la película»?

«Vas a ver cómo sí sé lo importante: quién es el villano», pensó con la mirada perdida al otro lado del cristal. Mientras, presionaba la mano contra el cinto del que colgaba su Glock.

Se la habían devuelto tan pronto como la doctora Salinger selló su expediente, determinando que estaba preparada para la acción.

¿Lo estaba?

Solo lo sabría cuando tuviera delante a Sacha y no vacilara a la hora de esposarlo.

El furgón aparcó a las puertas del casino. La simple contemplación del edificio donde había estado encerrada le revolvió el estómago. Empujó el malestar hacia ese agujero negro al que solían ir a parar tanto sus angustias como sus alegrías y explicó al atento equipo, que de todos modos disponía de un mapa exacto, cuáles eran los despachos importantes y dónde estarían apostados los guardias.

Por lo pronto, se confirmaba que seguía habiendo dos resguardando la puerta principal. Les esperaría otro par custodiando el ascensor que conducía a las habitaciones, una pareja armada en la salida trasera y el guardaespaldas de quienquiera que fuese el mandamás de la junta de accionistas protegiendo su oficina personal.

Ayane insistió en ser la primera. Estaba convencida de que el simple hecho de toparse con una cara conocida aturdiría a los criminales durante un instante, y un instante era cuanto necesitaban para ganarles terreno.

Nadie se opuso.

Inspiró hondo y salió de la furgoneta. El sol en su cenit la cegó, obligándola a entrecerrar los ojos. No perdió tiempo acostumbrándose a la iluminación y, una vez supo a los agentes chinos a su derecha y a su izquierda, franqueándola con sus respectivas armas, trotó decididamente hacia la puerta principal.

No tenía sentido andarse con paños calientes. Todos los guardias estaban conectados y sería más difícil burlarlos por los accesos traseros, de ahí que se hubieran decantado por la estrategia obvia. Ayane había temido que algún agente del MSS hubiese sido comprado y les hubiera dado el chivatazo para limpiar las pruebas de la escena del crimen, o peor aún: para redoblar la seguridad y llevar a cabo una matanza. Pero supo que los habían pillado con la guardia baja en cuanto observó el gesto de pasmo del gorila que, más de un año atrás, fingió ayudarla para acabar empujándola al despacho de Cheng.

Ayane ladeó la cabeza con una sonrisa divertida, como si le alegrara la curiosa coincidencia, y levantó el arma para apuntarle a la cabeza. Este ya estaba sudando la gota gorda cuando miró a su compañero en busca de una ayuda que no llegaría: a los agentes chinos les había sido ordenado detener a toda la seguridad del edificio, y habían empezado por su amiguito.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó ella, y presionó el cañón contra su cabeza. Este tragó saliva. Valoró sus opciones de huida hasta que dos compañeros americanos desvanecieron sus esperanzas de escape esposándolo. Ayane esperó a que la mirara a la cara para decir—: Tienes suerte de que no seas mi prioridad y me espere una mañana muy larga.

Se apartó e hizo un gesto con la cabeza al resto de los agentes que esperaban armados en medio de la acera. Ayane abrió las puertas del casino, cerrado a esas horas, con ayuda de un par de los federales más robustos: al tercer empellón encabezado por el hombro consiguieron que las hojas cedieran.

La iluminación del interior era considerablemente más agradable que la que había dejado en las calles, pero el impacto de encontrarse de nuevo en aquel lugar la envió de bruces a la pesadilla.

Había pasado gran parte del tiempo fantaseando con regresar, pero a los brazos de Sacha, nunca a aquellas cuatro peligrosas paredes.

Se quedó varada bajo el umbral, dificultando la entrada a los colaboradores que accedieron en tropel. Uno de ellos no la esquivó a tiempo y le dio un golpe sin querer, pero Ayane no fue consciente, de pronto sobrepasada por los recuerdos que creía haber sepultado.

—¿Agente? —la llamó Olivares. Al igual que ella, llevaba la cara cubierta a excepción de los ojos—. ¿Todo bien?

Fue el ruido a su alrededor lo que la devolvió a la realidad: las pisadas, las exclamaciones de los guardias que iban siendo detenidos, la mayoría sin oponer resistencia; incluso la música que sonaba suavemente a través de los altavoces.

You're the pain that I crave
A drug I shouldn't take

Oh, it drives me insane
You're my choice of mistake
Rules over me
It's hard to explain
That I can't walk away[9]

La mano de Olivares terminó de devolverla al momento presente. Ayane intercambió una mirada con ella. La de la agente era apremiante a la par que comprensiva. En sus ojos vio reflejada su situación, quién era y por qué estaba allí, y también que no tenían tiempo que perder.

Asintió para hacerle saber que había vuelto en sí misma y, aferrada al arma, lanzó una mirada al pasillo del ala izquierda que sabía que confluía en los tres despachos principales.

—Voy a buscarle.

—Llévate a alguien de escolta —le exigió Olivares, y echó a andar hacia los ascensores por los que Ayane les había indicado que encontrarían a las prostitutas.

Octava planta, para más señas.

Recuerdos borrosos de la habitación 818 amenazaron con estremecerla, pero se obligó a mantener la mirada fija en su objetivo: el despacho central. Ignoró lo que Olivares le había pedido, quizá ingenuamente segura de que nada le sucedería en el que entendía como su territorio, y se deslizó en la dirección con todo el sigilo permitido en una carrera al trote.

Cuando estaba de pie en el rellano de las tres puertas, se sintió como Alicia en el País de las Maravillas después de beber la poción que la hacía demasiado pequeña para entrar en una; demasiado grande para acceder por la otra. Tenía la sensación de que el simple hecho de adentrarse en cualquiera de las tres, el simple hecho de haber llegado hasta allí, era una trampa y, a la vez, un castigo por el que pagaría durante el resto de su vida.

Pero ni ese instante de iluminación la detuvo cuando captó que la canción que reproducían los altavoces del casino era la misma que provenía del interior del despacho.

'Cause you're my sweet poison
Pour me a potion
You flow through my veins, lust craved
I can't help it, I'm enslaved
Fuck with my psyche[10]

Ayane cogió una bocanada de aire y aferró impetuosamente el arma. Se quitó el pasamontañas que le cubría la cara, y con el pulso latiéndole en las mejillas enrojecidas por la impresión de

estar allí, abrió la puerta de una violenta patada.

Una parte de ella se había hecho a la idea de que la habitación estaría vacía. La otra creía haber estado preparada para reconocer a Sacha al otro lado del escritorio.

Ambas estaban equivocadas.

Toda Ayane había sido víctima, una vez más, de su propia soberbia, porque el corazón se le dio la vuelta, en carne viva, en cuanto apreció a través de una visión borrosa por el histerismo que él alzaba la barbilla de sus quehaceres con indolencia. Una indolencia que hacía que uno se sintiera fuera de lugar, que hería, que castigaba, que podía ser aterradora.

Vestía con la elegancia del luto que era inherente a él, su seña distintiva. Una camisa remangada por los codos y abierta en el último botón, con toda probabilidad rociada por el perfume de MEMO Paris que la había acompañado en sus noches de insomnio y puesto la cabeza del revés durante los maratones de sexo.

No se le ocurrió pensarlo, pero su cuerpo entero lo sintió: presentaba un aspecto tan perfecto que parecía que se hubiera esmerado para la ocasión.

Ayane no se permitió flaquear cuando hicieron contacto visual en la distancia. Durante el curso de tres largas inspiraciones, solo se sostuvieron la mirada, él todavía con la pluma estilográfica en la mano, acodado en la mesa y mascando chicle con una lentitud exasperante, y ella apuntándolo con el cañón de una pistola que sentía que se le resbalaría del guante sin dedos de un momento a otro.

No consiguió ser más fuerte que la necesidad de revisarlo de arriba abajo, y ¿por qué esa ansiosa comprobación? ¿Qué esperaba ver? ¿Un nuevo tatuaje? ¿Una herida? ¿Que había perdido diez kilos en su ausencia y como efecto secundario de la pena de perderla? ¿Si le había crecido el pelo? Ni ella misma lo sabía, pero su mirada hurgó con una insolencia desesperada en cada rincón de su cuerpo.

Sacha hizo ademán de levantarse apoyando las manos en el escritorio.

Fue ese el movimiento lo que la espabiló.

—¡No te muevas! —le gritó Ayane desde el umbral, de donde no se había atrevido a avanzar un solo paso... hasta que comprendió a partir de la humilde reacción del criminal que ella tenía la sartén por el mango.

Sacha cabeceó, reconociendo la validez de su reproche, y alzó las dos manos en señal de derrota. Ayane no supo de dónde sacó el valor para avanzar a grandes zancadas sin bajar la pistola. Con el pulso latiéndole desbocado, le asestó un golpe con la culata en el hombro para que se pusiera contra la pared. Le clavó el cañón entre los omóplatos mientras buscaba las esposas en el bolsillo con unas manos que no respondían a sus órdenes.

Él no decía nada, e incluso eso le molestaba. En su delirio hasta llegaba a pensar que Sacha

procuraba no respirar demasiado fuerte para así oír con meridiana claridad el bombeo embravecido de su corazón y regocijarse en que aún tenía la habilidad de ponerla nerviosa.

Cuando lo tenía inmovilizado con las manos a la espalda, se aseguró de vaciarle los bolsillos por si acaso llevara un arma con la que defenderse. Sacó el envoltorio del chicle que seguía mascando con parsimonia, las llaves de la habitación 818 y un papel arrugado que le llamó la atención. Lo desdobló como pudo con una sola mano.

Se le heló la sangre al reconocer su propia caligrafía. Y lo que era peor: un fragmento de la única carta que había estado en condiciones de escribirle meses atrás.

«¿Qué otra cosa podría inclinarte a cuidar de mí? Solo puede ser el amor..., ¿verdad?».

Levantó la barbilla, tan perpleja que se le había nublado la vista, y comprobó que él estaba contemplando su reacción con aparente docilidad.

—¿Qué cojones es esto? —articuló sin aliento—. ¿Te estás riendo de mí?

«¿Me habías estado esperando o algo así?», habría agregado si el pasmo no la hubiese enmudecido de repente, en el momento más crucial.

Sacha solo se encogió de hombros.

Con el pecho ardiendo de indignación y de no sabía qué más, lo dirigió hacia la puerta presionándole la nuca con la punta de la Glock.

Él se dejó arrastrar con la vista clavada al frente.

Olivares apareció bajo el umbral con el gesto preocupado de una madre.

—¿Ese es?

Ayane no logró poner a funcionar las cuerdas vocales y solo asintió. Desvió la mirada hacia el imperturbable Sacha y el estómago se le hundió de nuevo al toparse con que él había agachado la cabeza para observarla con una fijeza abrumadora.

Una mezcla de emociones contradictorias estuvo a punto de hacerle perder los estribos y la poca cordura que le quedaba: estaba aterrada, estaba furiosa, estaba dolida... y estaba que no cabía en sí misma de tan desmedida que había sido la oleada de pasión al verlo de nuevo.

No habría podido hacer nada ni siquiera si hubiera previsto su siguiente movimiento. Se inclinó hacia ella con ese amago de sonrisa que auguraba irresistibles peligros y le rozó la frente con los labios, insinuando un beso que parecía obrar los milagros de una bendición, para susurrar:

—*Tse moya divchynka*.[11]

La historia sigue en...



Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

ENCUÉNTRAME EN

INSTAGRAM

@TONTOSINOLEES



[1] Siglas en inglés para Ministerio de Seguridad de Estado. Es la agencia de inteligencia del Partido Comunista Chino.

[2] Tengo la sensación de que podrías quererla de verdad. Intenté razonar contigo, sin asesinatos ni crímenes pasionales, pero, joder, estabas fuera de mi alcance.

[3] De repente, soy un demonio y tú eres todo lo que necesito (...) Y me vuelve loca la forma en la que te mueves, cariño, y podría intentar huir, pero sería en vano: solo te probé una vez y supe que nada volvería a ser lo mismo.

[4] Traducción literal del inglés, no existe en España: *sex surrogate therapy*.

[5] En la cresta de la ola cuando era rey, jugué fuerte y rápido, porque lo tenía todo. Me fui, pero tú me advertiste entonces que lo que rápido viene, rápido se va, y que se iba a acabar.

[6] Tu madre no aprobaría cómo la mía me crio, pero yo sí, creo que yo sí. Y tú eres todo un

chico americano, supongo que no puedo sino intentar ser tu mejor chica americana.

[7] *Vaya con dios* (versión acústica), de Kali Uchis.

[8] La traducción literal al castellano es «Bella de día».

[9] Eres el dolor que deseo, una droga que no debería tomar. Oh, me vuelve loco. Eres el error que decido cometer, que me gobierna; es difícil de explicar que no puedo me puedo marchar. (*Poison Ivy*, Hemi Moore)

[10] Porque eres mi dulce veneno, sírveme una poción; corres por mis venas, lujuria ansiada. No puedo evitarlo, estoy esclavizado, jódeme la mente.

[11](*Це не моя історія*): Esa es mi chica.